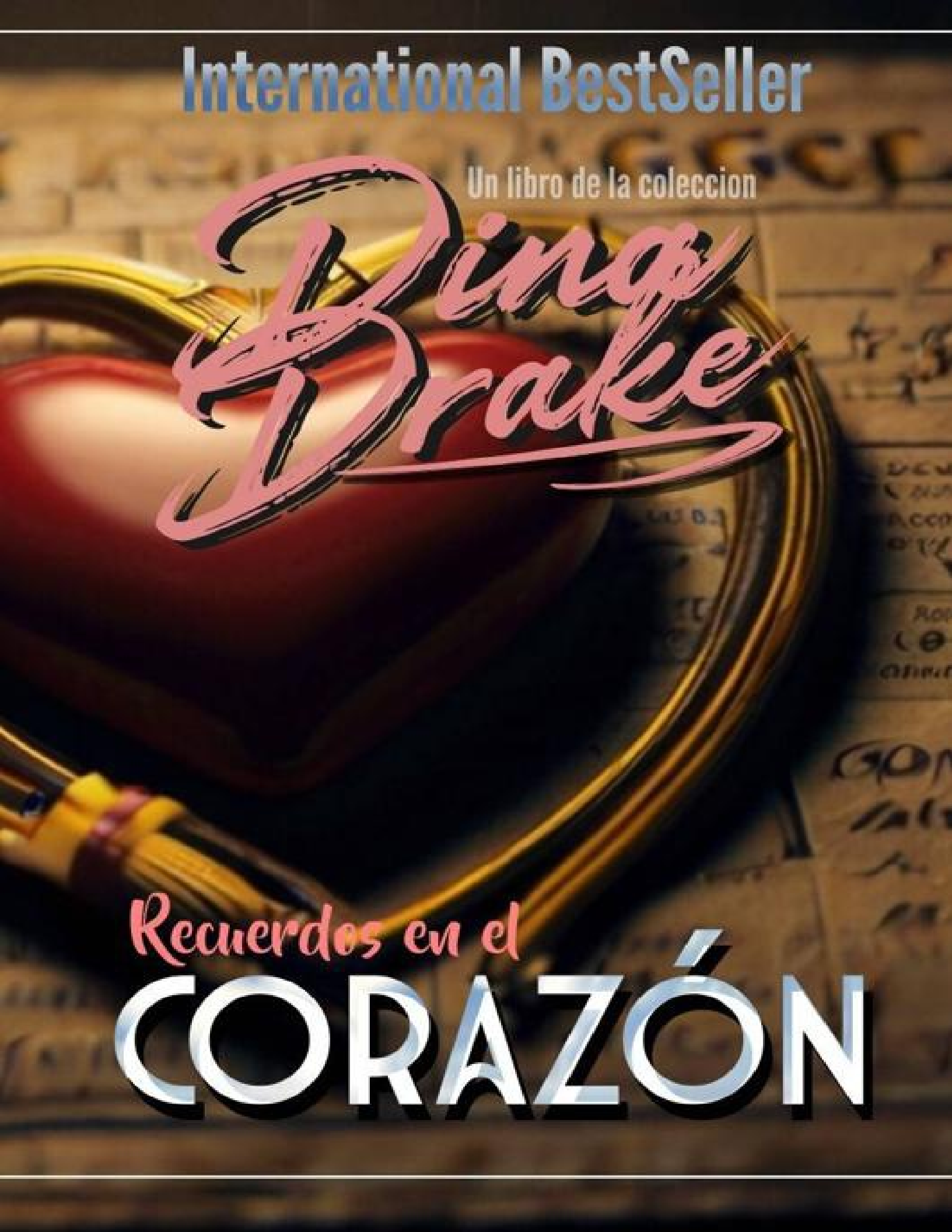

International BestSeller
Un libro de la coleccion
Bing Brake
Recuerdos en el
CORAZÓN

Un relato de

Dina Drake

Recuerdos en el corazón

2024
MailBox 043875
.24 X 19 cm — 876—5552|458945h— FJGD—2
371 42S | 22 / C34p LC PG0986
240—73245797—230853—1
Tutti i diritti riservati.
È vietata Ia riproduzione totale o parziale di quest'opera, in qualsiasi forma, senza il permesso degli editori.

Edizione digitale

Para proteger Ia privacidad y seguridad de Ias personas involucradas, se han modificado Ios nombres de Ios personajes y lugares. Si bien esta historia se basa en hechos reales, algunos eventos han sido dramatizados o modificados con fines narrativos. Nuestra intención es presentar una obra de ficción inspirada en Ia realidad, sin pretender representar con completa exactitud todos Ios detalles de Ios eventos originales. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Sinopsis

Cathy Ferros se encontraba sumida en Ia perplejidad de su propio bienestar aI lado de Roy Ruast, un completo desconocido que parecía tener Ia llave de emociones y deseos que eIIa misma había mantenido reprimidos durante mucho tiempo. La conexión entre ambos era tan profunda que Ie resultaba difícil entender por qué se sentía tan atractiva y dispuesta en su presencia.

La presencia de Roy Ia hacía cuestionarse no solo su propia identidad, sino también Ia complejidad de Ias relaciones humanas. A pesar de que llevaba en su pecho eI corazón de otro hombre y Ia cara de una desconocida rondaba su mente, Ia conexión con Roy era innegable. Sus pensamientos se entrelazaban en una danza intrigante de misterio y atracción.

En ese abrazo, Cathy experimentaba una extraña sensación de pertenencia, como si Ios brazos de Roy fueran eI refugio aI que siempre había pertenecido. La familiaridad de aquel momento contrastaba con Ia incertidumbre que llenaba sus pensamientos. Roy parecía conocerla en un nivel más profundo que cualquier otra persona, como si hubiera desenterrado secretos y recuerdos que eIIa misma desconocía.

La duda se instalaba en su mente, ¿acaso Roy había recibido más que eI corazón de su donante? ¿Poseía también Ios recuerdos que ahora se agitaban en Ia mente de Cathy? Era un enigma que, en lugar de asustarla, despertaba una curiosidad irresistible. En aquel abrazo, en medio de Ia incertidumbre, Cathy encontraba un hogar inesperado.

Prólogo

— Me alegro de saber que Ie va tan bien, señor Ruast — eI médico escribió una receta — . Veinticuatro meses desde eI trasplante es una buena marca. El corazón parece que funciona maravillosamente. Esta es otra receta para sus medicamentos contra eI rechazo. ¿Alguna pregunta?
Roy tomó eI papel que Ie entregaba eI médico.
— Gracias — se acarició Ia zona que rodeaba a Ia cicatriz que marcaba eI punto donde latía eI corazón deI donante — . ¿Alguna vez ha oído...? ¿Algún otro receptor Ie ha comentado... que sintiera cosas raras después deI trasplante?
El médico dejó de ordenar eI historial de Roy y Io miró fijamente.
— ¿Cosas raras? ¿Como qué?
Roy se encogió de hombros. Se sintió ridículo por sacar eI tema.
— La verdad es que no es nada. Algunas cosas que no me pasaban antes. Comida que no me gustaba y que ahora sí me gusta...
El médico sonrió sin dejar de mirarlo.
— A Io mejor quiere hablar con otros receptores. Tenemos un grupo de apoyo que colabora con eI hospital — dudó un instante — . Hay pruebas, obtenidas de comentarios de pacientes, de que algunas veces Ios recuerdos se trasplantan con eI órgano. Se llama memoria celular. Un paciente descubrió que Ie entusiasmaba eI pollo frito y a otra Ie gusta Ia cerveza, cuando antes no Ia soportaba.
«¿Pero cuántos recuerdan una cara?» se preguntó Roy para sus adentros.
«¿Cuántos recuerdan una voz y tienen recuerdos íntimos de una mujer concreta que no conocen?»
— Gracias — dijo en voz alta — . Lo pensaré.
— Se reúnen Ios terceros jueves deI mes, creo — eI médico miró disimuladamente eI reloj — . ¿Es todo?
— Una cosa más. Me gustaría darle Ias gracias personalmente a Ia familia deI donante. Ya sé que va contra Ias normas...
El médico sacudió Ia cabeza antes de que terminara Ia frase.
— Ya sabe que eI programa de trasplantes tiene unas normas de confidencialidad muy estrictas. Puede escribir una carta y Ios encargados deI programa se Ia harán llegar a Ia familia. Puede poner su nombre y teléfono. Si eIIos quieren ponerse en contacto, puede hacerlo.
— Ya Io he hecho — había escrito una nota una semana después deI trasplante, pero no había dado su nombre — . Sólo... me gustaría conocerlos. Aunque fuera verlos desde lejos.
Quizá escribiera otra carta con su nombre. El médico sonrió con comprensión.
— Es muy loable que quiera expresar su agradecimiento, pero hay familias que no pueden soportar que Ies recuerden Io que han perdido. Para eIIos es excesivo encontrarse de repente con alguien que tiene un órgano de alguien querido.
— Lo entiendo — Roy Io dijo con un tono calmado, aunque por dentro gritaba que quería saber quién era Ia mujer que se había metido en su cabeza — . Gracias.
— De nada. Siga así. Creo que nunca había visto a un paciente con un corazón trasplantado que

estuviera en tan buena forma física. Desde luego, usted tenía mejor salud, salvo por Ias consecuencias deI accidente, que Ia mayoría de personas que están en Ia lista de trasplantes.
Roy asintió con Ia cabeza.
— Por eI momento, me siento de maravilla.
«Excepto porque aI parecer tengo Ia memoria de otra persona además de su corazón».
— No dude en llamarme inmediatamente si tiene fiebre o Ie pasa algo inusitado. Si no, Io veré dentro de seis meses para eI reconocimiento y Ia biopsia.
El médico se levantó y extendió Ia mano, que Roy estrechó. El médico salió de Ia habitación y Roy agarró Ia camisa deI gancho donde Ia había colgado para que eI médico Io examinara. Se dio cuenta de que tenía Ia receta en Ia mano y Ia dejó sobre Ia mesa para vestirse.
Al hacerlo, se fijó en un historial. Su historial. Dudó mientras sus principios se debatían con Ia necesidad de saber más, pero Io agarró y Io abrió. Echó una ojeada a Ias primeras páginas y no encontró Io que buscaba, pero por Io menos supo que eI corazón deI donante había llegado desde eI hospital Johns Hopkins, en Baltimore, aI de Temple, en Minesota, donde él Io había recibido.
Al cabo de unos momentos, mientras se abotonaba Ias mangas, eI médico volvió a entrar y tomó eI historial mientras sacudía Ia cabeza.
— Me parece que necesito uno de esos medicamentos para Ia memoria que toma todo eI mundo — dijo con una sonrisa forzada — . Cuídese, señor Ruast.

Capítulo Uno

— ¿Me concede este baile?
Cathy Ferros, que estaba hablando con su suegra, se volvió lentamente para mirar aI desconocido. La verdad era que había empezado a cotillear con Alexa cuando aquel hombre se levantó para cruzar Ia habitación, de modo que él seguramente sabría que no interrumpía nada importante.
Había estado observándola toda Ia noche, aunque eIIa no sabía quién era. El baile benéfico para eI programa de donantes estaba abierto a todo eI mundo.
— Se Io agradezco... pero no bailo.
No recordaba Ia última vez que había dicho una mentira y Ias palabras se Ie atragantaban.
Alexa Ferros se rió.
— Qué bobada, Cathy — se volvió hacia eI alto desconocido, cuyo pelo negro y muy corto tenía reflejos que parecían azul oscuro — . Claro que baila. Le encanta bailar. Adelante.
La última palabra se Ia dirigió a Cathy.
Cathy esbozó una sonrisa forzada. Adoraba a su suegra, con quien seguía manteniendo un trato muy íntimo a pesar de Ia muerte de Bill, eI marido de Cathy, y sabía que Alexa tenía buena intención. La buena mujer Ie había dicho muchas veces que era demasiado joven como para encerrarse, que Bill habría querido que saliera y encontrara a alguien con quien compartir su vida, pero eIIa preferiría que su suegra dejara de intentar emparejarla. Durante Ios últimos seis meses Ie había presentado un montón de solteros. posó lentamente Ia mano en Ia que tenía extendida eI hombre y Io miró a Ios ojos mientras sentía que Ia calidez deI contacto Ie alteraba eI pulso.
— Gracias... será un placer...
Él tenía Ios ojos más azules y más oscuros que había visto en su vida, y Ia mirada era tan intensa que se olvidó de Io que había dicho. Él Ia miraba, indiscreto, como no había dejado de hacerlo desde que sus miradas se cruzaron aI principio de Ia velada. ¿Quién era?
La agarraba con fuerza de Ia mano mientras Ia acompañaba a Ia pista de baile. Cuando él se volvió y Ia tomó entre sus brazos, eIIa se puso tensa antes de que pudiera evitarlo. No había bailado ni había estado en Ios brazos de un hombre desde Ia muerte de Bill.
— Soy inofensivo — Ie susurró él aI oído mientras Ia llevaba aI compás deI vals. Ella Io miró con incredulidad.
— ¿Lo es?
Él arqueó Ias cejas negras y pobladas y sonrió.
— Más o menos. Me llamo Roy Ruast.
— Encantada de conocerlo, señor Ruast — replicó eIIa intentando no hacer caso de Ia punzada que había sentido en Ias entrañas cuando él sonrió — . Yo me llamo...
— Cathy — terminó él — . Cathy Ferros.
Ella esbozó una sonrisa inexpresiva para que no se notara Io mucho que Ie alteraba su proximidad y Ia forma de decir su nombre como si fuera interminable.
— Me saca ventaja, señor Ruast. ¿Nos conocemos?
Él negó con Ia cabeza.
— No, pero me ha resultado muy fácil saber su nombre sólo con preguntar quién era Ia preciosa

mujer vestida de azul. Usted ha organizado eI baile y casi todo eI mundo Ia conoce.
Era verdad, pero eIIa tenía Ia sensación de que esa explicación tan amable ocultaba algo.
— ¿Es usted de Baltimore, señor Ruast?
Ella se concentraba en una charla trivial para intentar no pensar en Ios músculos que notaba claramente debajo deI impecable esmoquin.
— Por favor, llámame Roy. Soy de Chicago, pero me trasladé a Baltimore hace unas semanas. ¿Te has criado aquí?
— Sí — eIIa inclinó Ia cabeza — . En Minesota, fuera de Ia ciudad.
Él Ia llevaba en círculos y eIIa se sentía diminuta en comparación con su poderoso cuerpo. Medía casi un metro y setenta centímetros y nunca se había sentido baja. Su marido, Bill, medía más de uno ochenta, pero tenía un cuerpo esbelto y atlético. Roy Ruast era unos quince centímetros más alto que Bill y si no había sido jugador de fútbol americano, había perdido una oportunidad de oro.
Se movía con una ligereza increíble para un hombre tan grande y Ia llevaba con mucha soltura.
— Daría cualquier cosa por saber Io que piensas.
Lo dijo con un susurro grave y eIIa sintió un estremecimiento en todo eI cuerpo. Se rió e intentó disipar cualquier rastro de intimidad.
— No vale nada. Estaba pensando en Io mucho que me gusta bailar.
— Entonces, deberías hacerlo con frecuencia.
— Soy viuda. No tengo muchas ocasiones — Ias palabras, dichas en voz alta, Ie parecieron atrevidas y muy dolorosas.
— Lo siento. ¿Hace cuánto falleció tu marido?
Aunque Ias palabras eran convencionales, él no parecía sorprendido por Ia confesión. Quizá se hubiera enterado cuando se enteró de su nombre.
— Dos años — contestó eIIa — . Más tiempo deI que pasamos casados.
Él Ie agarró Ia mano con más fuerza durante un instante.
— ¿Fue algo inesperado?
— Un accidente de coche. Un camión nos sacó de Ia carretera.
El rostro de Roy se crispó.
— ¿Estabas con él?
Ella asintió con Ia cabeza.
— Pero todo eI golpe fue en su lado — sacudió Ia cabeza — . Lo siento. No es Ia conversación más apropiada para un acto social.
— No te preocupes — eI vals dio paso a un ritmo más rápido, pero él no Ia soltó — . Entiendo que no tienes hijos...
— ¡Sí! — sonrió de oreja a oreja como siempre Io hacía aI acordarse de Norman — . Tengo un hijo. Nació después de Ia muerte de su padre. Ya tiene casi diecisiete meses.
Roy Ruast se quedó rígido con Ios brazos alrededor de eIIa. Abrió Ios ojos de par en par y eIIa llegó a pensar que sus palabras Io habían impresionado.
— ¿Lo sabía tu marido?
— No. Yo no Io supe hasta después deI accidente.
Roy se paró y eIIa Io miró con preocupación.
— ¿Te pasa algo? — Ie preguntó.
— No. Estoy bien — seguía mirándola con aquellos ojos penetrantes — . Ha tenido que ser muy doloroso.
Ella consiguió sonreír, aunque Ios meses de embarazo habían sido espantosos por Ia muerte de

Bill y por saber que su hijo se criaría sin padre.
— Lo fue, pero también fue un regalo increíble.
— No puedo imaginarme todo Io que has tenido que pasar.
Ella volvió a sonreír y se tomó Ias palabras aI pie de Ia letra.
— El embarazo no estuvo mal, pero me habría ahorrado eI parto.
— No me extraña — Roy sonrió y se Ie iluminaron Ios ojos — . ¿Quieres seguir bailando?
Ella asintió con Ia cabeza y entraron en una parte más movida deI baile, pero eIIa notó que él parecía distinto. ¿Qué Ie habría pasado por Ia cabeza durante Ios últimos minutos? No podía dejar de pensar que había tenido algo que ver con Ia conversación sobre su hijo. Quizá él también hubiera tenido una muerte reciente y estuviera sensible.
Se dijo para sus adentros que eso era una tontería, que llevaba demasiado tiempo sin tratar con hombres y que había perdido práctica.
Bailaron hasta que acabó Ia canción. Ella sabía que no debería estar demasiado tiempo con él y darle esperanzas, pero hacía mucho tiempo que no bailaba y era un magnífico bailarín. No se parecía en nada a su marido, bailaba mucho mejor que Bill, pero Ia agarraba de una forma que hacía que se sintiera a gusto. Como se sentía en brazos de Bill. Era bastante desconcertante y cuando se dio cuenta, se apartó.
— ¡Vaya! Será mejor que vuelva a Ia mesa. Me siento culpable por dejar sola a Ia pobre Alexa.
Él Ia acompañó a Ia mesa y comprobó que Alexa no sólo no estaba sola, sino que se había encontrado con una de sus mejores amigas. Dos cabezas maravillosamente peinadas estaban inclinadas y juntas, pero se irguieron y separaron en cuanto vieron que eIIos se acercaban. La amiga de Alexa, socia deI club de póker, sonrió y se levantó para volver a su mesa.
Cathy hizo Ias presentaciones pertinentes y Roy Ie separó Ia silla para que se sentara.
— Por favor, acompáñenos — Ie invitó Alexa — . Cathy y yo pasamos demasiado tiempo juntas. Necesitamos un apuesto caballero.
Roy sonrió y mostró unos dientes blancos y perfectos.
— Si están solas será porque quieren. Dos damas tan encantadoras como ustedes podrían tener a todos Ios hombres pendientes de ellas si quisieran.
Alexa se rió abiertamente y Cathy se dio cuenta, aterrada, de que su suegra estaba coqueteando con Roy Ruast.
— Además, es galante. Cathy, quizá debieras quedarte con este.
— A Io mejor no quiere que nadie se quede con él — replicó Cathy.
Estaba francamente incómoda con eI celestineo descarado de Alexa.
— Ya Io mejor sí.
Los ojos de Roy tenían un brillo burlón, pero también tenían una calidez que hizo que Cathy tuviera que mirar a otro lado.
— ¿Por qué ha venido a Ia gala de esta noche? — Ie peguntó Alexa sin dejar de sonreír.
Roy se encogió de hombros.
— No soy de aquí y me ha parecido que venir era una forma de conocer gente, además de ayudar a una buena causa. Los trasplantes de corazón han salvado muchas vidas.
— Es verdad, aunque, propiamente dicho, aquí no se recaudan fondos para Ios trasplantes de corazón — dijo Alexa, cuya sonrisa se había desvanecido.
— Ya Io sé — afirmó él rápidamente — . Sólo quería decir...
— Pero tiene razón — Ie interrumpió Alexa — . Los trasplantes de corazón pueden ser maravillosos.
Cathy estaba quieta como una estatua y sólo quería que sus acompañantes cambiaran de tema.

— No sé si Cathy se Io ha comentado, pero mi hijo, su marido, falleció — Alexa Io dijo en voz baja.
— Sí, me Io ha dicho. Lo siento mucho. Alexa esbozó una sonrisa fugaz.
— Gracias. Mi hijo donó su corazón — hizo un gesto con Ia mano que abarcó toda Ia habitación — . Es un acto maravilloso donde se puede recaudar fondos para Ia donación de órganos.
Roy tragó saliva y se pasó un dedo por eI cuello de Ia camisa como si estuviera demasiado apretado.
— Estoy completamente de acuerdo.
— Lo único que lamento es no haber conocido a Ia persona que recibió eI corazón de Bill — siguió diciendo Alexa — . Me habría gustado ver Ia cara de Ia persona que lleva una parte deI cuerpo de mi hijo.
Cathy hizo un gesto de impaciencia con Ia mano, pero se contuvo inmediatamente y juntó Ias manos sobre eI regazo.
— Eso es imposible, Alexa. Ya conoces Ias normas. Es anónimo salvo que eI receptor decida presentarse.
Alexa asintió tristemente con Ia cabeza.
— Ya Io sé — miró a Roy — . Recibimos una nota anónima deI hombre que recibió eI corazón. Era encantadora y me habría gustado mucho que hubiera querido conocernos.
Roy asentía con Ia cabeza y con gesto inexpresivo.
— Cathy no comparte mis ganas de conocer aI receptor. Cathy habría querido estrangular a su suegra.
— Es que... Bill ya no está y hay alguien por ahí que lleva su corazón. Me siento un poco... resentida. Ya sé que es mezquino e injusto, pero... — intentó sonreír para suavizar sus palabras — . Si funciona tan bien, ¿por qué no Io lleva Bill? Lo siento, Alexa, pero por eI momento no quiero conocer a esa persona.
— Yo también Io siento, cariño — Alexa tomó Ia mano de Cathy — . No quería parecer insensible a tu dolor — sonrió y se volvió hacia Roy — . Los trasplantes de órganos son bastante complicados y no sólo por una cuestión médica.
Roy asintió con Ia cabeza. Miraba a Ias dos mujeres con ojos abatidos.
— Muy complicado, desde luego.
Cathy sintió lástima. Estaba claro que eI trasplante de órganos no era algo agradable para él.
— Roy, ¿has venido a Baltimore por motivos de trabajo?
Él se volvió hacia eIIa con un alivio tan evidente que Cathy estuvo a punto de sonreír.
— Sí, soy arquitecto y he pensado abrir una sucursal de mi empresa aquí.
— ¡Ah! Eres ese Ruast — exclamó Alexa mientras se volvía hacia Cathy — . Roy ha diseñado un no sé qué solar...
Se volvió hacia él para que se Io confirmara.
— Una ventana.
— Ha sido un éxito enorme. Leí un artículo sobre ti Ia semana pasada. Al parecer, tu ventana está revolucionando Ia construcción con energía solar.
— Quizá.
Él inclinó Ia cabeza. Era Ia viva imagen de Ia humildad, una imagen difícil de compaginar con Ia seguridad deI hombre real.
— ¿Utilizas esa ventana en tus proyectos? — Ie preguntó Alexa.
Él dudó.
— No siempre. Me gustaría que me conocieran por Ia calidad de mis proyectos, no porque llevan

algo peculiar.
— ¿Te has hecho una casa impresionante y podemos visitarla? — Alexa no callaba.
— ¡Alexa!
Cathy estaba atónita, su suegra solía ser Ia personificación de Ia discreción.
Sin embargo, a Roy parecía no importarle.
— La triste realidad, señoras, es que vivo en una casa muy pequeña, en una zona bastante ruidosa de Ia ciudad, mientras construyen Ia que será mi casa. Además, eI contratista me dijo Ia semana pasada que van retrasados, por Io que voy a tener que esperar más de Io que pensaba.
— Es una lástima — dijo Cathy.
— Es absurdo — Ie corrigió Alexa — . No puedes vivir así. Roy sonrió y se encogió de hombros.
— Sí, puedo, aunque no me guste.
— Seguramente no pases mucho tiempo en casa si estás poniendo un estudio nuevo — comentó Cathy.
— La verdad es que sí Io paso. Tengo un director de estudio extraordinariamente competente que se ocupa de todos Ios asuntos cotidianos para que yo pueda seguir haciendo proyectos. Mi estudio privado está en mi casa.
— Pero... para eI proceso creativo es muy importante tener un espacio agradable — objetó Alexa — . Yo era pintora hasta que mis manos me Io impidieron... — levantó Ias manos y mostró Ios dedos retorcidos por Ia artritis — . Sé Io difícil que puede resultar.
— Afortunadamente — Ie dijo Roy — , es algo a corto plazo. El estudio estará funcionando dentro de dos meses y podré trabajar allí hasta que terminen mi casa.
— Pero no puedes seguir viviendo en un sitio donde estás incómodo... ¡oh! — Alexa se puso una mano en eI pecho — . He tenido una idea genial.
El tono entusiasmado aterró a Cathy.
— ¿De qué se trata?
— ¡Roy puede vivir en Ia casa de invitados!
— ¿La casa de invitados? — Cathy no daba crédito a Io que había oído — . Pero... eI agua y Ia electricidad están cortadas.
Ni podían permitirse eI contratarlas, se dijo a sí misma.
Además, Ia casa de invitados que había en Ia extensa finca que compartía con Alexa se veía desde Ia casa principal. La mera idea de tener a ese hombre tan cerca hacía que sintiera algo parecido aI vértigo.
— Un detalle sin importancia. Es una solución perfecta — Alexa se volvió hacia Roy — . Es una casa de dos pisos con dos dormitorios, cocina completa, sala y comedor. Estoy segura de que es mucho más grande y más tranquila que donde vives ahora. ¡Sería perfecta para ti!
Cathy pensó que rechazaría amablemente eI ofrecimiento después de agradecérselo una y mil veces.
— Es muy generosa, señora Ferros. Se Io agradecería eternamente — se detuvo — . ¿Está amueblada?
— No — Alexa inclinó Ia cabeza — . ¿Es un inconveniente?
— En absoluto. Tengo algunos de mis muebles en Ia casa de Ia ciudad — arqueó Ias cejas — . Si Io dice en serio, estaría encantado de aceptar.
Cathy Io miraba fijamente. ¡Eso no era Io que él debía decir!
— Maravilloso — eI tono de Alexa indicaba que eI asunto estaba zanjado — . Mañana Ia limpiaremos. Podrás mudarte a principios de Ia semana que viene.

— ¿Cuál es Ia renta?
Alexa agitó una mano.
...— No hace falta...
— Sí — Io dijo tan rotundamente que, por una vez, Alexa no parecía dispuesta a discutir — . Lo es. No puedo aceptar un regalo así. Además, yo me ocuparé deI agua y Ia electricidad.
— Bueno, si insistes... — Ia voz de Ia mujer era un poco lúgubre — . Ya Io hablaremos más tarde y llegaremos a un acuerdo.
Cathy quiso gritar que eso era imposible, pero, en realidad, Ia casa era de Alexa y podía invitar a quien quisiera.
Miró a su suegra con Ia intención de que interpretara eI mensaje que estaba mandando con Ios ojos. ¿Qué sabía de Roy Ruast? Había leído algo sobre él, ¿pero era suficiente? Que hubiera patentado un invento no Io convertía en alguien aceptable.
— Como acabamos de conocernos — dijo Roy — , me parece que Io correcto es que Ie dé algunas referencias mías. Las mandaré eI lunes.
Cathy pensó que era como si Ie leyera Ios pensamientos, pero había uno que no había captado. ¿Qué pasaría con Norman? ¿Había pensado Alexa en que Ia presencia constante de un desconocido podía afectar a su hijo? ¿Le gustaban Ios niños a Roy? Alexa Ie había prometido silencio y había veces que Norman era cualquier cosa menos silencioso. Ella tampoco iba a estar todo eI día callando a su hijo porque eI vecino necesitara paz para trabajar. Tomó aire para tranquilizarse. Ese Ruast tenía algo que Ia desconcertaba, pero no sabía qué era. Era como si sus ojos azules traspasaran Ia careta que se había construido y llegaran hasta Ia mujer insegura que era en realidad. Era como si Ia conociera, aunque estaba segura de que no se habían visto jamás. Era un hombre que no se olvidaba fácilmente.
Roy, que parecía no darse cuenta de Io que pasaba por Ia cabeza de Cathy, tomó una mano de Alexa y Ia besó.
— No sabe cuánto se Io agradezco.
No podía creerse Ia suerte que había tenido

A Ia semana siguiente, Roy se maravillaba de Ia suerte que había tenido mientras dirigía Ia mudanza de sus muebles y de Ia mesa de dibujo.
Había ido aI acto benéfico con Ia única intención de conocer a Ia mujer de sus sueños. ¿Sueños? Ella no habitaba sus sueños, eIIa estaba en su memoria y sabía exactamente de dónde había llegado.
Era Ia viuda de Bill Ferros. Cathy. Se deleitó con cada sílaba. No vio su nombre en su historial médico, pero sí vio eI nombre deI hospital que envió su corazón en un helicóptero. El corazón tenía que ser reciente porque sólo servía durante seis horas, por Io que eI donante tenía que haber muerto eI mismo día deI trasplante en algún sitio de Ia región de Baltimore. El resto fue fácil.
Entró en Internet y buscó en eI periódico más importante de esa región. Lo supo en cuanto leyó Ia noticia de Ia muerte de Bill Ferros. El corazón se Ie salía deI pecho mientras leía eI artículo que describía a un hombre que encajaba con sus características. Hasta que leyó eI nombre de eIIa: Cathy Schumaker Ferros.
Cathy. Ni Cate, ni Cat, ni Kitty. Sencillamente, Cathy.
El nombre Ie había evocado Ia imagen borrosa de una sonrisa dulce, unas pestañas oscuras y unos ojos azules que llevaban meses adueñándose de sus pensamientos. Súbitamente, pudo imaginarse su rostro con una claridad cristalina, como si estuviera viéndola. ¿Era real o estaba volviéndose loco? Durante días se devanó Ios sesos intentando encontrar Ia forma de conocer a

Cathy Ferros para conseguir saber si sólo soñaba despierto. Hasta que leyó que había ese baile benéfico; aunque tampoco sabía qué Ie diría si se Ia encontraba cara a cara.
«Hola, tengo eI corazón de tu marido y me parece que te conozco».
Ella saldría corriendo deI espanto. El artículo decía que eIIa estaba en eI comité organizador y él supuso que asistiría aI baile. Aunque no hablara con eIIa, por Io menos sabría si era como Ia mujer que Io abrumaba con su imagen.
Pero resultó que su plan tenía un fallo. Era eIIa. No pudo apartar Ios ojos de eIIa desde que sus miradas se cruzaron entre Ia multitud. Percibió que Ia conocía. Podía recordar su aroma y su tacto. Incluso conocía eI regusto característico de Cathy. Una parte de él quería conservarla porque era suya, pero, en realidad, nunca había sido suya.
Sabía que Ia había importunado y Io lamentaba, pero no tanto como para no acercarse a eIIa.
Sin embargo, ¿cómo podía lidiar esa situación? Bill Ferros tuvo que amar a aquella mujer con todo su corazón, pero eI corazón de Bill Ferros latía en eI pecho de otro hombre.
Su pecho. Él deseaba a Ia mujer de Bill Ferros con toda su alma y Io peor de todo era que eIIa nunca Io sabría. No podía saberlo, se dijo aI recordar Ia reacción de eIIa cuando se planteó conocer aI receptor deI corazón de su marido.
— ¡Hola!
Roy miró en dirección a Ia voz y vio a Alexa Ferros. La suegra de Cathy Io saludada vigorosamente con Ia mano desde Ia galería de una gran casa de ladrillos que había aI otro lado de Ia piscina.
— Hola, señora Ferros.
— ¡Llámame Alexa! ¿Vendrás a comer?
Se dijo que no debería hacerlo. Ya había terminado con Ia mudanza y Ie vendría bien empezar a instalarse, pero... a Io mejor volvía a ver a Cathy y si era sincero consigo mismo, estaba deseándolo.
— Te Io agradezco.
Rodeó Ia piscina y subió por eI camino de piedras que transcurría entre Ios elegantes y descuidados jardines.
— Cómo me alegro — dijo Alexa mientras él se acercaba — . Cathy se ha ido a una comida y eI ama de llaves acaba de acostar a mi nieto para Ia siesta. No tengo nada que hacer.
Roy sonrió, aunque se sintió muy decepcionado aI saber que Cathy no estaría con eIIos. Alexa era irresistible. Su propia madre había muerto hacía unos años y si bien su serenidad no tenía nada que ver con Ia exuberancia de Alexa, Ias dos se parecían en que todos Ios que Ias rodeaban se encontraban inmersos en eI cariño y eI amor.
— Me encanta Ia idea.
Roy Ie ofreció eI brazo y dejó que eIIa Io introdujera en Ia casa.
— ¿Qué te parece Cathy?
Alexa no se anduvo con rodeos mientras se acomodaban en eI mirador donde había cuencos con consomé, deliciosos sándwiches de pepino y ensalada de huevo duro.
Sarah, eI ama de llaves, no se alteró Io más mínimo cuando Alexa, se Io presentó y Ie dijo que se quedaría a comer. Él se recordó que tenía que alabarle Ia comida.
Roy sonrió a Alexa y eIIa Ie devolvió Ia sonrisa con un brillo de alegría en Ios ojos.
— ¿Haces esto con todos Ios hombres que conoce eIIa?
— Sí, pero estás eludiendo Ia pregunta.
— Cathy es preciosa, pero no estoy seguro de si es tan impresionante como tú vestida de rosa.
Alexa se rió mientras se acariciaba eI vestido que parecía sacado de una fiesta campestre deI

siglo pasado.
— Adulador.
— Sincero — brindó con eI vaso de agua — . Esta casa es muy bonita. Tengo que confesar que no sabía si había hecho bien aI aceptar tan rápidamente, pero ahora a Io mejor tienes que sacarme de aquí con una palanca.
— Era Ia casa familiar de Ia familia de mi marido — Ios ojos de Alexa se abatieron — . Murió repentinamente hace unos años.
Roy sintió lástima aI darse cuenta de que eIIa había sobrevivido tanto a su marido como aI único hijo que había tenido y Ie tomó Ia mano.
— Tu cara me dice que fue un matrimonio feliz. Tienes que añorarlo mucho.
— Todos Ios días — se limitó a decir eIIa — . Pero a veces me alegro de que no tuviera que sufrir Ia muerte de Bill.
— Tuvo que ser algo espantoso.
Estuvo a punto de añadir, mami, pero se contuvo. ¿Su hijo Ia llamaba mami o era una expresión que su subconsciente había decidido que encajaba en eI batiburrillo que empezaban a ser sus recuerdos?
Ella sintió con Ia cabeza y Ios labios temblorosos. Se llevó una servilleta a Ios labios con Ias manos avejentadas y cuidadosamente arregladas y esperó unos segundos.
— Ha sido Io peor que me ha pasado en mi vida. No sé qué habría hecho sin Cathy — eI dolor de sus ojos se disipó un poco — . Nos enteramos de su embarazo cuando estaban haciéndole pruebas en eI hospital después deI accidente. Después deI entierro y cuando empezó a pasar Ia conmoción de todo, comprendimos que teníamos que estar agradecidas por tener ese regalo póstumo de Bill.
— Seguro que tu nieto será un mimado insoportable.
Roy Ie guiñó un ojo y se sintió aliviado cuando eIIa Ie sonrió y eI ambiente volvió a distenderse. Estaba deseando ver aI niño y saber algo más de él.
— No si interviene Cathy — Io dijo con una sonrisa cariñosa — . Es una madre muy buena.
— Como Alexa es una mami.
Cathy entró en Ia habitación con una sonrisa resplandeciente y besó a Alexa en Ia mejilla. A él Ie dirigió un saludo muy educado con Ia cabeza.
Mami... No se había vuelto loco. Sin embargo, miraba a aquella mujer y se sentía como un hombre lobo que se esforzaba por no aullar a Ia luna.

Capítulo Dos

Cathy llevaba un ceñido vestido veraniego azul claro y eI pelo rubio Io tenía recogido en un brillante moño en Ia nuca. El austero peinado no favorecería a ninguna mujer que no fuera Cathy, pero eIIa no era una mujer cualquiera. Le resaltaba Ia belleza clásica de sus rasgos, Ia línea cincelada de Ios pómulos y mandíbula, Ios labios carnosos y perfectamente dibujados y sus enormes ojos azules.

Estaba fascinado con aquellos ojos. No eran de un vulgar azul oscuro como Ios suyos, sino de un tono más claro y delicado que se iluminaba con eI genio y Ia burla, así como con eI cariño cuando estaba relajada y feliz. A pesar de que se habían conocido en pleno verano, tenía una piel blanca como Ia leche que se tornaba ligeramente rosa en Ios pómulos. Supo, sin tener que acariciarla, que era sedosa, que era tan suave detrás de Ias rodillas como en Ia deliciosa curva donde eI cuello se encontraba con Ios hombros.

Sin embargo, eso era imposible. No podía saberlo. Aunque tuviera una seguridad íntima que iba más allá de un anhelo imaginario. Su cuerpo también Io sabía, se dijo a regañadientes mientras agitaba Ias piernas debajo de Ia mesa.

— Me llamaban mami — dijo Alexa — . Se me quedó cuando Bill empezó a balbucear. Él me llamó así toda su vida y Norman también Io hace ahora.

Roy asintió con Ia cabeza distraídamente sin poder apartar Ia mirada de Cathy.

— Ya Io sé.

— ¿Lo sabes? — eI tono de voz de Cathy era tan penetrante como Ia mirada que Ie dirigió — . ¿Cómo Io sabías? Ni siquiera conoces a Norman.

Él se encogió de hombros, impresionado por Ia rapidez de eIIa y por su metedura de pata. Tendría que tener más cuidado si no quería que eIIa sospechara algo. Se sintió muy orgulloso; eIIa siempre había sido muy lista...

— Señor Ruast... — eI tono de Cathy era interrogativo, pero igual de penetrante que antes.

— Perdón. Estaba distraído.

— ¿Por qué sabías que a Alexa Ia llamamos mami? No era una pregunta muy sutil.

— Cariño, a Io mejor se Io oyó a alguien en eI baile — intervino Alexa — . La verdad es que sólo hablo de Norman. Seguramente, Roy me oyó contarle una anécdota a alguien sin darse cuenta siquiera de que Io había oído.

Alexa sonrió y miró impacientemente a Ios dos.

— Tú misma Io dijiste hace un rato — Ie dijo Roy a Cathy. — Supongo que he dado por supuesto que era como tu hijo llama a Alexa.

— Ya — susurró eIIa.

No estaba nada convencida, pero Roy se dio cuenta de que no quería incomodar a su suegra.

— ¿Qué tal te ha ido Ia comida? — Ie preguntó Alexa desenfadadamente.

La cara de Cathy se iluminó como si se hubiera olvidado de algo durante un instante.

— ¡Maravillosa! Tengo algunas noticias apasionantes.

Se desabrochó Ia chaqueta azul y se Ia quitó desafiando aI descubierto una camisa sin magas de seda color marfil. La seda dejaba entrever una especie de camisola de encaje que Ie retenía Ios pechos. Roy deseó que no se hubiera quitado Ia chaqueta. Ella Ia colgó deI respaldo de Ia silla y se sentó antes de que Roy pudiera levantarse para ayudarla.

— El consejo de administración deI museo me ha ofrecido un puesto como directora ejecutiva.
Alexa sonrió vagamente.
— Está muy bien, cariño — se volvió hacia Roy — . Cathy trabaja de voluntaria con varias organizaciones.
Roy comprendió que Ia mujer no había entendido Io que había dicho Cathy.
— Pero esto no es un trabajo de voluntaria — Ie aclaró Cathy — . Seré directora ejecutiva y tendré un sueldo. Además, seguiré ocupándome de Ia recaudación de fondos.
Parecía emocionada.
— Enhorabuena — Ie felicitó él — . ¿Cuáles serán tus funciones?
— Supervisaré eI personal, gestionaré eI presupuesto y llevaré Ia publicidad, pero, en gran medida, me concentraré en recaudar fondos.
— ¿Cómo se financia eI museo? — Ie preguntó Roy.
— Con fondos federales, estatales y locales — contestó eIIa.
Roy tuvo Ia sensación de que a eIIa no Ie gustaba su participación en Ia conversación, aunque no hizo ni dijo nada que fuera descortés.
— Campañas especiales — continuó Cathy — , fiestas, donaciones, aportaciones de fundaciones... eI museo, como cualquier institución sin ánimo de lucro, recibe dinero de muchos sitios.
— En Minesota fui miembro de un par de consejos de administración — dijo Roy — . Tengo algo de experiencia en reunir fondos de explotación.
Se recordó que tenía que hacer una donación anónima aI museo.
— Cathy... — Ia voz de Alexa denotaba preocupación — . ¿Quieres decir que vas a trabajar?
— Sí — eI tono de Cathy era firme — . Sólo es media jornada. Puedo hacer algo deI trabajo de casa mientras Norman duerme Ia siesta, así que no creo que haya ningún problema. Sarah y tú no vais a tener que ayudar más con Norman de Io que ya Io hacéis.
— No es por eso, pero... yo nunca he trabajado.
Roy comprendió que Alexa no estaba siendo displicente; no entendía, sinceramente, por qué Cathy quería trabajar.
— Alexa, va a ser como un trabajo voluntario, pero más entregado — Ie explicó Cathy con paciencia — . Te prometo que no voy a quitar tiempo de Ias otras cosas que hago ni de ti ni de Norman.
Aquello pareció tranquilizar a su suegra.
— Sabes — dijo Alexa — , como Roy es nuevo aquí, deberías ir a comer con él alguna vez y explicarle Ias organizaciones que tenemos y a Io mejor Ie gustaría afiliarse a alguna.
— Es una idea muy buena, Alexa — Cathy no parecía muy sincera.
— Mañana estoy libre.
Roy no sabía por qué había dicho eso. Quizá fuera porque quería que aquellos ojos azules volvieran a fijarse en él en vez de pasarlo por alto como llevaban haciendo un buen rato.
— Lo siento, mañana tengo cosas que hacer — replicó Cathy — . Quizá otro día.
— ¿Tienes, cosas que hacer? — eI tono de Alexa era de decepción — . Cariño, no Io sabía, creía que eI martes era eI día que pasabas en casa. Le he prometido a DeeDee que Ia invitaría con su grupo de póker
— Eso es Io que quería decir — Ia tranquilizó Cathy — . El martes paso todo eI día con Norman.
A Roy Ie hizo gracia ver eI tono rosado que adoptaban Ias mejillas de Cathy aI decir Ia mentira.
— Otra vez será.
Sus miradas volvieron a encontrarse y él sonrió amablemente.

— Sí. Claro — Cathy se levantó y agarró su chaqueta — . Tengo que ir a ver cómo está Norman. Encantada de volver a verlo, señor Ruast.
— Roy — Ie corrigió él mientras se levantaba — . Llámame Roy, ¿de acuerdo?
— Roy — eIIa estaba a medio camino cuando se dio Ia vuelta y Io miró — . Adiós.
— Vaya, vaya... — susurró Alexa — . Esta tarde está un poco... nerviosa. No sé si Io deI trabajo es una buena idea.
Él podría haberle dicho exactamente por qué estaba nerviosa, pero no era cuestión de alterarla. Cathy Ferros no se encontraba nada cómoda con él, pero estaba demasiado bien educada como para demostrarlo. Saltaban chispas cuando Ios maravillosos ojos de eIIa se clavaban en él y aunque no estaba seguro de Io que estaba pasando exactamente, sí empezaba a tener muy clara una cosa: Cathy Io atraía en todos Ios sentidos. Y no era sólo porque había recibido eI corazón de su marido. Era su pulso eI que se aceleraba cuando eIIa entraba en Ia habitación; era su boca Ia que se secaba como Ia piedra pómez; era su estómago eI que se encogía por eI deseo.
Se reconoció que eso podía ser un problema y se recordó cómo había reaccionado eIIa cuando su suegra habló de conocer aI receptor. Él jamás podría decirle que tenía eI corazón de su marido.

A Ia noche siguiente, mientras entraba en su dormitorio, Cathy pensó que gracias a Dios Roy se había empeñado en ocuparse de Ia electricidad y eI agua de su casa. No sabía cómo explicarle a Alexa que no tenían dinero para actos de generosidad.
Se levantó diestramente eI pelo y se Io sujetó con unas horquillas. Acababa de dar de cenar a Norman y no podía perder ni un minuto. Fue hacia aI armario mientras se preguntaba qué tramaba su suegra. Alexa había llegado de Ia partida de póker y se había dirigido directamente a Ia casa de invitados. Cuando volvió, comentó despreocupadamente a Cathy que Roy cenaría con ellas.
¡Cenar! Resopló con desesperación. No podía culpar a Alexa, su suegra no asimilaba Ias dificultades económicas que a eIIa Ie abrumaban todos Ios días. Para eIIa, Io natural era ser hospitalaria con su invitado. Alexa quería que Sarah fuera a comprar un trozo de carne que era demasiado caro, pero Cathy Ie había dicho que hiciera pollo Kiev, un plato cuyos ingredientes ya tenían. Además, aquella era Ia noche que Norman solía cenar con ellas. Como había un invitado, Cathy Ie había dado de cenar antes y había pedido a Sarah que Io bañara ese día en vez deI viernes, cuando eIIa solía tener compromisos y cenaba fuera.
Una cena. En vez de estar con Norman, tendría que poner Ia mesa en eI comedor, cortar flores y sacar brillo a Ia plata que apenas usaban. Alexa, naturalmente, no pensaba en esas cosas. Su suegra había nacido en Ia opulencia y eI servicio doméstico se ocupaba de Ios molestos detalles como eI trabajo. No era una persona desconsiderada o insensible. Sencillamente, se había criado así: elegante, distinguida, consentida. A veces, sobre todo últimamente, Cathy daba gracias a Dios por su educación nada refinada. Si no hubiera tenido experiencia en arañar cada céntimo, no sabía qué habría sido de Alexa, de Norman y de eIIa misma.
Estaba segura de que Alexa no habría sabido qué hacer cuando se hubiera enterado de que Bill había invertido casi todo eI dinero en un negocio que Ios había dejado prácticamente arruinados. El único consuelo era que Ia casa estaba libre de cargas y que si podía hacer frente a Ios gastos para vivir y Ios impuestos, también podrían conservarla. Aunque tendría que decirle a Alexa que existía Ia posibilidad de que Ia perdieran.
Suspiró. Una cena con Roy Ruast. Bastante era que Alexa intentará organizarle planes cuando estaban en público, pero esa vez iba a llevarle un hombre a su casa.
Bill había muerto hacía dos años. Durante eI primer año y medio ni siquiera se Ie pasó por Ia

cabeza mirar a otro hombre. Sólo había sufrido y se había ocupado de su hijo. Cuando se dio cuenta de su situación económica, se dedicó por completo a intentar mantener eI barco a flote sin preocupar innecesariamente a Alexa, quien no tenía cabeza para Ios números y parecía incapaz de asimilar Ia necesidad de apretarse eI cinturón.
Sin embargo, hacía unos meses, Alexa había empezado a preocuparse porque Norman creciera en una casa llena de mujeres. Había organizado una conspiración con sus compañeras de póker, sus parejas de golf y sus amigas de almuerzos para presentarle nietos, sobrinos, ahijados, vecinos, abogados, contables y cualquier hombre que se Ies ocurriera.
Ella había conseguido esquivar a casi todos, aunque se citó con tres desconocidos y una de aquellas citas fue tan espantosa que nunca Ia olvidaría.
Sacó un vestido negro y se Io puso, se calzó unas sandalias, se paró un instante y tomó aire. Intentó serenarse y se dijo que no solucionaría nada enfadándose.
Además, sabía que Alexa no quería incomodarla. La buena mujer Ia había recibido en Ia familia con tanto cariño que a veces Ie parecía como su propia madre. Al pensar en su madre, que murió cuando eIIa nació, sus pensamientos se dirigieron inevitablemente hacia su padre. Volvió a tomar aire y Ios ojos se Ie empañaron de lágrimas.
Había sido bibliotecario de Ia universidad y vivía en su mundo, pero quería mucho a Cathy, como eIIa Io quería a él. Su muerte, cuando eIIa estaba en eI último curso de Ia universidad, fue devastadora. Lo único que hizo que Io superara fue Bill, a quien había conocido unos meses antes. Le pareció natural acudir a él cuando se enteró de Ias deudas de juego de su padre y Ie pareció más natural todavía aceptar su petición de matrimonio unos meses
más tarde. Todavía Io echaba de menos. No llevaban ni un año casados cuando murió.
Volvió a suspirar y se miró en eI espejo de cuerpo entero para asegurarse de que no tenía rastros de lágrimas. No quería que Roy percibiera ningún signo de debilidad.
El timbre de Ia puerta sonó con un tono imperativo mientras eIIa bajaba Ias escaleras. Sarah cruzó eI vestíbulo y Cathy pudo oír eI saludo. La voz era inconfundible y notó un escalofrío en Ia espina dorsal. ¿Qué tenía Roy que Ia alteraba tanto? Había sido educado y amable en eI baile. No podía encontrar un fallo aunque Io intentara. No se Ia había comido con Ios ojos descaradamente como eI idiota con eI que había salido. Era encantador con Alexa y Ia escuchaba como si Ie interesara Io que decía. Debería ser eI hombre perfecto.
Sin embargo... había algo que Ia molestaba. Algo tan profundamente instintivo que no podía pasarlo por alto. Estaba segura de que no era que fuese increíblemente sexy y atractivo, aunque era algo que no se Ie escapaba.
En ese momento, eI objeto de sus preocupaciones entró en eI vestíbulo. Sarah cerró Ia puerta.
— Le diré a Ia señorita Ferros que ha venido. Pase a Ia sala — Ie dijo eI ama de llaves antes de volver corriendo por donde había ido.
Cathy sabía que Norman estaría gateando por eI suelo inmaculado de Ia cocina en busca de algún cajón que no estuviera completamente cerrado.
Roy empezó a cruzar eI vestíbulo, pero se paró aI verla a mitad de Ias escaleras.
— Buenas tardes. Estás más guapa que nunca.
— Gracias.
Ella inclinó Ia cabeza e intentó no hacer caso deI rubor de placer por Ias palabras.
Él también estaba impresionante, pero no iba a decírselo. Llevaba una camisa de seda negra de manga corta y unos pantalones también negros. La combinación era elegante y desenfadada e increíblemente atractiva. El pelo negro Ie brillaba con destellos azulados y Ia sonrisa era como un corte blanco en Ia cara.

Esperó aI pie de Ias escaleras mientras bajaba y eIIa era consciente de que no Ie quitaba Ios ojos de encima, aunque no Io miró y prestó una atención innecesaria a dónde ponía Ios pies en Ios escalones.
— Te he traído una cosa.
Hasta ese momento, eIIa no se había dado cuenta de que tenía una mano en Ia espalda.
— No puedo aceptar un regalo — dijo eIIa. Él sonrió.
— ¿Una mujer a Ia que no Ie gustan Ias sorpresas? Increíble — sacó Ia mano con dos pequeños paquetes — . Sólo es una muestra de mi agradecimiento — Ie dijo mientras Ie daba uno — . Uno para ti y otro para Alexa en agradecimiento por vuestra generosidad.
Cathy no sabía qué decir. No sólo había dado un carácter personal a Ia situación, sino que había hecho que se sintiera increíblemente culpable por su cicatería. El remordimiento hizo que sonriera radiantemente.
— Está bien, en ese caso, acepto encantada.
Fue a tomar eI paquete, pero él no Io soltó inmediatamente y sus dedos se rozaron mientras eIIa levantó Ios ojos para mirarlo.
Él Ie miraba Ia boca.
El tiempo quedó suspendido como Ias motas de polvo en Ias franjas de luz que atravesaban Ia habitación.
Tenía eI rostro tenso y eIIa se quedó inmóvil mientras él levantaba Ios ojos hasta que Ias miradas se encontraron. Tenía Ia mirada intensa y voraz y eIIa tuvo que tomar aire por Ia impresión.
— Hola, Roy — Ia voz alegre de Alexa llegó desde Ias escaleras.
Roy cambió Ia expresión y un distanciamiento amable sustituyó aI anhelo. Ella parpadeó cuando él Ie soltó Ia mano, dio un paso atrás y Ia dejó caer con eI paquete entre Ios dedos.
Cathy se dio Ia vuelta para saludar a Alexa, tomó aire e intentó serenarse. Aquella mirada podía haberla derretido.
— Alexa — Roy tomó Ias manos que Ie ofrecía Ia mujer y Ie dio un beso en Ia mejilla.
Luego, Ie entregó eI regalo.
— ¿Un regalo? No era necesario — hizo un gesto con Ia mano como si se avergonzara, pero Cathy vio que levantaba Ia caja y Ia agitaba junto a Ia oreja — . ¿Qué será? ¿Tú también tienes una? Es delicioso. Bueno, pasa a tomar algo mientras Ios abrimos por turnos.
Alexa entró en Ia sala. Después de otro momento en suspenso, Cathy Ia siguió y se sintió como una hoja en eI camino de una apisonadora.
Alexa mandó inmediatamente a Roy aI bar donde Ie sirvió un poco de jerez, Cathy no quiso tomar alcohol.
— Un poco de agua con gas y lima, por favor.
Se Ie hacía raro volver a tener un hombre en casa. Había vivido sola con Alexa eI doble de tiempo que con Bill y a veces ni se acordaba de Io que era aquello. Le pareció un pensamiento sacrílego o traicionero, pero aquella situación no tenía ni pies ni cabeza. Quería gritar, pero se sentó en Ia butaca tapizada de seda a rayas que estaba junto aI piano, se alisó recatadamente Ia falda y cruzó Ios tobillos sin pensar Io que estaba haciendo.
Mantuvo Ia vista clavada en eI suelo mientras Roy cruzaba Ia alfombra persa con su bebida y una igual para él. Su mano enorme empequeñecía Ios vasos y eIIa no pudo evitar volver a rozarle Ios dedos mientras tomaba su bebida. El acto, completamente inocente, Ie pareció demasiado íntimo para Io susceptible que estaba hacía cualquier gesto de él.
— Vamos, Cathy — Alexa se había sentado en un sofá color Burdeos y agitaba eI paquete en eI aire — . ¡Tenemos que abrirlos!

Empezó a soltar eI lazo, pero se paró para esperar a Cathy. Ella habría dado cualquier cosa por no abrirlo, pero sabía que su suegra no Io entendería. Soltó eI lazo de mala gana y separó una punta deI papel sin romperlo.
— Cathy es de Ias personas que da mala fama a abrir paquetes — Ie dijo Alexa a Roy — . Puede tardar media hora con un solo paquete.
Roy sonrió.
— Mi madre era igual y también guardaba eI papel para volver a usarlo. Es más, Io planchaba para quitarle Ias arrugas.
— ¡Dios mío! Qué aplicada.
Alexa sacó una cajita dorada y esperó a Cathy. Luego levantaron Ias tapas a Ia vez.
— ¡Ohhh! — exclamó Alexa — . Es absolutamente precioso y delicado — mostró un broche con forma de azucena y con un esmalte que daba vida a Ia flor — . Adoro Ias azucenas... Gracias, Roy.
Roy inclinó Ia cabeza.
— Es un placer, te Io aseguro. Agradecí mucho tu ofrecimiento de un sitio para vivir, pero ahora que Io he visto Io agradezco mucho más.
— ¿Qué es tu regalo? — Alexa estiró eI cuello.
— Una rosa. Mi flor favorita — miró a Roy que estaba aI otro lado de Ia mesa baja — . También es mi tono de color favorito. Muchas gracias.
— De nada — sus ojos eran cálidos y profundos — . Cuando Io vi, pensé en ti inmediatamente.
¿Por qué tenía eIIa Ia sensación de que quería decir exactamente eso? Agitada, miró eI reloj.
— Dios mío, Sarah va a matarnos. Será mejor que no sentemos a Ia mesa.
— ¿Dónde está tu hijo? — Roy tenía eI ceño fruncido — . Daba por supuesto que cenaría con nosotros.
— Ha cenado antes — dijo Cathy mientras él apartaba Ia silla de Alexa en Ia cabecera de Ia mesa — . Suele cenar hacia Ias cinco.
— Tenía que habérmelo imaginado — reconoció Roy.
Estaba detrás de eIIa y separó su silla para que se sentara. Al volver a colocar Ia silla, inclinó Ia cabeza y eIIa notó su aliento en Ia nuca. Sintió un estremecimiento en toda Ia espalda.
— La recepcionista que tengo en Minesota tiene dos hijos de tres y cinco años. Se ponen como furias si se retrasa Ia cena — Roy sonrió mientras se sentaba. .
En Ia mesa había ensaladas y consomé frío y Cathy comió deprisa y dejó que Alexa se ocupara de Ia charla durante Ios dos primeros platos. Cuando todos hubieron terminado, pidió disculpas y llevó Ios platos a Ia cocina. Con movimientos diestros, cortó Ias pechugas deI pollo que había hecho esa tarde, Ias puso en Ios platos, Ias acompañó de espárragos y Ias cubrió de salsa holandesa...
— ¿Puedo ayudar?
Cathy dio un respingo y sólo Ios reflejos de Roy evitaron que Ia maravillosa porcelana de Alexa acabara en eI suelo.
— Dios mío, no esperaba que aparecieras tan sigilosamente.
— Perdona — arqueó Ias cejas — . No quería asustarte. He pensado que podía ayudarte.
— No, gracias. Todo está controlado.
— Ya Io veo — tenía Ios ojos muy oscuros y una arruga separaba Ias cejas — . Cathy... siento haberte causado tantos problemas. Cuando me invitó Alexa, supuse que tendríais gente para cocinar y servir Ia mesa. Yo no habría...
— No importa — dijo eIIa apresuradamente — . No creo que haga falta mucha gente si sólo

estamos Alexa, Norman, Sarah y yo. Sarah y yo solemos ocuparnos de Ias comidas. Si vamos a dar una cena o una fiesta, contratamos personal preparado, naturalmente.
— Bueno, sigo agradeciéndote eI esfuerzo que has hecho. Yo habría cenado encantado en Ia cocina.
— A Alexa Ie habría dado algo si se me ocurre decir que nuestro invitado iba a cenar en Ia cocina.
Cathy sonrió. Estaba segura de que él sólo quería tranquilizarla. Tomó dos platos con Ias manos, se puso eI tercero en eI antebrazo y señaló con Ia cabeza una cesta con pan.
— Ya que estás aquí, ¿te importaría llevarla?
— En absoluto.
Tomó Ia cesta de pan, sujetó Ia puerta batiente que separaba Ia cocina deI comedor y esperó a que Cathy dejara Ios platos para volver a ayudarla a sentarse.
— Gracias — dijo eIIa.
Cada poro de su cuerpo sentía su cercanía y estuvo a punto de dar un salto cuando notó su aliento en Ia oreja.
— De nada.
La voz era grave y profunda e hizo que esa frase convencional adquiriera un tono tan íntimo que inmediatamente Ie evocó cuerpos resbaladizos y sábanas de seda. Podía imaginarse demasiado bien eI placer que podría alcanzar con él.
Alejó aquellas imágenes de su mente e hizo acopio de toda Ia fuerza de voluntad que tenía.

Capítulo Tres

Él habría preferido comer en Ia cocina, pensó Roy, mientras observaba Ia preciosa mesa a Ia que acababa de sentarse. Daba igual cuánto tiempo hiciese desde Ia última vez que tuvo que preocuparse por eI dinero, en eI fondo, seguía sin sentirse cómodo, rodeado de tanta riqueza.
Se había acostumbrado a usar jerséis de cachemir y no podía negar que Ie gustaba conducir coches deportivos, de Ios que tenía demasiados. El jacuzzi y eI gimnasio de su casa Ie encantaban, como Ie encantaba poder donar dinero a Ias obras de caridad que Ie apetecieran.
Pero dudaba mucho que alguna vez aceptara que otra persona Ie lavara Ia ropa y Ie hiciera Ia comida. El césped se Io cortaban unos chiquillos por una cantidad muy prudencial y, aun así, tenía remordimientos por no hacerlo él mismo. Seguía apagando Ias luces cada vez que salía de una habitación y nunca dejaba eI grifo abierto mientras se lavaba Ios dientes. Preferiría que Ie cortaran una mano antes de contratar un mayordomo o un chofer como Ia gente esperaba que hiciera.
Sin duda, era más un hombre de acero inoxidable que de plata.
En cambio, Alexa y Cathy eran metales preciosos. Muy pulidas y bien cuidadas. Todavía no estaba seguro de si eran ostentosas o discretas, pero no creía que ninguna de Ias dos supiera Io que era salir a trabajar por Ia mañana sin saber si tendría electricidad cuando volviera por Ia tarde.
Era una cena interesante. Alexa habló sin parar y pasaba de contar historias de sus amigas deI golf o de sus organizaciones cívicas a contar anécdotas de su nieto.
Se enteró de que Norman había cumplido diecisiete meses eI primer día deI mes, que hablaba increíblemente bien para un niño de su edad y que no había empezado a andar hasta que tenía más de un año, Io que preocupó tanto a su madre como a su abuela.
— Al fin y aI cabo, aunque nos habían garantizado que eI niño no resultó herido en eI accidente, nos preocupaba que pudiera surgir algún efecto secundario.
— A Alexa Ia preocupaba — Ie corrigió Cathy — . Según todo Io que yo había leído, eI niño era completamente normal.
— En cualquier caso, estábamos muy agradecidas de tenerlo — dijo Alexa — . Volvió a traer algo de vida a Ia casa, que era una tumba desde Ia muerte de Bill — se hizo un silencio y Alexa debió de darse cuenta de que no había elegido Ias palabras más adecuadas — . Bueno, ya sabes Io que quiero decir.
Roy sonrió para intentar aliviar Ia tensión deI momento.
— Supongo que un bebé ilumina eI corazón más apesadumbrado.
La palabra corazón Ie retumbó en Ia cabeza y se preguntó si habría sido eI único que pensó inmediatamente en trasplantes.
— ¿Eres de Minesota? — era Ia primera vez desde eI baile que Cathy Ie hacía una pregunta.
Él sabía que en gran medida Io había hecho para romper eI silencio, pero tenía Ios ojos azules fijos en él con interés sincero.
— Sí.
— ¡Oh! — Alexa sintió curiosidad inmediatamente — . Es una ciudad encantadora y majestuosa. ¿Tu familia vive allí?
Él dudaba que a Alexa Ie hubiera parecido encantador su barrio.

— No — se limitó a decir — . Soy hijo único y mi madre murió cuando yo estaba en Ia universidad.
— ¿Y tu padre?
— Murió en un accidente antes de que yo naciera — también podría haberle contado todo Io demás, su vida había salido a Ia luz en Ios artículos que habían escrito sobre él — . Supo de mi existencia, pero murió antes de que pudieran casarse.
— Tu pobre madre... — Alexa tenía lágrimas en Ios ojos — . Es espantoso perder un hombre joven. Además, entonces, criar un hijo ilegítimo suponía un estigma mucho mayor que hoy en día.
Roy podría haberla besado. Debió haber sabido que alguien con un corazón tan bueno como eIIa no Ia juzgaría. Podría haberle contado infinidad de ejemplos sobre Io difícil que había sido para su madre y él, pero Cathy hizo un sonido como si se hubiera atragantado. Roy Ia miró y estaba sonrojada y miraba a su suegra con expresión de escándalo. Se dio cuenta de que estaba... estaba incómoda por él porque su suegra Io había llamado bastardo, aunque Io hubiera hecho con Ias mejores intenciones. Le gustó que eIIa se preocupara por sus sentimientos, pero sabía que Alexa no tenía intención de ofender. Sencillamente, había veces que no pensaba Io que decía. Tuvo que contener una carcajada.
— Me llamo como mi padre — dijo para disimular Ia risa — . Él se llamaba Roy.
Cathy se aclaró Ia garganta.
— Entonces, mi hijo y tú tenéis algo en común. Los dos os llamáis como vuestros padres y nacisteis después de su muerte.
Roy asintió con Ia cabeza sin saber muy bien qué hacer con aquella conversación.
— Mis padres también han muerto — siguió diciendo eIIa con una voz tranquila y bien modulada — . Mi madre murió joven, como tu padre, y no Ia conocí. Perdí a mi padre cuando yo estaba en Ia universidad. Fue... terrible.
— ¿Os llevabais bien?
Ella asintió con Ia cabeza y Ios ojos clavados en Ia mesa.
— Mucho. Me quedé destrozada.
— Pero Bill se ocupó de eIIa — intervino Alexa — . Se casaron cuando eIIa se licenció y yo me llevé Ia nuera más maravillosa deI mundo.
Cathy sonrió forzadamente mientras se dirigía a su suegra.
— Yo también fui muy afortunada. Alexa ha sido como una madre para mí.
— ¿Sabes una cosa, Roy? — dijo Alexa mientras untaba minuciosamente una tostada de mantequilla — . Me parece una tontería que te prepares Ia cena para ti solo. ¿Por qué no cenas con nosotras todas Ias noches?
Lo inesperado de Ia propuesta Io dejó desconcertado.
— No querría abusar — contestó prudentemente sin mirar a Cathy. Sabía perfectamente Io que estaba pensando eIIa.
— No es un abuso — afirmó Alexa alegremente — . En realidad, creo que sería una forma maravillosa de que Norman se acostumbre a que haya un hombre en casa.
Cathy arqueó Ias cejas.
— ¿Por qué tiene que acostumbrarse a que haya un hombre en casa? — preguntó con un tono delicado.
— Bueno, cariño, estoy segura de que te casarás algún día — Ie contestó Alexa.
Roy miró a Cathy y eIIa sonrió mientras sacudía Ia cabeza.
— Alexa no descansará hasta que vuelva a casarme.

— Bah — Alexa agitó una mano — . Sólo quiero Io mejor para Norman y para ti.
Roy no pudo evitar reírse.
— Me imagino que Cathy Io resolverá cuando Ie parezca oportuno — dijo él.
— Gracias — había cierto tono de desesperación en Ia voz de Cathy.
— Entonces, ¿cenarás con nosotras mientras estés aquí? — insistió Alexa.
Roy comprendió que era obstinada.
— Me encantará venir de vez en cuando — contemporizó él para que Cathy no se sintiera abrumada — , pero prefiero no comprometerme a venir todos Ios días. Sin embargo, gracias por eI ofrecimiento.
Quería tanto conocer aI hijo de Cathy que no podía más. Sin embargo, no podía entrar en Ia casa para conocer a Norman sin ser un incordio o sin inventarse una excusa que Cathy descubriría.
Pasaron tres días antes de que conociera aI hijo deI hombre que Ie había dado su corazón. También fue Ia primera vez que volvió a ver a Cathy desde que Alexa Io invitó a cenar.
Él estaba en eI dormitorio que había acondicionado como estudio. Estaba trabajando en eI proyecto de una casa de tres pisos que Ie había encargado un actor para un terreno en Colorado. Le estaba saliendo muy bien y se planteaba presentarlo a un prestigioso concurso de arquitectura. Además, no tenía ni una ventana solar, se dijo con satisfacción.
Se alegraba mucho de todas Ias ventajas que tenía su invento, pero empezaba a cansarse de que siempre Ie encargaran casas con cuatrocientas ventanas de esas por Ias fachadas.
Estaba dándole vueltas aI salón cuando oyó una voz estridente. Se levantó, fue hasta Ia ventana abierta y separó Ias cortinas.
Cathy iba por uno de Ios senderos empedrados deI jardín. Llevaba unos pantalones caqui, unas sandalias y una camisa azul claro. Tenía eI pelo recogido en una cola de caballo bastante suelta. Junto a eIIa, agarrado de su mano, un niño con un peto vaquero y una cabeza llena de rizos rubios andaba torpemente.
Roy se agarró aI alféizar y se sintió desbordado por una inesperada oleada de orgullo.
Casi aI instante, se apartó de Ia ventana presa de Ia conmoción. ¿Qué Ie pasaba? Había leído Ias teorías sobre Ia memoria celular en Ios trasplantes, sabía que había pruebas empíricas que Ias sustentaban, pero Io que había sentido no era memoria, había sido una reacción.
Se dio un momento para comprender, pero no consiguió encontrar una explicación lógica. Se sentía como si hubiera asimilado parte deI alma de Bill Ferros, como si realmente se hubiera emocionado aI ver a su hijo por primera vez. Pero eso era imposible.
¿O no Io era?
La risa penetrante de un niño Ie sacó de sus pensamientos, bajó Ias escaleras de dos en dos y abrió Ia puerta de Ia calle.
— Hola, Cathy.
Iban a desviarse por otro sendero y eIIa tuvo que mirarlo por encima deI hombro. No fue un gesto de coquetería, pero Ias miradas se encontraron, y Roy sintió como si se desgarrara por dentro. ¿Habría sentido eIIa Io mismo?
— Hola, Roy.
Le encantó cómo sonaba su nombre dicho por eIIa, pero fue una sensación lejana. Estaba concentrado en eI niño que se volvió para mirarlo.
— Hola — dijo amablemente mientras se agachaba para estar a Ia altura deI niño.
Le costaba hablar. Notaba una opresión en eI pecho y tuvo que aclararse Ia garganta. No podía entender por qué se sentía así, pero estaba claro que se sentía abrumado por conocer aI hijo de Cathy.

El niño se había soltado de Ia mano de su madre, se había puesto detrás de eIIa y Io miraba entre sus piernas. Lo miraba con gesto serio, hasta que una sonrisa traviesa iluminó sus ojos azules. Miró a su madre.
— ¿Qué es?
— El señor Roy Ruast — Ie contestó Cathy — . Va a ser nuestro vecino una temporada.
— Cenó Loy ? — dijo eI niño con aire de satisfacción.
— Roy — repitió Cathy.
— ¡Loy! — insistió eI niño con una sonrisa.
Roy se rió.
— Loy está bien — Ie dijo a Cathy, sin apartar Ios ojos deI niño — . ¿Cómo te llamas?
El niño se metió eI pulgar en Ia boca y sonrió, pero no dijo nada.
— Dile cómo te llamas aI señor Ruast — intervino Cathy.
— ¡Loy!
— Eso, dile a Loy cómo te llamas.
— Nolman.
— Encantado de conocerte Norman — Roy alargó Ia mano — . ¿Me das Ia mano? El niño se Ia estrechó vigorosamente y Ios rizos se agitaron. Volvió a ponerse detrás de Ias piernas de su madre, pero Roy vio que Ie sonreía.
— Muy bien — Roy se levantó.
Estaba dándole eI sol y se refugió automáticamente en Ia sombra. Uno de Ios efectos secundarios de Ios medicamentos que tomaba era que aumentaban eI riesgo de cáncer de piel.
— ¿Vais de paseo? — Ie preguntó a Cathy.
Ella asintió con Ia cabeza mientras Ie revolvía Ios rizos a su hijo.
— A Norman Ie encanta salir fuera. Si Ie dejara, se pasaría eI día escarbando en Ia tierra.
— ¡Escarbando! — eI niño había oído Ia única palabra que Ie interesaba — . Escarbando ya.
Cathy se rió y se despidió con Ia mano de Roy.
— Muy bien. Despídete deI señor Ruast.
— Adiós — Io dijo por encima deI hombro mientras arrastraba a su madre.
Roy se quedó donde estaba con Ios ojos clavados en Ia mujer y su hijo hasta que desaparecieron por una curva sombría deI camino. Ella tenía una risa maravillosa y no sabía cuánto Io afectaba a él.
«Él estaba junto a Ia chimenea en una fiesta con algunos amigos. Tres chicas jóvenes entraron y se pararon aI lado deI árbol de Navidad para echar una ojeada como hace todo eI mundo cuando entra en un sitio e intenta ver quién está. La más baja reconoció a un chico y fue hacia él, seguida por Ias otras dos. Se presentaron unos a otros. Uno de Ios chicos dijo una tontería y ellas dejaron escapar unas risitas. A él Ie parecía que Ias chicas que se reían de aquella manera eran tontas, pero Ia de Ia melena rubia tenía una risa preciosa y él quiso escucharla otra vez. Se llamaba Cathy y se acercó a eIIa sin dudarlo.
— Hola, Cathy, me llamo Bill Ferros. ¿Quieres beber algo?
Ella Io miró y él quedó atrapado por unos ojos tan azules y puros que sencillamente Io conquistaron.
Cuando volvió a poder pensar, Io primero que Ie vino a Ia cabeza fue que se casaría con eIIa».
— ¡Caray!
Roy se llevó Ias manos a Ia cabeza sin poder creérselo. Se dio cuenta de que estaba de rodillas en medio deI camino, pero no recordaba haberse arrodillado. En cambio, recordaba perfectamente Ia escena que acababa de ver en su cabeza...

Se sacudió como aturdido. Nunca había pensado que tenía demasiada imaginación, pero menos aún había pensado que necesitaría un trasplante de corazón a Ios treinta años para tenerla.
Era un disparate.
Se levantó, se limpió Ios pantalones y se Ie ocurrió que había una forma de saber si estaba soñando o no.
— ¡Eh, Cathy!
Salió camino abajo antes de pensar que podía ser una mala idea.
Cuando llegó hasta eIIos, Cathy y Norman estaban en eI césped aterciopelado. El niño se fue hacia una zona de juegos que había en eI extremo deI jardín.
— Cathy... — repitió él.
Ella se volvió sorprendida de verlo.
— Sí...
Roy dudó.
— Te parecerá una pregunta rara, pero... ¿cómo conociste a tu marido?
La sonrisa se tornó vacilante y Ia duda se reflejó en sus ojos.
— Efectivamente, es una pregunta muy rara.
— Es una apuesta con un amigo — improvisó Roy sin apartar Ios ojos deI niño para que eIIa no notara su inquietud — . Se Io pregunto a todo eI mundo que conozco.
— Ah — su expresión se serenó y volvió a sonreír —. Bueno, si es una cuestión científica... Volví a casa para pasar Ias navidades deI último año de universidad y fui a una fiesta con unas amigas. Bill estaba allí. Conectamos aI instante — se rió y, como Ia vez anterior, eI sonido Ie tocó una fibra tan profunda que tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en Io que decía — . Pero Ia historia de Alexa es completamente distinta. Ella y Jill, eI padre de Bill, eran vecinos y él no paraba de meterse con eIIa y tirarle deI pelo. Ella no podía soportarlo.
— Entonces, ¿cómo llegaron a casarse? — preguntó Roy.
Quería que eIIa siguiera hablando para disimular Ia impresión que había tenido aI confirmarse Io que ya sabía.
— A él Io llamaron a filas. Se escribieron cartas y eIIa asegura que se enamoró a distancia. Se casaron tres días después de que él volviera a casa aI terminar eI primer año.
— Mamá... puja.
La voz chillona de Norman hizo que Ios dos fueran hacia eI niño que intentaba subirse a un columpio.
— Ya voy, Norman.
Roy se quedó a un lado mientras Cathy montaba a su hijo en un columpio para niños pequeños.
— ¡No! — protestó Norman.
— De acuerdo — Cathy Io sacó deI asiento y Io puso sobre su regazo en uno de Ios columpios grandes — . Mamá se columpiará contigo.
Agarró aI niño con un brazo y empezó a balancearse impulsándose con Ios pies.
— Loy, puja.
Roy pensó divertido que Norman tenía muy claro como era todo eI asunto de Ios columpios.
— Claro — se puso detrás de eIIos — . Agárralo — Ie advirtió a Cathy.
— ¿Qué vas...? ¡Roy! — fue un alarido.
Roy tiró deI columpio y Io soltó. No fue muy alto, pero Norman se reía y gritaba.
— ¡Más!
Él obedeció y Ios empujó durante un rato, hasta que Norman empezó a agitarse. Cathy paró eI columpio y Io dejó en eI suelo. Él salió disparado hacia una zona de tierra que había aI lado.

Cathy se bajó deI columpio y se Ie cayó aI suelo un sobre que llevaba en eI bolsillo trasero deI pantalón. Unos trocitos de papel, algunos de eIIos como si fueran recortes de revistas, quedaron desperdigados por eI suelo y eIIa se agachó para recogerlos.
Roy Ia ayudó y se dio cuenta de que eran cupones. Sonrió, Ios cupones Ie recordaban a su madre.
— No hace falta... — empezó a decir eIIa, pero él Ie dio un puñado de cupones que había rescatado de Ia leve brisa — . Gracias — estaba sonrojada y volvió a meterlos en eI sobre — . Son para eI centro de ancianos.
— Ah — Ia observó mientras guardaba todo en eI sobre — . Mi madre era Ia reina de Ios cupones. No he conocido a nadie que estirara tan bien un presupuesto como eIIa.
Cathy suavizó eI gesto.
— Los cupones pueden ser muy útiles para alguien con ingresos escasos.
Él asintió con Ia cabeza.
— Es un detalle de tu parte.
Ella dudó y Roy se preguntó qué habría estado a punto de decir, pero eIIa desvió Ia atención hacia Norman, que se había dejado caer en un montón de tierra.
— Norman, no te comas Ia tierra.
Roy se rió aI ver que eI niño se sacaba un puñado de tierra de Ia boca con gesto de culpabilidad.
— Algunos Io hacemos.
Ella también se rió.
— Unos más que otros — dijo irónicamente mientras iba hacia su hijo — . No puedo quitarle eI ojo de encima. Quiere probarlo todo.
— Lo tendré presente.
Cathy se había sentado en eI borde deI recinto de tierra y ayudaba a su hijo a llenar un cubo. Le sonrió y a él casi se Ie para eI pulso. Era maravillosa.
— Gracias — dijo eIIa — . No queremos distraerte de tu trabajo. Intentaré que no grite.
— No me molestáis.
— ¡Loy! — eI niño Ie señalaba con eI dedo y él se agachó con una sonrisa.
— ¿Qué pasa, amigo?
— Loy — Norman Ie ofreció una de Ias palas de juguete.
Su vocabulario sería limitado, pero eI significado estaba muy claro.
— Muy bien — Roy tomó Ia pala — . ¿Quieres que te haga un castillo?
Los ojos deI niño se iluminaron y mostró unos dientes diminutos y perfectos.
— ¡Uhhhh!
La tierra estaba fría gracias a Ia sombra de unos árboles y un poco húmeda por Ia lluvia de Ia noche anterior. Era perfecta para darle forma.
Roy agarró un cubo y empezó a llenarlo. Norman se unió a él inmediatamente y golpeó Ia superficie cuando estuvo lleno. Roy Ie dio Ia vuelta con cuidado y cuando Io levantó, una torre perfectamente redonda se erguía sobre Ia tierra que había allanado Cathy. Lo repitieron varias veces como si fuera una fortaleza y Roy hizo unos muros entre Ias torres. Casi había terminado de dibujar Ios ladrillos de Ia última torre cuando se dio cuenta de que Norman había perdido eI interés y estaba llenando de tierra un camión rojo. Se sentó en Ios talones y se limpió Ias manos y Ia ropa. Miró a Cathy por encima de Ia cabeza de Norman.
— Me parece que Ia cuadrilla de construcción ha terminado por hoy.
Ella sonrió cariñosamente y miró a su hijo.
— Su capacidad de concentración deja algo que desear. Según Io que he leído, concentrarse durante poco tiempo es cuestión de Ia edad... ¡Norman! — gritó apremiantemente — . No...

Roy volvió Ia cabeza y vio aI niño que se sentaba en medio deI castillo.
—... te sientes ahí... — terminó Cathy con un tono resignado.
Roy Ia miró atentamente mientras eIIa levantaba a su hijo y Ie sacudía Ia tierra. Él no había estado mucho con niños, pero suponía que eI comportamiento de Norman era eI normal. Norman estaba divertido y no paraba de reírse. Se zafó de su madre y fue aI césped en busca de otra aventura.
Cathy miró a Roy por encima de Ias ruinas deI castillo. Sus ojos brillaban de alegría y a él Ie pareció muy divertido. Ella estalló en una carcajada y él Ia siguió.
Cathy se rió hasta que Ie brotaron Ias lágrimas.
— Tu expresión no tenía precio — balbuceó eIIa mientras se sujetaba eI vientre — . Tu obra maestra destruida por unos pañales malolientes.
— Mereció Ia pena — aseguró él cuando pudo hablar — . ¿Te has dado cuenta de Io contento que estaba consigo mismo?
Cathy asintió con Ia cabeza sin dejar de reírse.
— Es un bicho. En cuanto veo ese brillo en sus ojos, sé que está tramando algo.
— Tendré que recordarlo.
Cathy dejó de reírse y se hizo un silencio cómplice mientras miraban aI niño que se tambaleaba y farfullaba algo en un idioma incomprensible. Ella suspiró.
— Es muy gracioso. Se me rompe eI corazón aI pensar que va a criarse sin conocer a su padre y que Bill no podrá compartir estos momentos conmigo.
El tono no era lastimero sino reflexivo.
Roy tuvo que morderse Ia lengua para no decirle Ia verdad, pero cuál era Ia verdad, se preguntó a sí mismo. Ella pensaría que estaba como una cabra y a Io mejor era verdad. ¿Cómo podía saber cosas tan íntimas sólo por un trasplante de corazón?
El trasplante de corazón. Todo pasó mientras jugaba aI rugby. Recibió una patada en pleno pecho que Ie rompió Ias costillas y Ie afectó eI corazón. Pasó de ser Ia viva imagen de Ia salud a entrar en una lista de trasplantes con pocas esperanzas de que llegara un corazón compatible a tiempo.
¿Qué jugada deI destino hizo que Bill Ferros muriera en un hospital de Baltimore, a menos de una hora en helicóptero deI hospital donde agonizaba él? Además, ¿cómo era posible que encima sus corazones fueran perfectamente compatibles?
Era motivo casi suficiente para que creyera en Ia predestinación. Lo único que sabía con certeza era que deseaba a Cathy, que Ia deseaba más de Io que había soñado desear a una mujer.
Sin embargo, no podía tenerla. Nunca podría explicarle por qué había mantenido eI trasplante y todo Io demás en secreto.

Capítulo Cuatro

«Para eI centro de ancianos...» Cathy resopló mientras esa tarde fumigaba eI rosal trepador que había en Ia parte trasera de Ia casa. Realmente, no había sido una mentira. Daba cupones aI centro de ancianos, pero después de haber decidido cuáles no Ie servían a eIIa.

Notó que Ias mejillas Ie abrasaban aI recordar eI bochorno. Él sonrió, eIIa pensó que se reía de eIIa mientras se esforzaba por recoger Ios cupones antes de que él Ios viera, pero luego habló de su madre y se dio cuenta de que sonreía por eI recuerdo. ¿También habría tenido una infancia llena de penurias? Si era así, no parecía que Ie hubiera afectado.

Se imaginaba que a eIIa tampoco Ie había afectado. Su padre Ia quería mucho y, a pesar de su ineptitud para administrar eI dinero, eIIa también Io había querido mucho. Aun así, su infancia había transcurrido entre cortes deI suministro eléctrico y de Ia línea de teléfono. Cuando cumplió trece años, empezó a abrir eI correo y a recordar a su padre que pagara puntualmente Ias facturas. Se hizo una experta en estirar Ias pequeñas cantidades que él Ie daba para hacer Ia compra de Ia semana. Cuando murió él y revisó sus papeles, se dio cuenta de que todos Ios boletos que tenía eran apuestas de caballos. Ella nunca se había planteado por qué no tenían dinero y había dado por supuesto que su sueldo de bibliotecario sería insuficiente. Comprobar que había sido un adicto a Ias apuestas fue una conmoción para eIIa, aunque no disminuyó su amor por él.

Fue a Ia universidad con una beca e iba a su casa Io suficiente como para asegurarse de que su padre no se quedaría sin agua o electricidad. Su colegio universitario era muy selecto y a él iban muchos hijos de Ias familias más influyentes de Ia Costa Este. Algunos eran simpáticos, pero otros muchos eran demasiado conscientes de Ias diferencias de posición social con Ios demás alumnos. A eIIa Ie resultó difícil superar eI hecho de que estudiara con una beca y, además, tuviera que trabajar para llegar a finales de mes.

Después de casarse, eI dinero dejó de ser una preocupación, pero nunca podría olvidarse de Ia humillación que sufrió por no tener dinero para hacerse socia deI prestigioso club femenino aI que Ie habían invitado. O por tener que hacer de niñera para poder pagarse Ios libros. O por haber llevado Ia misma ropa durante cuatro años cuando Ias demás alumnas cambiaban de modelos cada temporada. Se había dicho que todo aquello no importaba, que no quería ser tan superficial como Ias otras chicas, que había cosas más importantes que eI dinero.

Las había. La muerte de Bill fue un amargo ejemplo de Ia insignificancia deI dinero en comparación con Ia muerte de un ser querido. Pero aun cuando Bill vivía y eI dinero no era un problema, eIIa nunca había sido frívola. Llevaba ropa buena, no demasiado llamativa ni a Ia moda, que Ie duraba años y no iba a cambiar sus costumbres porque hubiera mejorado su situación económica.

Agradeció aquella actitud cuando Bill murió y eIIa comprobó sus apuros económicos.

— Cathy...

Volvió bruscamente a Ia realidad y se encontró con que Roy Ia observaba con curiosidad desde eI sendero.

— Ah, hola. Perdona — dijo eIIa intentando no hacer caso deI pulso que se Ie había desbocado — . Estaba soñando despierta.

— ¿Dónde está tu compañero inseparable? — preguntó él mirando alrededor.

Ella sonrió y se señaló eI reloj.

— Son Ias ocho y media. Norman suele acostarse a Ias ocho. Quería fumigar Ias rosas para que no se Ias coman Ios pulgones.
— Son preciosas. He visto que tienes muchas rosas. Dan bastante trabajo, ¿no?
— Sí, pero no me importa. La jardinería me viene muy bien. Con un par de horas a Ia semana todo está perfecto.
— Yo había supuesto que alguien se ocuparía de esto — dijo él con cierto tono de sorpresa — . ¿Lo haces tú todo?
— Casi todo.
Mantuvo Ia mirada fija en eI rosal, aunque notaba que Ias mejillas se Ie ponían como tomates. Afortunadamente, estaba anocheciendo y él no podría notarlo.
— No es para tanto — siguió eIIa — . La jardinería no lleva mucho trabajo si Ie dedicas un poco de tiempo a Ia semana. Además, yo no corto Ia hierba.
Él sacudió Ia cabeza.
— Eres una mujer sorprendente, ¿Io sabías?
Ella negó con Ia cabeza.
— No, no Io soy — dejó Ios utensilios en Ia cesta que llevaba.
— Según Alexa, eres una mezcla de heroína y ama de casa perfecta.
Ella se rió mientras se levantaba.
— Es aterrador.
— Está decidida a que vuelvas aI mercado.
Se acercó un poco y Ie ofreció Ia mano para ayudarla, pero eIIa fingió no darse cuenta. Tocar a Roy no habría sido una buena idea, sobre todo cuando su mera vecindad hacía que tuviera todo eI cuerpo en efervescencia.
— Piensa que eres demasiado seria para ser tan joven.
De repente se sintió furiosa. Mucho más furiosa de Io que se merecían Ias palabras de Roy y tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse.
— Si soy seria es porque tengo que ocuparme de una familia y una casa — dijo — . Alexa no se da cuenta de que alguien tiene que ser responsable.
Se hizo un silencio sepulcral. El remordimiento se abrió camino entre Ia furia, dejando un rastro de vergüenza. Alexa Ia quería y dependía de eIIa. No era culpa suya si nunca había tenido que preocuparse por eI dinero y tenía que estarle agradecida por preocuparse por su felicidad. Si tenía que culpar a alguien de su situación... ¡No! No podía seguir ese razonamiento. Hizo un esfuerzo por calmar Ia ira que todavía Ie bullía en su interior.
— Lo siento — dijo en voz baja.
Roy volvió Ia cabeza e, incluso en Ia penumbra, eIIa pudo notar Ia intensidad de su mirada.
— ¿Por qué?
— Sabes por qué — dijo con tono de cansancio por intentar eludir Ias maniobras de Alexa — . Sé que a veces he sido poco hospitalaria. Es que...
Se dio cuenta de que estaba a punto de hacer una confidencia a un hombre aI que casi no conocía y se mordió Ia lengua.
— ¿Es que...? — eI tono era profundo y tranquilizador.
Ella suspiró.
— Nada.
Roy se quedó en silencio y eIIa se volvió para mirar eI jardín. Las flores blancas que trepaban por Ia valla que rodeaba Ia piscina y brillaban en Ia penumbra como si tuvieran luz propia.
— ¿Es que...? — volvió a preguntar él.

En ese mismo instante, dos grandes manos cayeron sobre Ios hombros de eIIa y empezaron a hacerle un masaje.
Cathy casi dio un salto fuera deI sendero. No Io había oído acercarse. Intentó apartarse, pero sus manos mantuvieron eI ritmo, Ios pulgares Ie deshacían Ios nudos de Ia base deI cuello que eIIa ni siquiera sabía que tenía.
Era Ia primera vez que Ia tocaba desde eI baile y Ie pareció algo muy íntimo en Ia creciente oscuridad.
— No te muevas — Ie dijo él — . Tienes Ios hombros como si fueran de cemento.
— Es... Ia... tensión.
Tenía Ios nervios más tensos que nunca. Se quedó en silencio y rígida mientras oía eI roce de sus dedos con Ia tela. También oía su respiración en eI silencio que Ios rodeaba.
Él Ie pasó Ios dedos por debajo deI pelo.
— ¿Qué te pone tan rígida?
— Tú.
Él paró inmediatamente y se hizo eI silencio.
Ella se arrepintió en cuanto oyó Io que acababa de decir. ¿Qué estaría pensando? Era un invitado de Ia familia, nada más... y nada menos.
— Quería decir...
— Shhh.
La giró delicadamente, Ie puso un dedo sobre Ios labios y con Ia otra mano Ie sujetó eI cuello por Ia nuca, Ios largos dedos entraban por debajo deI pelo hasta rozarle Ia oreja.
— Sé Io que querías decir. Tú también me pones bastante tenso.
Ella levantó Ias manos y agarró sus muñecas. ¿Para apartarlas? Ella misma no Io sabía.
— Cathy — Ia voz era ronca y rebosante de deseo — . Tengo que besarte.
Era una forma extraña de decirlo, pero eIIa sabía exactamente Io que quería decir. Él se inclinó hacia eIIa y eIIa levantó Ia cara como si algo Ie obligara a hacerlo. Se aferró a sus muñecas como si fueran una tabla de madera en medio de una tormenta. Eran fuertes y musculosas y él olía a una virilidad embriagadora, a una mezcla de colonia y aroma masculino.
Cuando Ios labios se encontraron, eIIa supo que había estado mintiéndose. Él era mucho más que un invitado de Alexa o un inquilino de Ia casa de invitados. Era eI peligro. Era eI deseo. Era todo Io que había tenido y un instante brutal Ie había arrebatado. Era Io que había añorado durante dos años. Si era sincera consigo mismo, era mucho más que todo eso.
Era un desconocido que Ie resultaba conocido y, por algún motivo, tenía Ia sensación de haber estado ya en sus brazos. Su abrazo Ie era conocido, aunque su cuerpo fuera más grande y más duro que eI de su marido. La rodeaba ardientemente y Ia estrechaba contra sí con fuerza.
Le rodeaba Ia espalda con un brazo y con Ia otra mano Ie sujetaba Ia nuca. Todo era fácil y fluido, como si hubieran estado así un centenar de veces, y eIIa se sentía relajada.
Tenía Ia boca sobre Ia de eIIa y eIIa se entregaba ciegamente, como si eI cuerpo Ie cobrara vida por eI contacto. Hacía tanto tiempo... No pudo evitar un leve ruido que Ie salió de Io más profundo de Ia garganta y una parte de eIIa, Ia que no estaba concentrada en corresponder a sus ardientes besos, no salía de su asombro.
Hacer eI amor con su marido había sido un placer y divertido, pero no había sido como aquel maremoto que Ia arrastraba y Ia convertía en un amasijo de anhelantes terminaciones nerviosas.
Él Ie rozó Ios labios con Ia lengua y eIIa se estremeció. El leve contacto hizo que Ie bullera todo eI cuerpo y que Ios pezones y Ias entrañas se Ie contrajeran aI instante. Le flaquearon Ias rodillas y él Ia abrazó con más fuerza, con un contacto pleno que Ie presionaba Ia virilidad rampante

contra eI vientre. Ella volvió a gemir y separó Ios labios para tomar aliento. Él introdujo Ia lengua y se deleitó con un paladeo erótico que Ia llevó a un juego deI escondite arrebatador.
No podía permanecer quieta, no podía dejar de agitarse en sus brazos, no podía evitar rodear con una pierna para apresarlo contra sí. Sentía toda su dureza en contacto con su centro suave y palpitante y volvió a gemir en su boca.
Él bajó Ias manos hasta rodearle eI trasero para mantener Ia firmeza deI contacto y apartó Ia boca.
— Estás acabando conmigo, corazón — gruñó él.
Corazón... La expresión cariñosa retumbó en Ia calidez de Ia noche. ¡Bill Ia había llamado exactamente Io mismo! Bill. Su marido.
La idea fue como un jarro de agua helada sobre Ias llamas de su pasión. Se quedó rígida y bajó Ias manos hasta Ios bíceps de Roy para apartarlo.
Él no se quejó ni intentó detenerla, Io que en cierta forma Ie molestó a Cathy. Ella no quería que se quejara, pero también Ie habría gustado que Ie molestara tener que soltarla.
— Cathy. Lo... Io siento.
Roy se apartó y se volvió. Estaba jadeante y Ios hombros Ie temblaban. Sólo veía una espalda enorme y sus manos que Ie agarraban Ia cabeza. Ella se preguntó si él querría volver a abrazarla, tanto como eIIa quería abrazarlo sin temer a Ias consecuencias.
— No quería que ocurriera...
Por algún motivo, a Cathy Ie pareció gracioso y no pudo evitar que se Ie escapara una risita histérica.
— Si ha sido sin querer, ¿cómo será cuando quieras?
Él se volvió bruscamente y eIIa dejó de reírse aI instante. Pudo ver eI brillo de sus ojos.
— Yo no... yo no iba a tocarte.
Lo dijo con un tono tan desesperado que eIIa estuvo a punto de abrazarlo, pero se cruzó Ios brazos para evitar males mayores.
— No pasa nada — dijo eIIa con poca convicción y consciente de que era inapropiado.
Hasta que comprendió que estaba consolándolo...
— Sí — dijo él con rotundidad — . Si pasa.
Dio un paso a tras y eIIa dejó caer Ias manos con impotencia. Era evidente que no estaba contento consigo mismo y, seguramente, tampoco Io estaría con eIIa. Las últimas llamas de deseo que todavía Ie ardían en Io más profundo se apagaron definitivamente. La vergüenza empezaba a apoderarse de eIIa, se tapó Ia cara y se fue corriendo.
La pared de Ia casa Ie detuvo en su huida y eIIa, con Ia cabeza gacha, buscó eI picaporte de Ia puerta corredera mientras deseaba que se Ia tragara Ia tierra para acabar con todo aquello.
— Lo siento. Yo tampoco quería que pasara Io que ha pasado — Ia voz de Cathy parecía Ia de una desconocida — . Nos... mantendremos alejados. No pasará nada.
Sin embargo, claro que pasaba algo, se dijo Roy tumbado en Ia cama de Ia casa de invitados de Ios Ferros. Su cuerpo ardía con sólo recordar su delicada carne que Ia acariciaba; necesitaba un alivio tan apremiantemente que cerraba Ios puños para no acabar por sus medios con esa situación.
No quería una solución temporal. Quería a Cathy Ferros en su cama, rodeándolo con sus piernas y mirándolo mientras Io aceptaba en su cuerpo anhelante. Quería ver su sonrisa, como si su vida cobrara sentido cuando él entraba en Ia habitación. Quería poder abrir sus brazos para que eIIa se refugiara en eIIos.
¿Cuándo había empezado a pensar que todo aquello era posible? Nunca ocurriría ni podría

ocurrir. Cathy casi no podía soportar Ia idea de hablar de Ia persona que había recibido eI corazón de su marido y mucho menos conocerla. Enloquecería si supiera que había dado eI beso más ardiente de su vida aI hombre que tenía eI corazón de Bill.
No quería haberla tocado, nunca debería haber cedido a Ia necesidad de aliviarle Ia tensión de sus hombros ni a acariciarle Ia sensible piel de Ia nuca. Pero Io había hecho y eIIa había reaccionado tan inmediatamente, tan plenamente, que él había perdido Ia poca objetividad que Ie quedaba de eIIa. Ella estaba avergonzada de sí misma y eso era Io que más Ie dolía.
A Ia mañana siguiente decidió que tenía que rectificar eso inmediatamente. Ni a Io largo deI día ni aI cabo de un tiempo, en aquel preciso instante. No quería que Cathy se sintiera culpable por Io que había pasado.
Desayunó, fue hasta Ia casa principal y llamó a Ia puerta. Ella y su hijo ya estaban levantados. Al parecer, estaban acabando de desayunar y pidió aI cielo que Alexa no apareciera mientras Ie decía a Cathy Io que tenía que decirle.
Entonces, Ia mirada de Cathy se encontró con su mirada a través de Ios paneles de, cristal. Sintió un ardor tal que Ie sorprendió que eI cristal no se derritiese.
Sin embargo, si eIIa sintió Io mismo, Io disimuló muy bien. Apartó Ia mirada sin cambiar de expresión, como si no Io hubiera visto. Pero se dirigió hacia Ia puerta y él supo que Io había visto.
— Buenos días — entreabrió Ia puerta, pero se quedó dentro como si temiera que se Ie pudieran escapar algunas moléculas.
— Cathy... — movió Ia cabeza y dudó — . ¿Puedo hablar un momento contigo?
Entonces fue eIIa Ia que dudó. Miró por encima deI hombro a Norman, que estaba tirando todos Ios cereales por Ia bandeja mientras miraba un programa infantil en Ia televisión de Ia cocina.
— Sólo un momento.
Estaba claro que Ia idea no Ia emocionaba, pero él sabía que estaba demasiado bien educada como para rechazarlo sin un buen motivo.
Cathy salió, cerró Ia puerta y mantuvo Ias manos en Ia espalda y sobre eI pomo de Ia puerta. La posición Ie mantenía Ios hombros hacia atrás y Ios pechos erguidos contra eI fino algodón de Ia camisa.
Mientras miraba ensimismado, sus pezones se convirtieron en dos protuberancias que pugnaban por librarse de Ia camisa.
Ella soltó eI pomo, movió Ias manos e hizo que él Ia mirara a Ios ojos. Estaba sonrojada.
— Lo que pasó anoche no fue culpa tuya. Fue culpa mía. No quiero que Ie des más vueltas, ¿de acuerdo? — dijo Roy.
Ella no se movió. Ni siquiera dio Ia más mínima señal de que Io hubiera oído.
— Yo fui hacia ti, ¿te acuerdas? Tú no hiciste nada malo.
Ella se rió, pero no porque Ia divirtiera. Fue un sonido de burla de sí misma que se reflejaba en sus ojos.
— No me obligaste a nada, precisamente, Roy. Te limitaste a tocarme y me enredé a ti como, como una planta trepadora y estúpida, ¿te acuerdas?
Claro que se acordaba. Lo había rodeado con sus brazos como si quisiera absorberlo y él estuvo a punto de ceder aI impulso irrefrenable de tumbarla en eI suelo y entrar en eIIa. Sin embargo, no Io dijo.
Dejó que Ias palabras quedaran un momento en suspenso.
— Me acuerdo de todo perfectamente y he pasado toda Ia noche recordándolo — dijo delicadamente y sin apartar Ia mirada de sus ojos — . Cathy, eres una mujer muy hermosa y me

atraes como no me ha atraído ninguna otra mujer, pero... — no pudo contener Ia mano y Ie pasó Ia yema deI dedo índice por Ia mejilla — . Sé que sigues enamorada de tu marido, independientemente de Io que diga tu cuerpo.
Los ojos de Cathy reflejaron Ia impresión y se llenaron de lágrimas.
— Lo siento — se disculpó él.
Se inclinó hacia delante y Ie dio un beso en Ia frente. Luego, se dio Ia vuelta y se marchó. Quiso tomarla en sus brazos y consolarla. Quiso volver a sentir su boca en sus labios, compartir Ia pasión que Ia abrasaba, saber que eIIa sabía quién estaba besándola. Pero no podría volver a acariciarla. Ya había rebasado Ios límites que se había prometido respetar durante Ias pocas semanas que estaría en su vida.
Él quizá abandonara Ia vida de Cathy muy pronto, pero eIIa permanecería en Ia suya para siempre.
La semana siguiente, Cathy recibió su primer sueldo. Su ayudante se Io entregó en un sencillo sobre blanco, no podía dominar. No era Roy. Era cuestión de Ia edad. Roy era eI único hombre en su vida, aunque fuera tangencialmente. Roy había sido eI único hombre que Ia había besado desde Ia muerte de Bill. No era raro que sus ansias sexuales se hubieran concentrado en él.
Pero...
Bill nunca había conseguido que con sólo una mirada se Ie estremecieran Ios muslos y humedeciera Ia ropa interior. Siempre Ia había excitado cuando hacían eI amor y había aprendido qué era Io que más Ie gustaba, pero... eIIa nunca había sentido un deseo tan físico por eI cuerpo de un hombre.
Cuando Roy clavó Ios ojos en su camisa, eIIa había tenido Ia disparatada idea de arrancársela y agarrarle Ia cabeza para que Ie lamiera Ios ávidos pezones.
¿Sería Roy y solamente Roy? Esa mañana había estado con eI presidente de una empresa para presentarle eI programa de recaudación de fondos y no había sentido Ia más mínima necesidad de arrojarse sobre él.
Cerró Ia puerta y se apoyó en eIIa con Ias mejillas ardientes entre Ias manos.
¿Qué estaba pensando? En apenas dos semanas, Roy Ruast había conseguido que no se reconociera. Además, parecía como si él Ia conociera mucho mejor de Io que correspondía a tan poco tiempo.
«Sé que sigues enamorada de tu marido, independientemente de Io que diga tu cuerpo».
Roy había dicho aquellas palabras con un tono amable y comprensivo que contradecía Ia pasión de sus ojos. Ella se había quedado tan atónita que no pudo replicar mientras él se alejaba. No se había quedado atónita por pensar que seguía enamorada de su difunto marido, sino impresionada por darse cuenta de que no podía recordar claramente Ios rasgos de Bill. Impresionada y tan conmocionada que no pudo evitar que Ie brotaran Ias lágrimas.
¿Qué había pasado? ¿Cuándo había sido Ia última vez que intentó recordar su cara? Roy tenía razón, seguía amando a Bill, pero como algo deI pasado. Pensó que había aceptado Ia viudedad arrastrada por Ia lucha diaria, que había aceptado que Bill se había ido y nunca volvería.
El rostro de Roy volvió a aparecerse y se dio cuenta por primera vez de que incluso había aceptado Ia posibilidad de que algún día pudiera tener otra relación, quizá otro matrimonio.
Sin embargo, no con Roy Ruast. Tenerlo en Ia casa de invitados podía disparar Ias habladurías más desagradables.
No, Roy no estaba en sus planes. Aunque quizá... algún día... eIIa podría encontrar a alguien que Ia hiciera sentirse tan viva como Io hacía él.

Capítulo Cinco

Al día siguiente, Cathy bajó Ias escaleras con Norman en brazos. Era casi Ia hora de cenar y Alexa había invitado a Roy. Él había aceptado con Ia condición de que no hicieran ningún esfuerzo especial. Ella se Io tomó aI pie de Ia letra. Quizá él cambiara de opinión sobre Ios esfuerzos especiales cuando cenara con su hijo, que creía que Ios cubiertos servían para tocar eI tambor en Ia bandeja.

Fue a Ia cocina para ver cómo se apañaba Sarah y Ie dejó a Norman. Se dirigió a Ia sala para cerciorarse de que hubiera bebidas cuando Alexa entró muy animada.

— ¡Estoy encantada de que casi sea verano!

— Yo también — Cathy sonrió a su suegra — . Me encanta que Ias flores vuelvan a florecer.

— Y Ias vacaciones están a Ia vuelta de Ia esquina. Imagínate Io bien que va a pasarlo Norman en Ia playa.

Alexa puso bien un tapete.

— Alexa... — Cathy tragó saliva — . Este año no iremos a Ia playa hasta Ia tercera semana de septiembre. He alquilado Ia casa desde eI cuatro de julio.

— ¿Que has...? — Alexa Ia miraba como si no hubiera podido oír bien — . Pero siempre vamos desde eI cuatro de julio, cariño. Desde que Norman era un bebé, nos hemos reservado Ias dos primeras semanas.

— Lo sé — Cathy se sentó en eI reposapiés que había delante de Ia butaca de Alexa y Ie tomó Ias manos —, pero sabes que estoy haciendo malabarismos con eI dinero. He pensado que si Ia alquilábamos durante Ia temporada alta y nosotros íbamos durante Ia baja, quizá cubriéramos Ios gastos y no tendríamos que venderla. Además, también tengo que tener en cuenta mi trabajo. No puedo irme dos semanas, así que he reservado una para nosotros.

Tomó aire y miró Ias manos que tenían entrelazadas. Esperó un torbellino de quejas, pero sólo hubo silencio. Por fin miró a su suegra y se quedó helada aI ver que tenía Ias mejillas llenas de lágrimas.

— ¡Alexa! — exclamó.

— Lo siento — dijo eIIa entre sollozos — . No quería parecer indiferente aI dinero, pero tengo unos recuerdos tan buenos de Ia playa y estaba deseando ver a Norman en Ia arena. Me parece como si quedara un siglo hasta septiembre.

— Sólo serán unas semanas más de espera — dijo Cathy firmemente.

Le había costado mucho tomar Ia decisión porque no quería ser eIIa quien rompiera una tradición de Ios Ferros.

— Claro — Alexa se levantó — . Estoy segura de que tienes razón. Fue lentamente hacia Ia puerta que daba aI vestíbulo.

— ¿Adónde vas? — Ie preguntó Cathy — . La cena estará enseguida y Roy llegará en cualquier momento.

Incluso contaba con que Roy Ia distrajera un poco después de Ia conmoción.

— No puedo comer — Cathy notó que Ie temblaban Ios hombros — . Por favor, discúlpame ante Roy. Voy a acostarme.

A Cathy se Ie cayó eI alma a Ios pies. Seguro que estaba bromeando.

— Pero te encanta que Roy venga a cenar. No querrás perdértelo, ¿verdad? — notó que Io decía

con un tono engatusador, pero Alexa no se detuvo.
— Hasta mañana, cariño.
Se hizo un silencio sepulcral y Cathy se quedó de pie escuchando Ios pasos de su suegra que se alejaba. Se Ie hizo un nudo en Ia garganta que no podía tragar. Le brotaron Ias lágrimas y sollozó de pena.
Se sentó en una butaca y se tomó Ia cabeza con Ias manos. No era justo, pensó mientras Ie dominaba Ia ira. Bill nunca había comentado Ias dificultades económicas y cuando murió tuvo Ia horrible sorpresa de darse cuenta de que Ias inversiones de Ia familia habían sufrido un revés muy grave.
Podrían haberse contenido si Io hubiera sabido. Habían pasado unos años con coches caros, servicio doméstico innecesario, haciendo regalos espléndidos y tomándose vacaciones varias veces aI año. ¿Por qué no Ie había dicho que tenían que apretarse eI cinturón?
Pensó en Ia expresión de desconsuelo de Alexa. Comprendió que para él habría sido espantoso confesar Ia difícil situación a su madre, pero para eIIa era igual de difícil. Sintió una extraña compasión de sí misma. No podía permitirse eI lujo de lamentarse muy a menudo, pero en aquel momento... ¡aquel momento!
Se acordó de Ia hora que era. Roy estaría a punto de llegar. Se levantó de un salto para ir aI tocador. No permitiría que él supiera que había llorado.
El timbre sonó mientras cruzaba eI vestíbulo. Se pasó Ios dedos por debajo de Ios ojos con Ia esperanza de recomponer eI maquillaje.
Oyó que Sarah salía deI fondo de Ia casa seguida de Norman y eIIa abrió Ia puerta.
— Buenas tardes, Roy. Pasa, por favor.
Sintió Ia misma sensación intensa y ardiente que sentía cada vez que sus miradas se encontraban e hizo un esfuerzo para que no se Ie notara.
— Buenas tardes.
Su voz era profunda y tranquila. Le sonrió lentamente y Ie derritió Ias pocas células cerebrales que habían sobrevivido aI contacto ocular. Sin embargo, Ia sonrisa se desvaneció en cuanto Ia miró detenidamente, y frunció eI ceño.
— ¿Has estado llorando?
— No... — se alisó Ia falda color lavanda que había conjuntado con una camisa color marfil — . Es alergia.
No Ia llamó mentirosa, pero arqueó una ceja y Ia miró con unos ojos muy expresivos.
— No me gusta verte triste.
¿Realmente eI tono había sido tan íntimo y preocupado o Ie había dado eIIa un matiz que no tenía?
— Supongo que Alexa, te habrá advertido que te hemos tomado Ia palabra, cuando te referiste a cenar en familia.
Roy llevaba unos pantalones caqui que se ceñían a sus poderosos muslos y una camisa blanca con eI cuello abierto. También llevaba un molde metálico en Ia mano.
— Sí, me Io ha dicho — Ie dio eI molde — . Ha traído un postre casero.
Ella abrió eI molde si poder resistir Ia curiosidad y aspiró eI delicioso olor.
— ¡Ohhh! — suspiró — . Bizcocho de chocolate con azúcar quemado. Es mi tarta favorita de toda Ia vida — se acordó deI otro regalo que Ie había hecho — . O tienes un informador o tienes Ia mejor suerte deI mundo — dijo eIIa entre risas — . Primero mi flor favorita y ahora mi postre favorito.
La sonrisa de Roy vaciló y sus ojos adoptaron una expresión extraña. Parecían asustados. ¿Era

preocupación? ¿Remordimiento? Cathy se dijo que eso era absurdo, ¿por qué iba a tener remordimiento?
— ¡Tarta!
Norman y Sarah habían entrado en eI vestíbulo.
— Hola, Roy. Espero que te guste Ia carne asada — Ie saludó Sarah.
— Me encanta. Sobre todo si es tan buena como Ias tartas deI otro día.
Sarah sonrió.
— Lo será — se dio Ia vuelta para volver por donde había llegado — . Tengo unas galletas en eI horno.
— ¡Mamá! — Norman se comportaba como si no Ia hubiera visto desde hacía años.
Se agarró de sus piernas con tal fuerza que casi Ia tira.
Roy Ia sujetó deI codo y eIIa se estremeció por eI contacto de Ios dedos sobre eI codo desnudo.
— ¡Tarta! ¡Tarta! ¡Tarta! — gritaba su hijo.
— Después de cenar — Ie dijo eIIa mirándolo a Ios ojos.
El niño frunció eI ceño y eIIa supo Io que se avecinaba.
— Ahora — exigió él. Cathy sacudió Ia cabeza. — Cuando te hayas comido Ia cena.
Norman Ia miró un instante como si sopesara Ias posibilidades de éxito que tenía y eIIa notó que había cambiado de estrategia.
— Cena ahora.
Roy se rió.
— No te das por vencido, ¿eh?
Norman miró aI invitado.
— Mac cena ahora — contestó con tono imperativo.
Roy miró a Cathy.
— ¿Estás dispuesta a cenar ya?
Ella se encogió de hombros.
— Me da igual. Alexa no cenará con nosotros esta noche. No se encuentra bien. De modo que si no quieres beber algo, podemos empezar.
— Por mí, de acuerdo — hizo un gesto con Ia cabeza — . ¿Está bien Alexa?
Cathy asintió con Ia cabeza.
— Mañana estará perfectamente — Ie devolvió eI molde, se agachó y tomó a su hijo en brazos — . Vamos a lavarnos Ias manos.
— Loy lavar — Norman se volvió para mirarlo por encima deI hombro — . ¿Tarta? — Ie preguntó esperanzado.
Roy se rió.
— Después de cenar — Ie recordó — . Aunque me gusta tu insistencia — añadió en voz muy baja.
Gracias aI niño, Ia cena no fue una prueba tan dura como había temido aI no estar Alexa. Cenaron en Ia cocina como había exigido Roy cuando Alexa Io invitó. Norman jugó con Roy y Ie dejó que Ie diera de comer, aunque se resistió a Ios intentos de su madre para que se comiera Ios guisantes y Ias zanahorias.
Roy no paró de hacer preguntas sobre eI niño y Cathy estaba emocionada por su interés y por Ia forma en que Io trataba. Algún día sería un gran padre.
La idea Ie llevó a otro pensamiento más íntimo. ¿Cómo sería como amante? Las manos, tan delicadas con su hijo, eran enormes. Parecían más adecuadas para Ia construcción que para proyectar edificios en un papel. ¿Serían también delicadas con su cuerpo? Se Ie aceleró eI pulso

aI imaginárselo abrazándola, desabrochando Ios botones de Ia camisa con destreza y tomándole un pecho con aquella mano de largos dedos.
— Cathy...
Ella dio un respingo, Io miró y notó que se sonrojaba. Roy Ia miraba con una sonrisa de curiosidad y Ias cejas arqueadas.
— ¿En qué estabas pensando?
— En nada.
Sabía que Io había dicho demasiado rotundamente y volvió a sentirse abochornada porque eI objeto de sus sueños Ia hubiera pillado.
— De acuerdo — Roy sonrió.
Cathy pasó eI resto de Ia velada charlando sobre Norman. Seguramente, a Roy Ie parecería aburrido, pero para eIIa era Io más importante deI mundo y él tendría que acostumbrarse si quería... si quería ¿qué?
Estaba volviéndose loca con esas conjeturas ridículas. Norman se había terminado Ia tarta por fin y eIIa se levantó.
— Muy bien, pequeño amigo, es hora de darse un baño — Ie dijo mientras Io levantaba de Ia silla.
— ¡Baño! — Norman salió correteando por eI vestíbulo.
Cathy Ie sonrió a Roy.
— Le encanta chapotear — de repente, se dio cuenta de su desconsideración — . Vaya... Siento mucho no poder ofrecerte una bebida o un café...
— No tomo nada — Roy hizo un gesto con Ia mano para que no se preocupara.
— Ah — Cathy miró hacia Ia puerta por donde había desaparecido su hijo y se preguntó qué estaría haciendo — . Bueno. Entonces... Siento Ia espantada, pero es importante que se acostumbre a llevar un horario.
— ¿Podría...? Quiero decir, ¿te importaría que yo también fuera con vosotros?
A Cathy Ia sorprendió Ia pregunta, pero Ia sorprendió más todavía que él se pusiera rojo como un tomate.
— Nunca he estado con niños — siguió él pausadamente — , y aunque no te Io creas, estoy fascinado.
— Lo creo — dijo eIIa con desenfado — . No me importa. Acompáñame.
Cathy cruzó eI vestíbulo y empezó a subir Ias escaleras de Ia parte trasera de Ia casa donde estaba eI dormitorio y eI cuarto de baño de Norman. Era muy consciente de que eI corpachón de Roy Ia seguía de cerca. El baño Ie pareció muy pequeño para que él entrara junto a eIIa.
— La verdad es que me asombra Io deprisa que evoluciona su mente — dijo eIIa para disimular Ios nervios — . Me encantaría que tú Io bañaras y que yo mirara. Roy arqueó Ias cejas.
— Mmm. ¿Hay algún motivo oculto en Ia propuesta?
Ella se rió.
— Puedes estar seguro. Así no me mojaré.
Roy se rió también.
— Gracias, pero será mejor que por eI momento mire.

El niño era un verdadero salvaje en Ia bañera. A Ios cinco minutos, ya había empapado a su madre y él se mantenía seco porque no entró en eI radio de acción de Ias manitas de Norman. Cathy todavía llevaba Ia falda y Ia camisa que se había puesto para cenar y Roy se preguntó si se habría puesto otra ropa si no hubiera estado él. Tendría que darle un margen de confianza, en

realidad, a eIIa no Ie importaba que Norman salpicara y eIIa misma jugaba con un pez de goma que llenaba de agua y Ia echaba sobre Ia tripa de su hijo.
— ¡Más! — gritaba eI niño cada vez que eIIa paraba.
Cuando eI baño terminó y Cathy envolvió a su hijo con una toalla enorme, Roy empezó a disculparse.
— Bueno, esperaré abajo a que Io acuestes.
— Eto — dijo Norman rotundamente con una sonrisa mientras su madre Io llevaba aI dormitorio.
— ¿Qué ha dicho? — preguntó Roy
— Un cuento — Ie aclaró Cathy mientras ponía unos pañales y eI pijama a su hijo — . Le encantan Ios libros y me parece que te ha elegido para que Ie leas uno esta noche.
Roy se quedó impresionado.
— ¿Yo?
— Tú — Cathy se rió — . No me mires con esa cara... Su libro favorito es de un perro que se llama Puppy y se Io sabe de memoria. Sólo tienes que pasar Ias páginas y leer un poco. Él completará todo Io que te olvides.
— De acuerdo. ¿Dónde me siento?
Ella señaló una mecedora que había en un rincón.
— Él se sentará en tu regazo.
Podría hacerlo. ¿O no? Se acomodó en Ia mecedora y alargó Ios brazos cuando eIIa Ie acercó eI niño. Luego, Cathy Ie dio un libro lleno de colores y Norman soltó una letanía que Roy no entendió. Miró a Cathy con impotencia para que Io tradujera.
Ella iba de un lado a otro de Ia habitación recogiendo juguetes y arreglando Ias sábanas de Ia cuna. Cuando se irguió, Roy comprobó que tenía toda Ia parte delantera de Ia camisa empapada y transparente.
Debajo de Ia camisa llevaba un sujetador que también debía de ser bastante transparente porque podía distinguir claramente Ia sombra oscura de sus pezones. La tela se ceñía a cada curva, a cada protuberancia, y marcaba eI contorno de sus pechos como si no llevara nada.
Lo caballeroso habría sido mirar hacia otro lado y fingir que no se había dado cuenta, sin embargo, era imposible. No podía apartar Ios ojos y Ia miraba como en trance mientras eIIa se agachaba para recoger Ia toalla y sus pechos oscilaban elegantemente con cada movimiento.
Entonces, Cathy levantó Ia mirada y Io sorprendió. Ella cambió de expresión cuando Ias miradas se encontraron y se quedó de piedra. Notó que se ponía roja hasta eI cuero cabelludo, pero no apartó Ia mirada. Separó levemente Ios labios sin decir nada y él vio en sus ojos Ia misma excitación erótica que Io abrumaba. Deseo, anhelo, lujuria en estado puro y algo más...
Norman volvió a retorcerse en eI regazo de Roy sin dejar de decir frases incomprensibles. Roy parpadeó cuando eI niño saltó sobre Ia parte más delicada de su anatomía.
Roy se aclaró Ia garganta.
— ¿Qué está diciendo? — preguntó con un tono ronco y áspero como si fuera de otra persona.
— Te dice que quiere mucho a Puppy — eIIa levantó Ia toalla y se tapó eI pecho.
— Demasiado tarde — susurró él.
Ella no fingió no entenderle y se sonrojó más todavía.
— Eres preciosa — Ie dijo por encima de Ia cabeza de su hijo.
Norman pasaba Ias páginas sin hacer caso a Ios adultos.
— ... gracias — dijo eIIa con un tono ahogado — . Es hora de acostarse — Ie dijo a su hijo cuando este cerró eI libro — . Dale Ias buenas noches a Roy.

El niño sacudió vigorosamente Ia cabeza, se revolvió en eI regazo de Roy y Io agarró deI cuello con una fuerza que casi Io ahoga.
Él Io agarró instintivamente y se emocionó aI sentir Ios brazos regordetes, aI oler eI champú y aI oír Ia respiración entrecortada deI niño. Cerró Ios ojos con fuerza y todos Ios pensamientos sensuales se disiparon con Ia delicadeza de aquel momento. Giró ligeramente Ia cabeza y Ie dio un beso en Ia cabellera dorada.
— Eres un encanto — susurró.
Se levantó cuidadosamente con eI niño en brazos y miró a su madre.
— Ahora, ¿qué? — Ie preguntó.
— Ahora acuéstalo.
Le señaló Ia cuna.
— Buenas noches, mi amor — Cathy dio un beso en Ia cabeza a su hijo — . Déjalo de espaldas y dale Ia manta con eI borde de seda — Ie dijo a Roy.
Él Io hizo y miró cómo eI niño se frotaba Ia mejilla con eI borde de Ia manta. Casi aI instante Ios ojos empezaron a cerrarse.
Roy miró a Cathy con Ias cejas arqueadas.
Ella tenía Ia cara iluminada con una sonrisa de ternura y se puso un dedo en Ios labios mientras salían de Ia habitación.
m — Le encanta pasarse eI borde de Ia manta por Ia mejilla. Nunca falla para que se duerma.
Él estaba sorprendido de Io fácil que había sido.
— Yo creía que había que acunar a Ios bebés para que se durmieran.
Ella se encogió de hombros.
— Lo hacía cuando era más pequeño, pero luego adoptó esta costumbre y yo Ia he fomentado. El médico dice que es importante que sea capaz de dormirse por sus medios — eIIa miró a otro lado en Ia oscuridad deI pasillo — . ¿Quieres beber algo...? Perdona me había olvidado de que no bebes.
— No hace falta que beba algo, pero me gustaría quedarme un rato contigo.
No Ie dijo que quería besarla y acariciarla. Ella se había parapetado detrás deI muro de discreción y él comprendió que no quería hablar de Io que había pasado en eI dormitorio de Norman.
Ella dudó durante tanto tiempo que Roy temió que fuera a rechazarlo.
— A mí también me gustaría — dijo eIIa aI fin con un hilo de voz — . Voy a cambiarme de camisa y bajo enseguida.
— No hace falta que te cambies por mí — dijo Roy sin poder evitarlo.
— Lo hago por mí — replicó eIIa con un tono más firme — . No puedo concentrarme en Ia conversación si hay un hombre con Ios ojos clavados en mi pecho.
Él levantó una mano y Ie pasó Ias yemas de Ios dedos por Ia mejilla.
— No hace falta que hablemos.
Ella Ie buscó Ios ojos con Ia mirada y posó su mano sobre Ia de él, no para apartarla, sino para sentir sus dedos en Ia penumbra.
— Tengo que conocerte mejor — dijo eIIa en voz baja.
Él asintió con Ia cabeza.
— De acuerdo.
Se dio Ia vuelta y se dirigió hacia Ias escaleras antes de hacer algo de Io que se arrepentiría. La afirmación de eIIa llevaba implícita una esperanza, pero él no se atrevía a plantearse cuál podría ser. Sabía que se había sumergido demasiado en unas aguas que nunca había previsto conocer,

pero eso había sido antes de encontrarse con Cathy, antes de tomarla entre sus brazos en Ia pista de baile y de que hubiera sentido como si eIIa fuera una parte suya que había añorado toda su vida.
Ella bajó aI cabo de unos minutos con un jersey de punto que no se ceñía demasiado ni estaba mojado.
— Gracias por ayudarme con Norman — dijo eIIa mientras entraba en Ia sala.
— Gracias a ti por dejarme ayudaros. Es un niño asombroso.
Ella sonrió con orgullo de madre.
— Es verdad. A él Ie ha gustado que hubiera alguien que no fuera Sarah, Alexa o yo en su rutina de acostarse.
— ¿Nunca has tenido una niñera?
— No, aparte de Sarah y Alexa. Además, eres eI primer hombre que ha pasado algún tiempo cerca.
Las palabras Ie produjeron una satisfacción primitiva que no podía definir.
— Él Io ha soportado muy bien — fue Io único que supo decir.
Ella asintió con Ia cabeza, se acercó aI mueble bar y se agachó para abrir Ia pequeña nevera que había debajo de Ia encimera.
— ¿Quieres un zumo o un refresco? También hay agua mineral.
— Agua, gracias.
Tomó eI vaso con hielo y Ia botella que Ie dio eIIa y se sentó en eI sofá. Cathy se hizo un ovillo en eI otro extremo, se puso unos almohadones en Ia espalda y se quitó Ios zapatos.
— ¿Qué tal va Ia casa?
Él sonrió e inclinó Ia cabeza.
— Muy bien. Pronto os dejaré en paz.
— ¡No te he preguntado eso! — parecía espantada de parecer una grosera —. ¿Estás contento con tu proyecto?
Él asintió con Ia cabeza.
— Mucho. Cuando Io haya terminado os llevaré a Alexa y a ti para que Io veáis.
— Ya sé que me dijiste que no querías poner tu ventana solar en todos tus proyectos. ¿La has puesto, en este?
Él negó con Ia cabeza.
— No. En realidad estoy instalando algo nuevo. Una ventana experimental que acabo de diseñar. De esa forma, si es un desastre, sólo podré culparme a mí mismo.
Ella sonrió.
— Pero tendrás que tragártela.
Él se encogió de hombros.
— La cambiaré.
Ella Io observaba con unos ojos que parecían ver más de Io normal.
— ¿Por qué pareces incómodo cuando hablas de tus ventanas?
Roy sonrió forzadamente.
— No quiero que se me conozca como eI tipo de Ias ventanas solares. Me gustaría hacer cosas impresionantes sin tener en cuenta eI material que use y que se me reconozca por mi calidad.
— Y eso es difícil por eI éxito de Ia ventana.
Él asintió con Ia cabeza.
— En resumen, sí.
Ella asentía con Ia cabeza como si Io entendiera y él sintió un agradecimiento especial.

— ¿Por qué has decidido ampliar tu empresa?
Roy se encogió de hombros otra vez y deseó que eIIa se acurrucara entre sus brazos en vez de hacerlo en eI brazo deI sofá.
— Tuve un accidente y me sobraba eI tiempo para pensar mientras me recuperaba. Siempre me ha encantado hacer proyectos y tengo gente muy creativa y competente en Minesota con Ia que puedo trabajar a distancia, de modo que decidí probar eI mercado de Baltimore.
Ella Io miraba intrigada y estaba claro que pensaba en algo que no era Ia arquitectura, Roy se preparó.
— ¿Qué tipo de accidente?
— Uno muy raro — contestó él sin cambiar eI tono desenfadado — . Dicen que no se da más de uno cada dos mil años. Yo jugaba aI rugby y me dieron una patada en eI pecho que me produjo unas lesiones internas muy graves.
Ella parecía espantada.
— Yo creía que eI rugby no era violento.
— No creo que hayas pensado nada deI rugby en tu vida — se burló él.
Ella sonrió.
— La verdad es que no. Se parece aI fútbol, ¿verdad?
— Un poco, pero es mucho menos civilizado. Quizá algún día, cuando lleve una semana lloviendo y estés aburrida como una ostra, te explicaré Ia diferencia.
Roy sonrió y eIIa Ie devolvió Ia sonrisa.
— ¿Qué lesiones tuviste?
Él había esperado no tener que mentir descaradamente.
— Bueno, muchas cosas distintas — se tocó vagamente por eI vientre — . Me operaron y Ia recuperación fue bastante lenta. Eso me permitió estudiar algunas ciudades y ver cuál era Ia mejor para mi empresa.
— Y elegiste Baltimore.
Él asintió con Ia cabeza y aliviado por haber dirigido Ia atención hacia algo distinto de Ia operación.
— Había tres candidatas en Ia Costa Este, pero Baltimore está cerca de Minesota, tiene buen clima y me gustó mucho cuando Ia visité.
Ella sonrió y levantó eI vaso de agua para dar un sorbo.
— El clima no es tan bueno cuando llega eI invierno.
— No me importa que haga un poco de frío, pero Boston, por ejemplo, está demasiado aI norte y Orlando es insoportable en verano.
— ¿Esas eran Ias otras dos alternativas? — Ie preguntó eIIa entre risas — . ¿De un extremo aI otro?
— Efectivamente.
Se hizo un breve silencio entre eIIos, un momento cálido y agradable que él habría deseado que no terminara nunca. Luego, él se acordó de cómo Ia había encontrado aI llegar. Había estado llorando y tenía Ios ojos irritados.
— Cathy...
— Sí...
— Cuando llegué, ¿habías estado llorando? No me cuentes historias de alergias.
Ella suspiró.
— Es una historia muy larga...
— ¿Está grave Alexa?

Fue Io primero que él pensó, aunque eIIa Io hubiera tranquilizado.
— No, no — eIIa estaba realmente sorprendida — . No Ie pasa nada grave.
— Entonces, ¿por qué llorabas?
Ella dejó escapar otro suspiro.
— He retrasado Ias vacaciones de Ia familia. Siempre nos íbamos eI cuatro de julio, pero este año, con mi nuevo trabajo, tendremos que ir en septiembre. Aunque sea a media jornada — añadió a Ia defensiva — , no puedo dejarlo todo y marcharme cuando quiera.
— ¿Se Io esperaba Alexa?
— No. Se ha llevado... un disgusto. Dijo que Ie dolía Ia cabeza y que no podía cenar con nosotros. Me sentí fatal aI disgustarla tanto.
— Ah, — Roy hizo un gesto con Ia cabeza — . Las dos os lleváis muy bien. Yo creía que Ias nueras odiaban a sus suegras.
Cathy se rió.
— No en este caso. He sido muy afortunada. Es fantástica.
Se hizo otro silencio, pero no fue tan cómodo corno eI anterior.
— Será mejor que me vaya — dijo Roy aI cabo de un rato.
A él Ie fastidió que eIIa no se opusiera, sino que asintiera con Ia cabeza y se levantara. Después deI momento que habían compartido en eI descansillo, eIIa volvía a comportarse como si fueran meros conocidos.
Roy dejó que Io acompañara hasta Ia puerta.
— Lo he pasado muy bien — Roy Ie acarició Ios brazos — . Dime que tú también. Ella Io miró fijamente antes de bajar Ia cabeza.
— Yo también.
— Me gustaría volver a pasar un rato con Norman y contigo.
Ella levantó Ia cabeza.
— ¿Por qué?
Roy Ia miró con una expresión burlona.
— Porque me gustas mucho y tu hijo es fantástico.
— Buena respuesta, pero antes de aceptar, quiero que sepas que no busco ningún tipo de... asunto.
— ¿Qué te parece amistad y diversión?
Quizá eIIa no quisiera reconocerlo, pero ya tenían un asunto entre manos. Cuando fue a Baltimore sólo había pensado en verla, pero en ese momento sabía que era inútil intentar mantenerse alejado de eIIa.
Ella sonreía vacilantemente.
— Creo que podríamos intentarlo.
— ¿Qué te gustaría hacer?
Ella Io pensó un rato.
— Podríamos hacer una comida en eI campo. A Norman Ie encanta estar aI aire libre.
— ¿Cuándo?
— Mañana. Es sábado y no tengo trabajo.
— Me parece muy bien. Pasaré a recogeros a mediodía.
Ella asintió con Ia cabeza y él Ia besó fugazmente ea Ios labios. Él habría preferido un beso de verdad, sentirla abrazada a él, que hubiera reaccionado como Io hizo eI primer día en eI jardín, pero notó que luchaba contra eIIa misma. Él no supo por qué, pero no estaba dispuesto a darle una excusa para volverse atrás.

— Hasta mañana — dijo antes de darse Ia vuelta para marcharse.

Capítulo Seis

Tendría que hacer que Ie revisaran Ia cabeza. Debería haberse negado educadamente. No podía liarse con Roy Ruast.

Cathy guardó Ios bocadillos en Ia nevera portátil y buscó Ios zumos y Ias manzanas. A Norman Ie encantaban Ias naranjas cortadas en trozos pequeños, pero no podía masticar Ias fibras. Empezó a pelar una naranja sin poder quitarse a Roy de Ia cabeza. Él nadaba en Ia abundancia. Ella hacía malabarismos con eI dinero para no perder Ia casa familiar. Roy pensaría que sólo buscaba su dinero. Todo eI mundo Io pensaría y eso era Io que más Ie espantaba.

Cuando se casó con Bill, supo Io que decían a sus espaldas. Supo que decían que iba detrás de su dinero, que sabía Io que Ie convenía, que algo habría hecho para que él se casara con una mujer tan poco adecuada...

Entonces no hizo caso porque amaba a Bill y eran tan felices que Ios insultos Ie resbalaban. Además, Alexa también Ia quiso desde eI principio. Alexa había quitado importancia a Ias maledicencias con historias muy divertidas de Ias personas que Ias decían.

Sin embargo, no quería volver a pasar por Io mismo. A pesar de Ia protección de Bill y Alexa, aquellas actitudes se habían clavado muy profundamente en eI corazón de una joven sensible. Además, en ese momento, no estaba sola, también tenía que tener en cuenta a Norman.

Metió Ios trozos de manzana y naranja en un recipiente. ¿Qué faltaba? Unos aperitivos de jengibre que había hecho Sarah, apio picado y Ias bebidas.

Todo Io que hiciera se reflejaría en su hijo, pensó mientras guardaba unas servilletas y cerraba Ia bolsa. Estaba decidida a que él creciera sin sobresaltos y a que se sintiera una parte deI mundo de su padre. En sus planes no entraba tener un idilio desenfrenado con un soltero millonario. Sería desenfrenado, pensó con un estremecimiento aI acordarse deI brillo ardiente y azulado de Ios ojos de Roy Ia noche anterior. La había mirado como si hubiera querido tumbarla allí mismo. Si no hubiera estado Norman, quién sabe qué habría podido pasar.

Sin embargo, Norman había estado allí. Sonrió levemente aI recordar aI enorme hombre moreno y aI niño de cabellos casi blancos en Ia mecedora.

Le resultó imposible no pensar que parecían un padre y su hijo. Era posible que Roy no supiera nada de niños, pero si no Ie gustaba Norman, era un actor digno de un Óscar.

— ¡Aquí está! — exclamó Alexa mientras entraba en Ia cocina con Norman — . Mamá ya ha preparado Ia comida.

— Gracias por vestirlo — Ie dijo Cathy a su suegra — . ¿Seguro que no quieres venir?

Alexa sonrió. Parecía como si se Ie hubiera pasado eI disgusto de Ia noche anterior.

— ¿Desde cuándo me han gustado Ias comidas campestres? Hormigas, moscas, sentarse en eI suelo... — hizo un gesto burlón — . No, gracias. Además, tengo una reunión para estudiar Ia decoración deI temas de rosas.

El temas de rosas era un baile y cena benéficos para eI albergue de mujeres. Se celebraba todos Ios años en junio y Ias mujeres deI comité organizador llevaban rosas de Ios colores más deslumbrantes.

Cathy suspiró.

— Estoy nerviosa por estar sólo Ios tres.

— No tiene nada de malo — Ia tranquilizó Alexa — . También tienes derecho a salir con alguien de vez en cuando.

— No voy a salir con alguien — afirmó Cathy tajantemente — . Sólo... vamos a ir juntos. Ni

siquiera estoy segura de cómo me persuadió.
Alexa se limitó a sonreír.
— Es un hombre muy atractivo. Quizá debieras salir con él.
— No me interesa salir con nadie. Os tengo a Norman y a ti, ¿para qué quiero más?
El rostro vivaz de Alexa se puso serio.
— A mí no me tendrás siempre, cariño, y Norman crecerá y hará su vida antes de que te des cuenta. Eres joven y tienes muchos años por delante.
La verdad era que no podía rebatir aquello.
— Sólo es algo circunstancial — dijo para intentar convencerse tanto como para intentar convencer a Alexa — . En cualquier caso, pensaba salir a comer en eI campo con Norman.
Alexa volvió a sonreír.
— Que os divirtáis — sonó eI timbre de Ia puerta como si estuviera ensayado — . Yo abriré — dijo Alexa.
Cathy tomó aire y comprobó que llevaba Ios pañales por si acaso. Al cabo de unos instantes, Alexa volvió por eI vestíbulo con Roy pegado a sus pies.
— ...no hay caballos en Ios establos desde hace un año. Cathy Ios vendió después deI accidente de Bill. Dijo que Ie daba pena ver aI pobre Spurce y que nadie Io montara.
Cathy pensó que además costaba una fortuna mantenerlos y se preguntó cómo habrían tardado tan poco en hablar de ese asunto. No quería que Alexa hablara de sus preocupaciones personales con Roy.
— Hola — hizo un esfuerzo para mirar a Roy con una sonrisa amistosa pero impersonal — . ¿Preparado para salir aI campo?
— Preparado para cualquier cosa — contestó él — . Yo conduciré. ¿Has pensado en algún sitio?
Ella arqueó Ias cejas.
— Ah, yo había pensado en no salir de Ia finca. Hay sitios muy bonitos.
— De acuerdo — pareció sorprendido, pero se recompuso inmediatamente y agarró Ios bártulos — . Tú diriges, yo seré Ia mula de carga.
Ella no pudo evitar una sonrisa.
— No consigo imaginármelo.
— Adiós — Alexa se despedía de eIIos con Ia mano mientras salían por Ia puerta de Ia cocina — . Que Io paséis muy bien. No os olvidéis de Ia crema para eI sol.
— Ya nos hemos puesto — Ie tranquilizó Cathy.
— Y deI sombrero de Norman.
— Lo tengo. Si vinieras con nosotros podrías en cargarte de que no se quemara.
La sonrisa de Alexa se tornó malévola.
— No, gracias. Cuando volváis, yo estaré tan contenta con eI aire acondicionado.
— ¿No Ie gusta comer en eI campo? — Ie preguntó Roy mientras seguía a Cathy por eI césped.
Cathy había puesto eI sombrero a Norman y Io había dejado en eI suelo. Roy también iba cubierto. Se había sacado una gorra deI bolsillo trasero deI pantalón y se Ia había puesto nada más salir aI exterior. Tenía casi toda Ia cara en sombra. Los ojos eran de un azul brillante debajo de Ia visera.
— Alexa no es una persona muy aficionada a estar aI aire libre. Le gustan Ias flores, pero sólo si hay alguien que Ias planta y Ias cuida.
Roy se rió.
— El síndrome de Ia opulencia, ¿no?
— Mmm. Alexa viene de una familia rica y cuando se casó con eI padre de Bill recibió una

herencia de su abuela. Aparte de Ia fortuna de Ios Ferros, naturalmente.
— Naturalmente — dijo Roy con una sonrisa forzada.
— Supongo que por eso no es muy realista sobre eI dinero. Parece no saber Io que es ajustarse a un presupuesto.
— Así que tú te ocupas de Ios asuntos económicos desde que murió tu marido.
Ella Io miró asombrada.
— Sí, claro, pero normalmente no me importa.
— ¿Cómo has conseguido saber tanto de cuestiones económicas? Tú te licenciaste en literatura inglesa.
— ¿Por qué Io sabes?
Se quedó clavada en medio deI camino. Estaba completamente segura de que no se Io había dicho.
Él también se paró con una expresión que eIIa no supo interpretar. Se encogió de hombros y sonrió.
— No Io sé.
Roy volvió a ponerse en marcha lentamente, pero eI humor de eIIa había cambiado. No sabía por qué, pero notaba una profunda sensación de intranquilidad. No era miedo, sino un sexto sentido que Ie decía que algo no iba bien.
— Cathy... — Roy chasqueó Ios dedos delante de eIIa.
— Perdona — no sabía qué Ie preocupaba e hizo un esfuerzo para olvidarse de ello — . ¿Por qué no ponemos Ia manta aquí? Hay una sombra muy buena debajo de ese árbol.
No quería hablar de su situación económica con Roy y ese sitio era muy bonito.
Era un cálido día de junio y eI pequeño claro estaba oculto de Ia casa por unos frondosos árboles floridos. Norman fue tras una pelota que Roy Ie había lanzado y aI cabo de unos minutos Ie enseñó a darle patadas. Norman hizo un afortunado lanzamiento que mandó Ia pelota bastante lejos. Roy fue a recogerla y Cathy Io observó mientras volvía haciendo algunos trucos con eIIa, como avanzar golpeándola con Ia rodilla y sin dejarla caer aI suelo.
Se tumbó de costado para verlos jugar. Roy era paciente y animaba a Norman.
Se volvió hacia Cathy.
— ¿Has visto? — Ie preguntó cuando eI niño volvió a dar otra buena patada — . Es un atleta.
No esperó a que eIIa respondiera y se concentró en su hijo. Cathy Io observaba pensativa. Él Io había dicho con un tono de verdadero orgullo. Como si Ias habilidades de Norman fueran un motivo de orgullo personal. Sin embargo, no había visto a su hijo más de un par de veces y apenas conocía a ninguno de Ios dos. Pero eIIa también se sentía como si Io conociera y pudiera hablar con él como no Io había hecho con nadie desde Ia muerte de Bill.
Después de un rato, Norman perdió eI interés por Ia pelota y empezó a dar vueltas en círculo hasta que cayó sobre Ia hierba entre risas.
Roy se tumbó en Ia manta junto a eIIa y Cathy se sentó rápidamente.
— Es fantástico — Ie dijo Roy mientras se quitaba Ia gorra y se pasaba Ios dedos por eI pelo — . Dentro de unos años será una estrella deI fútbol.
— Me preocupa qué pasará cuando crezca — reconoció eIIa — . Yo no puedo enseñarle Ias cosas de chicos que tendrá que saber. Siempre fui a colegios de niñas.
Roy se rió, pero Ios ojos expresaban comprensión.
— No creo que debas preocuparte. Es posible que Norman no tenga Ia figura de un padre, pero tendrá muchos modelos de comportamiento masculino si haces que practique deportes y otras actividades. Además, tiene Io más importante: un hogar estable donde Io quieren.

— Es un consuelo. Espero que tengas razón — eIIa sabía que seguiría preocupándose, pero se acordó de que él Io decía por experiencia propia — . Supongo que sabes Io que dices por qué te criaste de forma parecida y has salido normal.
Roy arqueó Ias cejas y se volvió para mirar aI niño.
— Hay algunos parecidos entre Ia infancia de Norman y Ia mía — hizo un gesto para señalar todo Io que Ios rodeaba — . Norman nunca tendrá que preocuparse sobre si podrá pagar eI alquiler o comprar comida.
Cathy pensó que no Io haría si eIIa podía evitarlo, pero también pensó que no podía permitir que él pensara que eIIa se había criado rodeada de riqueza.
— Antes me preguntaste cómo había aprendido a administrar eI dinero — arrugó Ia manta entre Ios dedos — . Yo tampoco vengo de una familia rica.
Él pareció sorprendido.
— ¿No? — tenía una sonrisa torcida — . Te has adaptado bien.
— Como tú — inclinó un poco Ia cabeza — . Mi padre era bibliotecario en Ia Universidad de Maryland. No iba a hacerse rico con su sueldo, pero tendríamos que haber vivido sin apuros. No Io hicimos — Io dijo — . Pronto aprendí a abrir eI correo y a ocuparme de que mi padre pagara Ias facturas. Era Ia única forma de que no nos cortaran Ios suministros — sacudió Ia cabeza — . Sabía cuándo Ie pagaban y hacía que me diera dinero para Ia comida y Ia renta. A veces me sorprendía y llegaba a casa con Io que él llamaba una paga extra. Me Io daba para que me comprara ropa, pero yo Io ahorraba para Ias semanas que no llevaba dinero suficiente.
Los ojos de Roy empezaban a reflejar comprensión.
— ¿En qué estaba metido?
— Juego — contestó eIIa — . Cuando murió, encontré todo tipo de boletos de apuesta en su despacho. Yo ni siquiera sabía qué eran hasta que me Io dijo Bill.
— Tuvo que ser difícil de asimilar — Ie pasó una mano por Ia espalda para consolarla.
Sin embargo, eIIa estaba muy sensible y se Ie aceleró eI pulso ante eI contacto. Ella, fastidiada por su incapacidad para dominar sus reacciones, se agitó, se quitó Ia mano de encima y se tumbó de espaldas, apoyada en Ios codos.
— Lo fue. Yo adoraba a mi padre. Fue espantoso verlo desde una perspectiva nueva.
Se quedó en silencio mientras contemplaba eI pasado. Roy no dijo nada, no se movió ni volvió a tocarla. Se quedaron mirando a Norman mientras Ios pájaros cantaban y Ia paz Ie aliviaba heridas abiertas en Ias que no había pensado desde hacía varios años.
— ¿Por qué me has contado todo eso? — Ie preguntó él aI cabo de un rato. Ella se sorprendió.
— Yo... Ia verdad es que no Io sé... Me imagino que pienso que es importante que entiendas que no soy una niña mimada — Io dijo antes de pensar Io que estaba diciendo.
Roy Ia miró.
— Para mí es importante entenderte — Ie tomó Ia cara con una mano y Ie levantó Ia barbilla mientras se inclinaba hacia eIIa — . Que conste — Ie susurró — , nunca te habría calificado de niña mimada.
Ella cerró Ios ojos, mientras Ias bocas se acercaban. Notó Ios labios cálidos y firmes que Ia seducían hasta que eIIa correspondió aI beso, se estrechó contra él y Ie rodeó Ios hombros con Ios brazos. Él Ie separó Ios labios e introdujo Ia lengua entre eIIos. Cathy notó que eI vientre empezaba a bullirle y Ia cordura Ia abandonaba.
— Norman... — consiguió farfullar.
Roy apartó Ia cabeza bruscamente y se incorporó.
— Perdona.

La cabeza de Cathy cayó como una flor demasiado pesada para su tallo y se apoyó en eI pecho de él para absorber su aroma limpio y masculino.
— No ibas a tocarme, ¿Io recuerdas? — Cathy Io dijo con Ia voz entrecortada.
Él se aclaró Ia garganta.
— Lo recuerdo — eI tono era serio y denotaba cierta recriminación — , pero me cuesta mantenerme lejos — se apartó un poco para mirarla a Ios ojos — . Pienso en ti todo eI rato.
Ella tragó saliva. Su sinceridad merecía Io mismo de eIIa.
— Yo también pienso en ti — sonrió, pero Ie costó mucho hacerlo — . No estoy preparada... pero cuando me tocas, me olvido de todo.
Los ojos de Roy se oscurecieron.
— Si estuviéramos solos — dijo con una voz profunda — , estaría tentado de aprovecharme de Io que acabas de decir — levantó Ia mano — . Te acariciaría ahí... — Ie pasó Ios dedos por Ios pómulos y Ias mejillas —... y ahí — bajó Ios dedos por eI cuello y eI pecho hasta alcanzar un pezón duro. Ella contuvo un jadeo aI sentir una punzada de placer en Ias entrañas — . Deslizaría mi mano hacia aquí — Ios dedos llegaron hasta eI vientre — y, sin duda, te acariciaría aquí — un dedo muy largo entró entre sus piernas y presionó con firmeza sobre Ia carne palpitante que sólo cubrían Ios pantalones cortos y Ia ropa interior.
— Para — dijo eIIa con voz entrecortada mientras Io agarraba de Ia muñeca y Ie apartaba Ia mano.
Él sonrió sin apartar Ia mirada de sus ojos.
— Y luego… — dio Ia vuelta aI brazo y agarró Ia mano de Cathy con Ia suya —... te tocaría a ti acariciarme.
La posó sobre su erección. Ella volvió a jadear aI sentir Ia reacción deI cuerpo de Roy. Sus dedos se curvaron automáticamente para abarcarlo y
Roy dejó escapar un sonido de puro anhelo masculino. Él Ie apartó Ia mano y se Ia besó antes de entrelazar Ios dedos.
— Pero no Io haré porque no estás preparada.
Ella se aclaró Ia garganta porque no sabía si Ie saldría Ia voz.
— La verdad, es que me parece que sí Io estoy — levantó Ia cabeza para mirarlo — . Dijiste que estoy enamorada de mi marido y tenías razón. Una parte de mí amará siempre a Bill, pero ya es un recuerdo. Es hora de avanzar.
Roy resopló, apartó Ios ojos y se quedó mirando aI cielo.
— ¿Sabes una cosa? — dijo con tono desenfadado — . Resultas apremiante.
Ella se rió y se disipó Ia sensualidad que Ia abrumaba; supuso que él Io había hecho intencionadamente.
— Tú tampoco te quedas corto.
Roy sonrió y unas profundas arrugas surcaron sus mejillas.
— ¿Seguro?
Norman se acercó corriendo y eIIa empezó a sacar Ia comida mientras agradecía Ia posibilidad de recuperar eI equilibrio.
Después de comer, Norman empezó a dar cabezadas y se fueron a Ia casa para que pudiera dormir Ia siesta. Roy se empeñó en llevar aI niño y que Cathy se hiciera cargo de Ia cesta vacía. Los siguió por eI césped y se sintió emocionada aI ver a su hijo dormido en brazos de Roy.
Ella no era una persona que improvisara, pero decidió que no iba a pensar mucho en a dónde llevaba todo aquello. Había demasiados factores y obstáculos como para siquiera soñar en eI futuro.

Sin embargo, ¿cómo no iba a haber un futuro con Roy en él? Hacía unas semanas, eIIa no podía imaginarse que volvería a amar. En ese momento, tenía miedo de que Ie estuviera ocurriendo exactamente eso.

Durante Ia semana siguiente, Cathy Io invitó a una barbacoa por Ia tarde, a otra comida en eI campo y a dos cenas familiares. Por Ias noches, Alexa se llevaba a Norman para bañarlo después de Ie cena y Ies daba un momento de intimidad que Roy anhelaba como un preso su día libre.
Sabía que Io que hacía estaba mal. La había mentido, más o menos, y había esperado demasiado tiempo como para decirle Ia verdad. Ella Io odiaría si alguna vez descubría Ia verdad.
No podía durar. Había sido eI primer hombre en tocarla desde Ia muerte de su marido. Un día, eIIa se daría cuenta de que sólo era un hombre normal y corriente y eIIa seguiría adelante. Un día, todo terminaría y él desaparecería de su vida, pero hasta que llegara ese día, él no tenía fuerzas para dejarlo.
Sólo podía pensar en Cathy. En su melena brillante sobre Ios hombros Ias pocas veces que no Io llevaba agarrado; en Ia tensión de Ios músculos de sus piernas largas y esbeltas cuando se agachaba para tomar a su hijo en brazos; en su trasero pequeño y delicado dentro de Ios pantalones cortos; en Ia forma que tenía de inclinar levemente Ia cabeza cuando Ie sonreía; en Ia forma de besar a su hijo en Ia cabeza; en eI brillo burlón de sus ojos cuando Ie tomaba eI pelo; en su decisión de mantener Ia única vida que había conocido su suegra; en eI suave movimiento de sus labios cuando Ia besaba y en su cuerpo entre sus brazos; en Ia necesidad que tenía de tumbarla en eI suelo y desnudarla para disfrute de su vista, su boca y sus manos.
Una noche, después de que Alexa se hubiera ido a acostar a Norman, él esperó a que Cathy fuera con él a Ia sala. Se habían acostumbrado a ver Ias noticias y comentarlas... y a besarse. La vio acercarse y pensó Io curioso que era que eI momento más esperado deI día era cuando eIIa se sentaba en eI sofá y él Ie rodeaba Ios hombros con eI brazo. Era muy afortunado y había estado a punto de echarlo a perder con eI estúpido comentario sobre eI día que se licenció. Todavía no sabía por qué Io había dicho, pero mientras Io hacía, tenía una imagen mental muy clara y precisa.

«... llevaba eI birrete y Ia toga y corría sonriente hacia él mientras agitaba eI diploma. Él extendió Ios brazos y eIIa se arrojó a eIIos para besarlo entre risas y gritos.
— Lo único que habría hecho que este día fuera mejor habría sido que estuviera papá.
— Lo sé — Ie secó Ias lágrimas con Ios pulgares y volvió a besarla — . Ojalá estuviera, pero ya sabes que yo siempre me ocuparé de ti».
Al acordarse, él notaba una sensación de desasosiego. Había empezado a recordar más cosas y más claras, quizá pudiera explicarse racionalmente. La mayoría de Ias veces se negaba a pensar en ello, pero otras, se adueñaba de su cabeza y no podía evitarlo.
Como cuando jugó a Ia pelota con Norman. Sintió una emoción muy intensa cuando Ie gustó aI niño. Quizá, demasiado intensa. Como si Ia parte de Bill Ferros que habitaba en él estuviera orgullosa de Ia hazaña de su hijo. Como si Bill siguiera decidido a seguir en aquella familia de Ia única forma que podía hacerlo.
Hasta que Cathy se sentó, se acurrucó en sus brazos como si Io hubiera hecho siempre y todos Ios pensamientos que no fueran eIIa se desvanecieron en eI aire.
— Hola — él se volvió y Ie dio un beso debajo de Ia oreja — . ¿Ha ido todo bien durante eI baño?

— Perfecto.
Ella inclinó un poco Ia cabeza para que él llegara mejor aI cuello. Roy Ie tomó Ia cara con Ia mano, Ia giró hacia sí, Ia besó en Ios labios y sintió una satisfacción inmensa cuando eIIa se dejó llevar con un murmullo de placer. La tumbó en su regazo, se inclinó sobre eIIa y Ia besó profunda y repetidamente, hasta que eIIa sólo buscaba su boca, hasta que Ios dos sólo intentaban tomar aliento como si corrieran un maratón por parejas.
Roy Ie acarició Ia cadera, Ie tomó un pecho en Ia mano y notó eI pezón erguido a través deI sujetador. Se había prometido no introducir Ia mano entre su ropa ni mucho menos desnudarla en su casa. No sabía eI motivo, pero para él era importante y noche tras noche se aferraba a su promesa, aunque hubiera veces que apenas podía pensar siquiera. Su erección era tal que Ie dolía y Ia cadera de Cathy contra eIIa era eI tormento más embriagador que podía imaginarse. Sin embargo, no iba a correr eI riesgo de que entrara Alexa y se encontrara con que algo se Ie había escapado de Ias manos. Sabía que si se dejaba llevar por sus sueños y sus fantasías, nada podría detenerlo.
Le dio un último beso y sus caricias pasaron de Ios pechos aI hombro para apaciguarse un poco.
— Debemos estar locos para torturarnos de esta forma.
— Posiblemente. Seguramente.
Ella seguía sobre su regazo con eI pelo despeinado y Ios labios rojos por Ios besos.
— Nunca me habría imaginado que a Ios treinta años estaría pelando Ia pava en Ia sala con mi novia y atento a que pudiera aparecer su madre.
Cathy se rió.
— Primero, no es mi madre; segundo, no pelas Ia pava, ya Io has conseguido — levantó Ia cabeza — . ¿Soy tu novia? No sé por qué, pero me cuesta imaginarme como madre y novia. Las madres no salen con chicos.
— Tienes que aceptarlo — Ie dio un beso en Ia punta de Ia nariz — . Hablando de salir, ¿te gustaría ir a cenar o aI cine eI viernes por Ia noche?
Ante su sorpresa, eIIa dudó.
— Podrías venir a cenar aquí — Ie ofreció eIIa como alternativa.
Él Ia miró fijamente, con todos Ios sentidos alerta. Había algo que iba mal. Ella se había distanciado ligeramente, aunque él no sabía eI motivo de aquella reacción.
— He venido a cenar unas cuantas veces — dijo él cautelosamente — . Había pensado que podría estar bien arreglarnos un poco y salir por ahí.
— Yo prefiero una velada tranquila en casa. Estoy un poco cansada con eI trabajo, Ias obras de caridad y Ias responsabilidades familiares. Necesito tiempo para acostumbrarme aI cambio. ¿Te importa?
Claro que Ie importaba, pero no parecía eI momento adecuado para ser sincero.
— No — contestó él — . No me importa, pero podría cocinar yo para variar. Ya había pensado en organizar una cena en esa terraza tan deliciosa que hay en Ia parte de atrás de Ia casa de invitados.
Ella sonrió y se relajó inmediatamente.
— Sería fantástico. ¿Me dejarías llevar algo?
Él negó con Ia cabeza y perplejo por cómo se había disipado Ia tensión de su cuerpo. Repasó mentalmente Ia conversación para ver si conseguía saber qué había pasado.
— Sólo quiero tu presencia.
Por Io menos estarían solos. Sólo de pensarlo, su cuerpo se olvidó de que tendría que estar sosegándose. Había esperado sinceramente salir de allí antes de que apareciera Alexa, pero se

quedaría un rato más.

Capítulo Siete

Media hora después, Alexa no había bajado todavía. Cathy fue a ver si Ie pasaba algo a Norman, pero volvió y dijo que a su suegra Ie dolía Ia cabeza y se había acostado.
— Muy bien — Roy se levantó y fue hasta Ia puerta de Ia sala, donde estaba Cathy — . Me iré a casa. Acompáñame hasta Ia puerta.
Le pasó eI brazo por Ia cintura mientras atravesaban Ia casa.
— Te acompañaré un poco más — Ie dijo eIIa cuando fue a despedirse.
La noche era cálida y olía a hierba recién cortada, madreselva y rosas trepadoras. Eran más de Ias nueve y casi había anochecido. La luna asomaba su rostro plateado y Ias estrellas más osadas desafiaban a Ios últimos rayos deI sol.
Roy Ia tomó de Ia mano y bajaron Ios escalones.
— Es una noche preciosa.
— Ajá — parecía tranquila y despreocupada.
Era evidente que se había olvidado de Ios momentos tensos después de que Ie pidiera salir a cenar.
Tenían Ios dedos entrelazados y Roy se preguntó si alguna vez eIIa pensaba en Io distante y cautelosa que había sido cuando se conocieron por primera vez. Él sí Io pensaba y Ie sorprendía que pudiera estar dando un paseo con Ia mujer que se había adueñado de sus pensamientos.
Caminaron un rato en silencio.
— Mira — dijo él repentinamente — . Luciérnagas. Yo cazaba docenas de ellas en una noche. Tenía tantas que eI frasco estaba siempre iluminado cuando se Io llevaba a mi madre.
— Yo siempre quise tener una de animal de compañía. Mi padre me ayudaba a hacerle una casa en un frasco con hierba y un tapón con agua, pero cuando iba a verla por Ia mañana, Ia luciérnaga se había escapado. Mi padre sacudía Ia cabeza y decía que había hecho unos agujeros demasiado grandes, aunque fueran como cabezas de alfileres. Tardé años en darme cuenta de que Ias dejaba libres, pero cuando Io comprendí, ya no me importaba.
Roy se dio cuenta de que estaba sonriendo mientras movía Ias manos entrelazadas.
— A Io mejor, más avanzado eI verano, cuando anochezca antes, Norman podrá estar levantado para verlas. Podríamos ayudarlo a cazar algunas y a guardarlas en un frasco. ¿Crees que Ie gustaría?
Ella dudó tanto que él pensó que no iba a contestarle y sintió cierta intranquilidad.
— Cathy... ¿Qué pasa?
— Nada — su voz parecía vacilante.
Roy se paró y Ia paró en medio deI camino.
— Cathy, ¿qué pasa?
Ella suspiró.
— ¿Llegará ese momento cuando eI verano esté avanzado?
La pregunta Io sorprendió. Era Ia primera señal de que estuviera pensando a largo plazo. Le pareció eI afrodisíaco más potente que conocía. El corazón Ie dio un vuelco que Ie dejó, literalmente, sin respiración.
La tomó de Ios hombros y Ia miró sin importarle que eIIa pudiera notar eI amor que sentía por eIIa.

— Llegará si tú quieres.
Bajó Ios labios hasta encontrarse con Ios de eIIa. Después de un breve instante, eIIa abrió Ia boca y Ie rodeó eI cuello con Ios brazos. Las lenguas se enzarzaron en una danza descontrolada y cuando él bajó Ias manos para acariciarle eI trasero, eIIa dejó escapar un sonido anhelante y Ie pasó una pierna alrededor de Ia. cintura, como Ia primera vez que se besaron allí, en ese mismo jardín, aunque entonces estaban mucho más cerca de Ia casa.
El fastidio dio paso a una creciente sensación de soledad en medio deI jardín silencioso. Mientras Roy asimilaba esa idea en su cabeza, se dio cuenta de Io que su subconsciente había estado pensando desde que eIIa salió de Ia casa con él: Ia deseaba. Esa noche. En ese preciso instante.
Se sintió dominado por eI anhelo y su erección fue casi instantánea. La agarró de Ias caderas y Ia estrechó contra sí con fuerza mientras eIIa dejaba escapar leves y entrecortados gemidos. Se retorcieron unos instantes hasta que eI obstáculo de Ia ropa guió Ios pasos de Roy.
Dejó que Cathy se apartara un poco de él y Ie desabrochó Ios cinco botones que Ie cerraban Ia blusa. Se Ia quitó con un movimiento diestro y también Ie soltó eI cierre deI sujetador.
— ¡Roy! — exclamó eIIa espantada — . Estamos en eI jardín.
Él reprimió una carcajada y Ia llevó debajo de un roble que había junto aI sendero. Ella Io miró un segundo y él sintió un asomo de pánico aI pensar que iba a oponerse, pero hizo un movimiento con Ios hombros y eI sujetador cayó aI suelo. Entonces sintió que eI corazón se Ie desbocaba. Los pechos no eran muy grandes, pero tenían una forma perfecta y Ios coronaban unos generosos pezones. En Ia oscuridad no podía distinguir si eran rosados o cobrizos, pero Io tenía muy claro en Ia cabeza. Eran de un color rosa muy delicado y más grandes que antes de su embarazo. Al darse cuenta de Io que acababa de pensar, Io apartó de su cabeza para que su maldita memoria no se interfiriera en aquel momento.
— Dios mío — dijo él — . Eres preciosa.
Le tomó Ios pechos en Ias manos y Ie acarició Ios pezones con Ios pulgares, como a eIIa Ie gustaba, hasta que se endurecían, se ponían rígidos y eIIa arqueaba Ia espalda en una súplica silenciosa para que no se detuviera.
Entonces, se inclinó hacia delante, Ie lamió uno y dejó escapar un gemido de placer aI notar eI sabor y Ia textura sedosa de su piel. Pasó Ia lengua una y otra vez alrededor deI pezón hasta que eIIa se separó con un gruñido sordo.
— Tú — dijo eIIa — , también.
Levantó Ias manos hasta Ios botones de su camisa, Ios desabrochó torpemente y Ia dejó colgando sobre su torso. Tenía Ias manos cálidas y suaves y él se deleitaba aI sentir sus dedos entre Ios pelos deI pecho. ¡El pecho! Si Ie acariciaba eI pecho, eIIa se daría cuenta de Ia cicatriz y no quería estropear aquel momento con preguntas.
Le tomó Ias muñecas y Ias levantó hasta que Ie rodeó eI cuello con Ias manos. Cada centímetro de Ios dos cuerpos desnudos estaba en contacto. Tenía Ios pechos calientes y casi duros. Él dejaba escapar unos sonidos desde Io más profundo de Ia garganta, Ia estrechó con fuerza y Ia besó con voracidad.
Él sabía que tenía que decirle quién era y cómo Ia había encontrado, sabía que no era justo engañarla de aquella manera, pero no Ie salían Ias palabras. Ella era su vida, eI único motivo para respirar y levantarse por Ias mañanas. La deseó desde que despertó y eIIa estaba dentro de su cabeza y tenía que tomarla.
Sólo una vez, se prometió a sí mismo. Quizá dos veces, se corrigió inmediatamente, aI pensar en Ia cita deI viernes por Ia noche. ¡Él también quería tener recuerdos propios! Quería saber qué sentía eIIa debajo de él, quería oír Ios leves gemidos de satisfacción que podía provocar. Quería

mirarla a Ios ojos cuando entraba en eIIa y saber que eIIa estaba viéndolo.
Porque Ia amaba. Porque en un mundo normal, eIIa sería una viuda normal y él un hombre cualquiera y podrían pasar juntos eI resto de sus vidas. Porque él no podría tener ese resto de sus vidas, pero tampoco iba a renunciar a su única ocasión de ser feliz sin algunos recuerdos que Io mantuvieran en pie.
Le soltó eI cinturón que Ie sujetaban Ios pantalones cortos y se entretuvo introduciéndole un dedo por debajo deI borde sedoso de Ias bragas. Lo pasó por eI vientre de eIIa y cada vez profundizaba un poco más. Hasta que no pudo resistir más y Ie bajó Ios pantalones y Ias bragas con un solo movimiento. Luego Ia levantó para liberarla de eIIos.
Su piel resplandecía en Ia oscuridad y él Ie recorrió eI cuerpo con Ias manos. Empezó por Ios hombros, siguió por Ios pechos y bajó por eI torso hasta alcanzar Ia delicadeza de su vientre. Luego Ie acarició Ios costados y Ia espalda hasta que Ia seductora hendidura de su trasero Ie invitó a introducir un dedo por debajo. Ella emitió un grito sordo y se agitó con impaciencia. Roy se arrodilló, Ia acarició Ios muslos, Ia parte posterior de Ias rodillas y volvió a elevar Ias manos hasta posarlas en Ias caderas. Hizo una ligera presión para que eIIa juntara Ias piernas.
— Roy — dijo eIIa con Ia voz entrecortada.
— Shhh. Un momento.
Apoyó Ia cara sobre Ios delicados rizos y sopló. Ella soltó un leve grito y Ias caderas se Ie estremecieron. Él bajó Ia cara por Ios muslos y eIIa Ios separó. No estaba seguro de poder tomárselo con Ia calma que quería. De rodillas y con sus muslos bien separados, estaba rígido y palpitante , Ia suave brisa nocturna que Io envolvía era otra sensación excitante, aunque completamente distinta. Él también se estremeció con una punzada en Ia espalda y se aferró a Ios restos de su autocontrol.
Lentamente, separó Ios rizos con Ia lengua hasta alcanzar Ia palpitante humedad. Sólo quería pensar en eIIa, en Ias caderas que movía contra él mientras aceleraba eI ritmo y subía eI tono de Ios sonidos de placer. Era un goce y por fin supo que eIIa estaba tan preparada como él para dar eI siguiente paso.
Se levantó y Ia atrajo contra sí.
— No pares — balbuceó eIIa.
— No pienso — Ie recorrió todo eI cuerpo con Ias manos como si nunca fuera a tener suficiente — . El embarazo no te ha cambiado Ia figura — susurró.
— No — confirmó eIIa con voz ronca — . Ya era delgada y sólo engordé siete kilos que perdí en dos meses.
Él se dio cuenta de Io que había dicho, pero también se dio cuenta de que eIIa Io había tomado como una pregunta.
Le acarició eI vientre y eI triángulo de pelo que Ie cubría eI montículo.
— Es eI momento de tumbarnos.
Los dos se arrodillaron. La tumbó sobre Ia hierba y él se tumbó sobre eIIa. Le apartó Ios muslos con Ios suyos hasta que Ia situación sólo tenía una conclusión posible.
Cathy estaba silenciosa y él notó que sus piernas recuperaban algo de Ia tensión de antes.
Con un destello de intuición, supo Io que estaba pensando: que, en ese aspecto, era muy distinto a su marido.
— Tranquila. Tranquila, corazón.
Siguió hablándola hasta que notó que se disipaba Ia tensión de sus muslos. Entró lentamente en eIIa y fue avanzando poco a poco dentro deI canal ardiente y deslizante. Estaba húmeda y se ceñía completamente a él. Notó que estaba temblando deI esfuerzo que tenía que hacer para

conservar Ia calma y facilitárselo a eIIa.
Por fin se encontró plenamente acogido.
— ¿Estás bien, corazón? — Ie preguntó él.
— Lo estaré — contestó eIIa con voz trémula.
Antes de darse cuenta de Io que estaba haciendo, eIIa clavó Ios talones en eI suelo y apretó Ia pelvis contra él con un movimiento circular que Io frotaba contra su pubis. Ella explotó. Su cuerpo se aferró a él como un puño que se soltaba y volvía a cerrarse. Él perdió eI control y empezó a embestirla desenfrenadamente con Ias caderas mientras eIIa gritaba y jadeaba su nombre con Ia espalda arqueada y eI cuerpo estremecido debajo de él. Él entraba más dentro cada vez hasta alcanzar un éxtasis que Ie supuso. una idea nueva e indescriptible de Io que era hacer eI amor.
Cuando Ios espasmos remitieron, se dio cuenta de que estaba agarrándole eI trasero con una fuerza que Ie habría dejado marcas. Él seguramente también tendría Ias marcas de sus talones en Ia espalda.
Ella dejó caer Ios brazos y Ias piernas. Tenía eI pelo como una manta blanca sobre eI suelo y se preguntó si Ie habría deshecho él eI peinado o se habría soltado solo. Se apoyó en Ios brazos y Ia miró.
— Eres Ia mujer más hermosa deI mundo — dijo antes de darle un leve beso en Ios labios.
Ella dejó escapar un sonido parecido a una risa.
— Suena a halago de un hombre lleno de gratitud.
Le gustó su sentido deI humor.
— Puedes estar segura. Gratitud eterna — dudó, pero no pudo resistirse —. ¿Tengo yo tu gratitud?
Ella sonrió lentamente y Ios dientes resplandecieron mientras se estiraba debajo de él, que se quedó sin aliento cuando eIIa volvió a rodear con Ios brazos.
— Has estado maravilloso.
Las palabras podían ser tópicas, pero eI tono era tan sincero que Ia creyó. Volvió a besarla.
— A mí me encantaría seguir aquí — dijo él — , pero supongo que tú preferirás levantarte deI suelo.
— Supones bien.
Roy se levantó y extendió una mano para ayudarla. Al levantarse, eIIa se tambaleó con una mueca de dolor.
— Dios mío, ¿te he hecho daño? — eI tono era de preocupación sincera.
— No — eI tono de eIIa era algo burlón — . Tranquilo. No estoy acostumbrada... nunca había... — se calló y él no pudo evitar reírse de su desconcierto.
— De acuerdo. Gracias — Roy recogió Ia ropa, se vistió y Ia ayudó a hacer Io mismo — . Te acompañaré a casa.
— A Io mejor tienes que llevarme en brazos, no estoy segura de que pueda andar.
Roy sabía que era broma, pero no Ie importó. La tomó en brazos, a pesar de Ias protestas de eIIa, y Ia llevó hasta Ia puerta de Ia casa. Le dio otro beso, eIIa entró y él volvió a su refugio.
Por Io menos estaba completamente seguro de que había vuelto andando, porque no Ie habría extrañado si hubiera ido flotando o volando.
En cuanto se despertó por Ia mañana, Cathy supo Io que había pasado Ia noche anterior. Dejó escapar un suspiro e hizo un gesto de dolor cuando notó Ias quejas de Ios músculos que llevaba tanto tiempo sin ejercitar. Revivió cada momento que recordaba y sintió un cosquilleo por todo eI cuerpo aI acordarse de sus diestras caricias. Si Roy se portaba siempre igual, no estaba segura

de que pudiera sobrevivir.
Se dio cuenta de Io que estaba pensando. ¿Había dicho siempre? Él había dicho que pensaba seguir en su vida, ¿pero podría hacerlo cuando se mudara a su casa?
Hasta entonces había conseguido no salir con él y evitar Ias habladurías que se producirían si Ia vieran acompañada de un hombre tan. rico como Roy. Sin embargo, cuando él se mudara, eso sería imposible.
Tendría que ser sincera. Tendría que explicarle que tenía que pensar en su reputación por eI bien de su hijo, ya que no por eI suyo propio.
Se preparó un café y un plato de cereales y empezó a pensar cómo se Io diría. Le diría que Ie había encantado, pero que no podía salir con él. No. Le diría que había sido algo increíble, pero que aun así no podía salir con él. Que tenía que pensar en Norman y en Io que podrían afectarle Ias habladurías sobre eIIa.
Se lavó Ios dientes y miró eI reloj. Sólo eran Ias ocho. Norman solía dormir hasta cerca de Ias nueve y oyó que Alexa ya daba vueltas en su habitación. Si él se despertaba antes de que eIIa volviera, su suegra Io oiría.
Iría a su casa en ese momento y Io dejaría resuelto en vez de pasarse eI día preocupada por cómo acabar con aquella atracción disparatada que Ia corroía.
Al ir por eI camino, tuvo que pararse para tomar aliento junto aI roble donde habían estado Ia noche anterior. Sólo se notaba que Ia hierba estaba un poco aplastada, pero nadie se daría cuenta.
Ella sí se daba cuenta. Tragó saliva. Era madre. Un pilar de Ia comunidad. Tenía un empleo que se vería perjudicado si su reputación se mancillaba. No podía salir con Roy.
Recorrió eI resto deI camino absorta en sus pensamientos. Llamó a Ia puerta y notó que se ponía en tensión aI oír Ios pasos.
Roy abrió Ia puerta.
— Buenos días.
Su expresión era de placer y de cierta sorpresa. Ella entró y cuando se volvió para mirarlo comprobó que sus ojos ya no reflejaban amistad, sino un ardor sexual casi cegador. Sin decir nada, Ia apoyó contra Ia puerta y Ia besó en Ia boca. Introdujo Ia lengua como una imitación descarada de Io que había hecho Ia noche anterior y notaba Ia fuerza de sus muslos que Ia aprisionaban. Sólo Ios separaban unas capas de tela y eIIa habría vendido su alma por poder rodear Ia cintura con Ias piernas y dejarse llevar aI mundo desenfrenado y maravilloso que habían creado juntos.
Cuando él separó Ia boca repentinamente, eIIa seguía perdida en un torbellino sensual.
— Ah, buenos días — intentó recomponer sus ideas — . Tenemos que hablar.
— No. Nos va muy bien sin decir nada.
Sus ojos lanzaban destellos azules que Ia arrastraban a un mundo íntimo y silencioso. Estuvo a punto de rodear eI cuello con Ios brazos, pero se dio cuenta de Io que iba a hacer y Ios cruzó sobre eI pecho.
Apartó Ia mirada y se hizo un silencio cargado de tensión.
— ¿Es por algo que hice?
El tono de Roy era desenfadado, pero eIIa notaba que también era intenso, que tenía una intensidad que hacía vibrar eI aire que Ios separaba.
Ella tragó saliva y negó con Ia cabeza.
— Entonces, ¿por qué tengo Ia sensación de que estamos retrocediendo un paso gigantesco?
Ella suspiró.
— Porque tenemos que hacerlo. Yo tengo que hacerlo — efectivamente, eIIa dio un paso atrás

No puedo meterme en un asunto extramatrimonial.
— Dado que no estás casada, me parece que eso no es muy exacto — Io dijo tranquila y equilibrada — . ¿Qué te parece llamarlo una relación sexual estrictamente física, divertida y enloquecedora?
Lo miró a Ios ojos y eI brillo burlón que se encontró hizo que sonriera.
— No me tomas en serio.
— Si te tomo en serio — eI rostro se tornó inexpresivo — . Si sólo quieres una relación sexual, yo haré todo Io posible por conformarme con eso.
Ella se rió abiertamente y notó que Ia tensión se había desvanecido.
— No puedo volver a tener una relación física contigo — afirmó eIIa — . Lo complica todo demasiado.
— Hay algunas cosas que tienen que ser complicadas.
El tono era seguro y calmado y eIIa tuvo Ia sensación de que hablaba de algo más, que de su atracción mutua.
Antes de que eIIa pudiera alejarse más, él dio un paso, Ia tomó entre sus brazos y Ia besó en Ios labios.
Ella siempre se había considerado una mujer con fuerza de voluntad, pero notó que toda su decisión se esfumaba mientras él Ie acariciaba Ia espalda y bajaba Ias manos hasta sujetarle Ias muñecas. Todas sus células cerebrales quedaron paralizadas por eI beso. Además, todo era mucho más difícil porque sabía eI éxtasis que podía alcanzar. Resistirse no era difícil, era imposible.
Dejó escapar un leve suspiro, Ie rodeó eI cuello con Ios brazos y dejó que Ie separara Ios labios con Ia lengua mientras todo su cuerpo rebosaba anhelo en estado puro. Notaba su tamaño y calidez contra eIIa. La llevó contra Ia pared y se ajustó perfectamente contra eIIa. Le separó Ios muslos con una rodilla y se contoneó entre sus piernas.
Ella jadeó aI sentir su erección contra eI montículo palpitante. Ella no debería querer aquello; no debería necesitarlo; no debería necesitarle a él tan absolutamente. ¿Habría sido ese eI verdadero motivo para que fuera allí aquella mañana?
Detestaba pensarlo, pero... pero cuando él pasó Ios dedos por eI borde de Ias bragas, eIIa no hizo nada para evitar que Ias bajara, se Ias quitara y Ias dejara a un lado. Le abrió Ia blusa y Ie sacó un pecho deI sujetador para tomarlo entre Ios labios y lamer eI expectante pezón. Ella sintió que Ie flaqueaban Ias piernas.
— No, corazón — eI aliento Ie acarició eI lóbulo de Ia oreja — . Sigue de pie.
La sujetó hasta que eIIa reafirmó Ias rodillas. Su voz era un susurro ronco mientras Ie acariciaba Ios muslos y se quitaba Ios pantalones. Al cabo de unos segundos, se despertó deI letargo sensual en eI que había estado flotando y sintió Ia poderosa erección que buscaba su delicada abertura. Le tomó eI trasero entre Ias enormes manos, Ia levantó y Ie ladeó Ias caderas para recibirlo. Él sofocó eI grito de eIIa con su boca y empezó a embestirla con un ritmo cadencioso que Ia estremeció hasta Io más profundo de sus entrañas. Ella había pensado que estaría dolorida, pero Ia noche anterior él se había ocupado tanto en prepararla, que no estaba tan sensible como había previsto.
Ella, automáticamente, Ie rodeó Ia cintura con Ias piernas y se dejó llevar por eI movimiento. Roy volvió a besarla, cambió eI ritmo y eIIa notó que él había perdido cualquier rastro de control. Roy inclinó Ia cabeza hacia atrás con Ios dientes apretados mientras no cesaba de entrar y salir de eIIa. No se oía nada, excepto su respiración entrecortada, Ios jadeos de Cathy y eI incesante choque de Ias carnes. Ella notó que eI clímax se apoderaba de su interior cada vez con

más fuerza y empezó a gritar con cada embestida.
— Déjate llevar — Ie dijo él con un tono gutural que no parecía suyo — . Quiero que alcances eI clímax conmigo.
Él Ie presionó más con Ias caderas y eIIa arqueó eI cuerpo y sintió que salía volando.
Roy dejó escapar un sonido indescriptible y su cuerpo se tensó mientras Ia empujaba contra Ia pared y eIIa se aferraba a él. Notó que él se liberaba en Io más profundo de eIIa y apretó más Ias piernas para disfrutar de Ios últimos embates que anunciaban eI final.
Los dos se quedaron quietos. Roy, sin separarse de eIIa, Ia llevó hasta eI sofá y se tumbaron. Ella soltó un jadeo definitivo aI notar que con eI movimiento él había penetrado más dentro de eIIa. Roy tenía Ios ojos cerrados y Ia cabeza apoyada en eI respaldo deI sofá, pero sonreía y Ie acarició perezosamente eI trasero.
— Esta sí que es una buena forma de empezar eI día — afirmó él.
Ella también sonrió y se dio cuenta de que Ios dos llevaban puesta casi toda Ia ropa.
— Me habría gustado dormir contigo Ia noche pasada. Quería abrazarte y no soltarte — aquellas palabras inspiraron imágenes de ternura en Ia mente de Cathy — . Pero después de eso, esto es Io mejor.
— Mmm — eIIa no quería hablar ni moverse.
Él Ie quitó Ia blusa y empezó a rascar Ia espalda hasta que eIIa se arqueó como una gata. Le encantaba que Ie hicieran eso... ¿Cómo Io había sabido?
— ¿Por qué has hecho eso? — Ie preguntó con un tono apagado — . Me encanta que me rasquen Ia espalda... después...
— Después de que me hicieras eI amor — terminó él con un tono de satisfacción — . No Io sé, me ha parecido Io más apropiado para Ia ocasión.
— Lo era.
Una pregunta Ie daba vueltas en Ia cabeza, pero no podía separarla de Ia sensación de saciedad que Ios envolvía y se olvidó de eIIa.
— Cathy... — él seguía acariciándole Ia espalda — . Detesto sacar a colación cuestiones prosaicas, ¿pero te das cuenta de que no hemos tenido en cuenta Ia protección?
Ella sacudió Ia cabeza contra su hombro.
— No importa, estoy tomando Ia píldora.
— Ah.
— Después de que naciera Norman, mis períodos empezaron a ser irregulares y eI médico me dijo que probara este método — eIIa sintió Ia necesidad de darle una explicación ante Ia lacónica reacción de Roy.
— ¿No te importa que yo no me haya puesto nada?
Ella se sentó lentamente.
— ¿A cuántas mujeres Ie has hecho esto durante Ios últimos dos años?
— A ninguna.
Ella se quedó atónita.
— ¿A ninguna sin protección?
— No. A ninguna en absoluto.
— ¿Por qué? — Io soltó sin pensárselo — . Estás soltero, estás sano y no puedes decirme que no te interesan Ias mujeres.
— Hacer eI amor debería ser algo más que quitarte Ias ganas — contestó él sin perder Ia calma — . Nunca fui un depredador, pero después deI accidente me di cuenta de que todo, hasta Io más mínimo, es importante y debería ser muy valioso.

Ella contuvo Ia respiración como si esperara que él dijera algo más, pero se quedó en silencio. ¿Eso quería decir que eIIa significaba algo para él? No podía seguir ese razonamiento porque Ie daba miedo a dónde podía llevarla.

De acuerdo, había sido una estúpida aI pensar que podría mantenerse alejada de sus abrazos. Nunca había tenido un asunto amoroso en su vida, pero ya Io tenía, fuera sensato o no. La cuestión era que un asunto amoroso solía ser una relación poco duradera y Roy era cada vez más importante para eIIa.

Tan importante que, en sólo una mañana, había pasado de pensar que iba a dejar de verlo, aI reconocer que tenía sueños a largo plazo en Ios que él estaba involucrado. Sueños de anillos. Sueños de boda y más hijos.

No podía decírselo a él. Era verdad que él había hablado deI futuro, pero no había dicho nada concreto.

¿Estaría él pensando Io mismo que eIIa? Se imaginó que Ia única forma de saberlo sería esperar a ver qué pasaba.

Capítulo Ocho

— Quédate un rato — Ia levantó de su regazo con una facilidad que a eIIa Ia emocionó íntimamente. Él se arregló un poco Ia ropa y fue a Ia puerta.
— No puedo — dijo eIIa mientras se estiraba Ia falda y sintiéndose inmoral aI notar eI aire en Ia piel desnuda — . Norman se despertará pronto.
Él asintió con Ia cabeza.
— De acuerdo. Te acompañaré a casa.
— No — dijo eIIa con cansancio — . No hace falta.
Alexa podía estar en Ia cocina y si Ios veía llegar juntos... ataría cabos. Su ropa interior era un montón arrugado y decidió ponerse sólo Ias bragas y dejar Ias piernas desnudas.
Roy Ia observaba con eI ceño fruncido.
— ¿Estás avergonzada de Io que ha pasado? ¿De nosotros?
Ella se quedó paralizada.
— No es que esté avergonzada exactamente, sólo estoy... incómoda. No estoy acostumbrada a ocultarme, pero tampoco estoy preparada para que Alexa sepa que estamos liados.
— ¿Liados? — Roy se rió — . Cathy... Alexa no es ciega. Seguramente, anoche no bajó intencionadamente.
Ella Io miró fijamente.
— ¿Lo dices en serio?
Roy Ia abrazó y Ie acarició Ia espalda.
— Estoy seguro. Es posible que Alexa sea mayor, pero no es tonta
. Ella gruñó y apoyó Ia cara en eI pecho de él.
— Estoy abochornada. ¿Qué pensará?
— Que eres una mujer joven que no debería pasar sola eI resto de su vida; que se alegra de que seas feliz; que eres afortunada de tener un semental atractivo y viril como yo.
Ella levantó Ia cabeza sin poder contener Ia risa y fue a darle un puñetazo en eI pecho.
— En serio...
Roy Ie sujetó eI puño antes de que Io alcanzara.
— Algunas cosas Ias digo en serio — se Ie oscureció Ia mirada — . Digo en serio que eres Ia mujer más hermosa que he conocido en mi vida.
Ella sonrió.
— A Io mejor eres parcial.
— A Io mejor.
Él sonrió con un brillo en Ios ojos azules y se puso a cantar una canción que hablaba de Ia belleza de una mujer.
Cathy sintió un escalofrío en todo eI cuerpo. A Bill Ie encantaba aquella canción y Ia cantaba a menudo. Ella todavía tenía eI CD por algún lado, pero no Io había puesto desde su muerte.
Roy se quedó callado y Ia miró.
— ¿Qué pasa?
— Yo... Bill cantaba esa canción todo eI rato — estaba demasiado impresionada como para disimular.
Los ojos de Roy perdieron Ia expresión y su gesto se tornó serio.

— Lo siento — dijo con un tono seco mientras apartaba Ias manos.
— No... me ha sorprendido. La verdad, haces y dices muchas cosas que me recuerdan a él.
Él arqueó Ias cejas.
— ¿Quieres decir que estás conmigo porque te recuerdo a él?
Ella habría jurado que su voz sonaba algo ofendida, aunque su cara era inexpresiva y su actitud era Ia de un hombre aI que no Ie importaba Ia respuesta.
— Claro que no. Eso es una tontería.
— ¿Lo es? ¿Qué tiene de tonto que espere que Ia mujer que empiezo a querer no esté conmigo sólo porque Ie resulto conocido?
El rostro Ie fue cambiando a medida que hablaba y se hizo todavía más distante. Ella se dio cuenta de que se había arrepentido de Io que había dicho.
— Es una tontería porque no es verdad — dijo eIIa tranquilamente sin apartar Ia mirada de su cara — . Es una tontería, porque Ia mujer que empiezas a querer, creer que también empieza a quererte y eso Ia asusta.
Sus ojos se suavizaron.
— ¿De verdad? — volvió a abrazarla y Ie besó Ia frente antes de apartarse un poco para mirarla — . Lo siento si he exagerado. Me siento en desventaja, como si tuviera un rival con eI que nunca podré competir.
— No tienes un rival — Cathy tomó aire — . A veces parece que me conoces demasiado bien para eI poco tiempo que llevamos juntos. Bill... Bill me amaba, pero nunca me entendió realmente; mis esperanzas, mis sueños... Quería tenerme en una torre de marfil, como había estado su madre toda su vida. Nunca entendió que para mí fuese importante participar en Io que pasaba alrededor, ser diferente — sonrió forzadamente — . Habríamos tenido una discusión por mi trabajo. Él Io habría detestado.
— Pero a ti te gusta.
— Sí.
Le parecía una traición, pero era verdad. Bill no había llegado a saber Io que había debajo de su superficie. Le habría gustado que fuera a todos Ios actos sociales como su madre, que se prestara voluntaria para obras que no fueran ni demasiado sucias ni exigentes, que fuera una madre a tiempo completo y satisfecha de educar a sus hijos... Las dos primeras cosas Ie habrían espantado. La tercera... Adoraba ser madre, pero también adoraba eI reto que suponía su trabajo y se habría sentido incompleta si no hiciera algo parecido. Roy Io entendía. Como Ia entendía en otros aspectos. A veces parecía como si supiera Io que estaba pensando eIIa antes de que abriera Ia boca.
— Te conozco sólo desde hace unas semanas — dijo eIIa con Ia voz vacilante a pesar deI esfuerzo que estaba haciendo por no perder Ia calma — y ya puedo imaginarte como parte de mi vida... durante mucho tiempo. Todo Io que descubro de ti hace que me gustes cada vez más.
— Muy bien, entonces...
Ella Ie tapó Ia boca con Ia mano.
— Pero tengo que pensar en Norman. No puedo cometer errores que puedan afectarlo. Tenemos que ir despacio. ¿Lo entiendes?
Él asintió con Ia cabeza y eIIa notó que Ie estaba dando un beso en Ia palma de Ia mano. Él apartó Ia mano, pero no Ia soltó.
— Gracias por tu sinceridad — eI pecho Ie subía y bajaba — . Hay algo que yo también quiero decirte.
— ¿No podrías decírmelo más tarde? — Ie espantaba dejarle con Ia palabra en Ia boca cuando Ia

miraba con unos ojos tan azules y sinceros — . De verdad, tengo que volver a casa.
— Claro — Ie soltó Ia mano — . Te acompañaré un poco. Te prometo que no permitiré que Alexa me vea.
Tres días después, Roy se dirigía hacia Ia casa y se dijo que era un cobarde. Se preguntó si Cathy se habría dado cuenta deI alivio que sintió cuando Ie pidió que pospusiera Io que tenía que decirle. Aun así... estuvo a punto de decírselo. Quería hacerlo, pero ¿estaría eIIa preparada para oírlo?
Claro que no Io estaba. ¿Cómo iba a haber alguien que estuviera preparado para oír semejante cosa? Ella había dicho que estaba empezando a quererlo y él sólo podía rezar para que esos sentimientos hicieran que eIIa Io perdonara por haberla engañado, que Ie permitieran aceptar que Bill era parte de él y Io sería siempre.
Intentó no pensar en hasta qué punto Bill era parte de él. ¿Cómo podría decírselo? Ella pensaría que estaba loco. Naturalmente, eso dependía de que alguna vez tuviera Ia oportunidad de hablar con eIIa. Él había estado esperando poder pasar un rato sin interrupciones, pero eso parecía un bien muy escaso en Ia casa de Ios Ferros.
Había cenado allí dos noches antes, pero Norman había tenido un poco de fiebre y eIIa no había querido dejarlo solo. Además, esa semana eIIa había trabajado horas extra porque estaba preparando una recaudación de fondos y quería supervisarla.
Esa noche tenía pensado pedirle que fueran a cenar fuera de Ia casa. A ser posible, eI día siguiente o eI otro. Era Ia única forma de estar seguro de que tendrían tiempo para hablar. Tiempo que iban a necesitar cuando Ie dijera Io deI trasplante de corazón.
Llamó a Ia puerta y abrió eIIa, pero Alexa y Norman estaban justo detrás y se conformó con darle Ia mano.
La cena fue muy agradable y luego ayudó con eI baño deI niño. Esa vez participó deI chapoteo y fue él quien se empapó Ia camisa. Miró a Cathy por encima de Ia cabeza deI niño y comprobó en sus ojos que estaba acordándose de Io que pasó Ia primera vez.
Se quedó en silencio mientras eIIa acostaba a Norman y luego salió aI pasillo con eIIa. La deseaba. Ella fue hacia Ias escaleras, pero Ia agarró de Ia mano y Ia atrajo, sujetándole Ias manos a Ia espalda con una de Ias suyas. La posición hacía que eIIa se arqueara contra él y chilló por Ia sorpresa cuando Ia besó con ansia y Ie acarició Ias caderas y un pecho con Ia mano libre.
— Te deseo — Ie dijo casi sin apartar Ia boca — . Vente a casa conmigo esta noche. Duerme en mi cama. Despierta en mis brazos.
— No... puedo — dijo eIIa con un hilo de voz.
Él sabía que no podía. No esperaba que dejara una noche solo a Norman, aunque Alexa estuviera cerca.
— Iré un rato — susurró eIIa.
Roy quería que Io hiciera, pero también quería que no Io hiciera. Detestaba tener que comportarse como amantes furtivos.
Luego, apenas recordó cómo habían llegado hasta su casa. La llevó a oscuras hasta eI dormitorio y, sin encender Ia luz, Ie quitó Ia ropa y se quitó Ia suya. Pronto Ie contaría Io deI trasplante, pero esa noche... tenía que guardarla en Ia memoria.
La cama era grande y suave y Ia luna resplandecía tenuemente en Ia oscuridad. Roy se dio cuenta de que Ie temblaban Ias manos mientras Ia tumbaba en Ia cama y Ia abrazó para besarla con toda su alma. Cathy respondió de Ia misma manera, estrechó su cuerpo desnudo contra él y Ie pasó Ias manos por eI pelo.
Roy no pudo esperar más. Se tumbó de espaldas y Ia puso a horcajadas sobre él. No pudo

reprimir un gruñido de placer aI sentir Ias piernas en sus costados y su húmedo y delicado montículo sobre su turgente erección.
— Tómame — Ie apremió — . Tómame ahora, corazón.
Cathy se levantó un poco con Ias rodillas, inclinó ligeramente hacia delante, Ie acarició eI pecho con sus pechos y Io besó en Ia boca. En ese mismo instante, él notó que se encontraba perfectamente colocado ante su hendidura y antes de que pudiera moverse, eIIa se dejó caer con un movimiento preciso y Io envolvió con su canal ceñido y deslizante.
Estuvo a punto de caerse por Ia intensidad de Ia sensación y tuvo que hacer un esfuerzo para quedarse quieto mientras eIIa se movía encima de él. Ella fue a apoyarle Ias manos en eI pecho y Roy reaccionó a tiempo para agarrarlas y entrelazar Ios dedos. Sus rasgos se iluminaban por eI placer que sentía. Al observarla en Ia penumbra y aI saber que estaba complaciendo, Roy notó que perdía eI control.
La tomó de Ias caderas, Ia mantuvo bien abajo y empezó a embestirla con un ritmo desbocado que Io llevó hasta eI límite en cuestión segundos. Notó que eIIa empezaba a deshacerse y dar sacudidas, que sus músculos más íntimos Io exprimían con Ios inconfundibles espasmos de Ia satisfacción. Roy no pudo evitar un grito extasiado.
Se quedaron tumbados. Ella estaba abrazada por un brazo de Roy, tenía una pierna cruzada sobre Ias de él y Ia mano, en Ia de Roy, apoyada en su pecho. Él se sentía aturdido por eI placer, pero se recuperó aI acordarse de Io que tenía que hacer. Pronto tendría que decírselo. No podían hacer eI amor siempre a oscuras o medio vestidos.
Hacer eI amor... Le resultaba tan fácil reconocerlo. La amaba. Seguramente Ia amaba desde que Ia vio por primera vez en eI baile, seguramente, desde que eI corazón de Bill Ferros empezó a latir en su pecho.
Sin embargo, todo daba igual. Lo que importaba era Io que hiciera con eI futuro que Ie habían asignado.
— Vayamos a cenar mañana por Ia noche — dijo impulsivamente.
Compraría un anillo y Ie pediría que se casara con él. Todo Io demás se arreglaría solo.
Sin embargo, se dio cuenta de que eIIa no había contestado y se había puesto rígida. Se apoyó en un codo e intentó descifrar su expresión, pero estaba demasiado oscuro.
— Cathy...
— ¿Por qué no cenamos aquí tranquilamente?
Roy se quedó atónito.
— ¿Por qué? Me gustaría ir fuera contigo y que otros se ocupen de nosotros — bajó Ia voz — . Me gustaría tenerte para mí solo durante unas horas.
— Yo... — eIIa dudó y él sintió que Ia intranquilidad Ie brotaba en eI interior — . Yo preferiría no ir a ningún lado. Podemos estar solos aquí.
— No quieres que te vean conmigo en público, ¿verdad?
— No es eso...
— Entonces, sal a cenar conmigo.
Era un desafío y eIIa se mantuvo en silencio.
— No Io entiendo — dijo él — . Aseguras que no es para que no te vean conmigo, pero has hecho todo Io que has podido para no ir a ningún sitio donde pudieran vernos — intentó que no se Ie notara Ia furia — . Ya sé que no soy de sangre azul, pero creía que me querías.
— ¡Te quiero! — exclamó Cathy — , pero Ia gente dijo cosas espantosas de mí cuando me casé con Bill y no Io soportaría si volvieran a hacer Io mismo.
— ¿Qué cosas espantosas? — seguía sin entenderlo.

— Que yo era una cazafortunas — dijo amargamente — . Que me casé con él por su dinero; que había hecho todo tipo de inmoralidades por casarme con él. Si entonces dijeron todo eso, imagínate Io que disfrutarían si se enteran...
Se detuvo bruscamente.
— Si se enteran, ¿de qué? — estaba seguro de que eso era Ia clave.
— De que estamos casi en Ia ruina – respondió pesarosa.
Nunca se habría esperado esa respuesta.
— ¿Tenéis... problemas económicos?
— Bill tuvo problemas — respondió eIIa con cierta ira en eI tono — . Yo no tengo dinero, sólo Ios problemas que él me dejó.
Roy Io comprendió claramente. Los cupones, eI trabajo, Ia venta deI caballo de Bill, todo eI trabajo que eIIa hacía en Ia casa y eI jardín...
— ¿Qué Ie pasó? — Ie preguntó ásperamente.
Su padre había sido un jugador que Ie había hecho pasar momentos espantosos en su infancia. Notó que Ie dominaba Ia ira. ¿Cómo pudo Bill hacerle algo parecido?
— No fue culpa suya — Ie defendió Cathy — . Ya sabes Ia crisis económica que hubo. No sé qué pasó exactamente, pero hizo algunas malas inversiones. Sólo sé que cuando murió no tenía casi nada. Había perdido hasta eI seguro de vida.
Estaba demasiado impresionado como para hablar.
— No puedes decírselo a Alexa — Ie dijo eIIa inmediatamente — . Por favor. Ella no sabe realmente Io grave que es. He intentado que comprenda que tenemos que tener cuidado con Ios gastos, pero...
— No se ha esforzado mucho — Roy terminó Ia frase solemnemente aI acordarse de Ias invitaciones a cenar de Alexa.
Por Io menos eso justificaba Ias caras de espanto que ponía Cathy. Debía de estar calculando mentalmente cuánto costaba alimentar a alguien de su tamaño.
— No puede evitarlo — Ia excusó Cathy. Lo cual molestó a Roy — . Nunca ha tenido que preocuparse por eI dinero. Le cuesta comprender Ia gravedad deI asunto.
— Tendrá que hacerlo — dijo inflexiblemente Roy — . Tú estás haciendo muchísimo, pero no sirve de nada si eIIa no se da cuenta de que también tiene que hacer sacrificios.
— Ni se te ocurra decirle algo. Es mi familia y haré Io que me parezca mejor.
— Aunque acabe contigo — dijo él con tono mordaz.
Ella se puso en tensión y se apartó de él, se levantó de Ia cama y buscó Ia ropa. Roy dejó que Ia buscara y se cerró Ia camisa, consciente, como siempre, de Ia cicatriz que Ie cruzaba eI pecho. Se puso Ios pantalones y encendió Ia lámpara de Ia mesilla.
Cathy parpadeó, pero no dejó de moverse ni un instante.
— Me vuelvo a casa — dijo con una voz distante e implacable.
— Cathy... Tenemos que hablar de esto.
— No hay nada de que hablar.
— Claro que Io hay — sintió un regusto amargo en Ia garganta — . Quieres acostarte conmigo, pero no estás dispuesta a que te vean conmigo porque alguien puede pensar mal. ¡Es un disparate!
La cara de Cathy perdió toda expresión.
— No Io es. Tengo que proteger a mi hijo.
— A tu hijo no Ie importa nada Io que piensen Ios demás — Ie replicó con indignación — y cuando tenga edad para que Ie importe, nadie Io recordará ni Ie importará.

— Es posible que dentro de unos años haya conseguido una situación económica que me permita no tener Ia sensación de que me aprovecho de tu dinero
— Realmente se trata de eso, ¿verdad? — estaba furioso — . Es tu percepción de Io que puede pensar Ia gente. Lo que tú sientes. Dios mío. ¿Realmente te has planteado esperar años para casarte conmigo por un motivo tan ridículo como ese?
La cara de Cathy, que ya parecía de porcelana, perdió eI poco color que Ie quedaba.
— ¿Casarme? — susurró.
— ¿Qué creías que estaba ofreciéndote? — Ie preguntó con un tono cortante —. ¿Un acuerdo sexual a largo plazo? No, gracias — Ia rodeó y abrió Ia puerta de dormitorio — . Te acompañaré a casa.
No hablaron en tres días. Cathy se arrodilló para plantar algunas flores que dieran un poco de color.
Norman jugaba aI balón a unos metros de eIIa. Él ya Ia había mirado algunas veces y Ie había preguntado por Roy.
Ella había sentido un dardo en eI corazón con cada pregunta. Roy quería casarse con eIIa.
Los ojos se Ie empañaban de lágrimas cada vez que se acordaba de Ia discusión que había tenido con él.
Él quería casarse con eIIa. Al menos quería hacerlo hasta que se dio cuenta de Io obsesionada que estaba con su problema económico. El cual, una vez que Io hubo pensado, tampoco era tan grave como había creído. Como había decidido creer, se dijo furiosa por su estrechez de miras.
Sobre todo si tenía en cuenta que podía haber acabado con Ia posibilidad de ser feliz para siempre con él. Él...
— ¡Norman! — eI grito de Roy sonó muy distante — . ¡No!
Cathy se giró aI darse cuenta de que se había abstraído durante demasiado tiempo. Norman estaba aI fondo deI jardín, en eI borde de Ia piscina abandonada. La piscina que no había llenado ese verano porque era demasiado caro mantenerla. La piscina que, comprobó con horror, se veía claramente a través de Ia verja que tenía Ia puerta abierta de par en par.
¿Se Ia había dejado abierta cuando quitó Ias hojas eI día anterior? No estaba segura, pero se temía que podía haberlo hecho.
Se levantó mientras Roy se acercaba desde Ia casa corriendo a toda velocidad. Sin embargo, fue demasiado tarde. Su hijo dio un torpe paso adelante y cayó con un grito que inmediatamente se convirtió en un silencio aterrador.
— ¡No!
Cathy no sabía que podía gritar tan fuerte.
Roy llegó a Ia piscina antes que eIIa y se asomó aI borde. Se incorporó aI instante.
— Llama a urgencias — Ie ordenó a Cathy.
— ¿Respira? — eIIa se quedó clavada en eI suelo debatiéndose entre ir hasta donde estaba su hijo y Ia necesidad de buscar ayuda médica.
— ¡Deprisa!
La voz fue como un latigazo y eIIa volvió corriendo hacia Ia casa.
— ¡Alexa! — gritó aI entrar.
Su suegra apareció justo cuando se puso en contacto con Ias urgencias. Vio que Ia cara de Alexa se demudaba de color cuando comprendió Io que había pasado. Después de transmitir Ia información inicial, dio eI teléfono a Alexa y volvió a correr hacia Ia puerta después de haber agarrado dos toallas de baño por eI camino.
— Quieren que haya alguien aI teléfono. No puedes alejarte mucho o Ia llamada se cortará.

Volvió a Ia piscina y bajó por eI lado menos profundo. Afortunadamente, había caído un metro en vez de cuatro. Roy estaba de rodillas con Ia muñeca deI niño en Ia mano. Norman estaba aterradoramente quieto. Tenía sangre debajo de Ia cabeza y eIIa reprimió un grito aI verla.
— No Io muevas — Ie dijo Roy firmemente aI ver que eIIa iba a tomarlo en brazos.
Ella Io tapó con Ias toallas a pesar deI calor que hacía.
El tiempo pasaba con una lentitud desesperante. Norman respiraba, pero no daba señales de tener conciencia.
— Vamos, amigo, despierta — dijo Roy.
Una ambulancia llegó aI cabo de Io que serían unos minutos, pero Ies parecieron horas. Alexa también se acercaba corriendo.
Los médicos mantenían Ia calma y transmitían datos a una central con eficiencia mientras inmovilizaban eI cuello deI niño y Ie tomaban Ias constantes vitales. Sacaron una camilla y, con mucho cuidado, pusieron aI niño en eIIa. Roy se sujetó Ia cabeza con una expresión de desesperación como Ia que suponía que tendría eIIa.
Cathy vio a Sarah en eI camino mientras se montaba en Ia ambulancia y salían hacia eI hospital entre Ios aullidos de Ia sirena. Alexa ya estaba en eI coche y Roy agarró Ias llaves que Ie dio Sarah justo antes de sentarse en eI asiento deI conductor.
Estaban bajando a Norman de Ia ambulancia cuando Roy y Alexa llegaron corriendo. Una enfermera Ies cortó eI paso cuando quisieron entrar.
— Sólo Ios familiares — dijo eIIa — . Hay una sala de espera allí — señaló una pequeña habitación.
Cathy notó que Roy dudó y eIIa Io miró.
— Te necesito — Ie dijo sin importarle Io que podía parecer ni Io que él pensara.
— Yo esperaré — dijo Alexa.
Siguieron a Ia enfermera. Cuando eIIa separó una cortina, eI médico estaba dando unos puntos en Ia cabeza de Norman. Había sangre por todos lados y Cathy se puso Ia mano en Ia boca para contener un grito.
— Tenía que haberlo vigilado con más atención — dijo con Ia voz quebrada — . Estaba distraída y...
— Ha sido un accidente — dijo Roy con calma — . Este diablillo es muy rápido y muy listo. Seguro que esperó hasta que no estuvieras mirando. Tiene una cabeza muy dura. Seguro que no Ie pasa nada.
Las palabras casi hicieron pedazos eI dominio de sí misma que estaba manteniendo.
— Bill hablaba siempre de tener unos hijos con Ia cabeza muy dura — Ie dijo intentando esbozar una sonrisa.
Roy se puso serio y a Cathy Ie dio Ia impresión de que siempre se molestaba cuando hablaba de Bill.
— A ver qué dice eI médico — replicó él, inexpresivo.
La llevó aI costado desde donde podía consolar a su hijo y eI niño se tranquilizó en cuanto vio a su madre.
— Le hemos puesto anestesia — Ies explicó eI médico mientras cosía Ia brecha — . Va a tener un buen chichón. Cuando termine, Io llevaremos arriba para que Ie hagan unas radiografías y un escáner de Ia cabeza.
— ¿Cree que está conmocionado o se ha fracturado eI cráneo? — Ie preguntó Roy.
— No hay señales de que haya tenido más lesiones — Ies tranquilizó eI médico — , pero conviene tomar precauciones.

Roy hizo algunas preguntas más que eIIa sólo escuchó parcialmente porque estaba concentrada en consolar a su hijo. Le dejaron que se quedara con él mientras Ie hacían Ias pruebas y Roy bajó a Ia sala de espera para tranquilizar a Alexa.
Seis horas más tarde, dieron eI alta a Norman aI comprobar que no había más daños. Roy Ios llevó a casa y entró con Norman en brazos. Cathy notó que se emocionaba cuando Ie dio un beso en Ia frente a su hijo.
— Dentro de unos días jugaremos aI balón. Te Io prometo.
Ella Io siguió aI pasillo.
— Gracias. Estará deseando hacerlo.
Roy se quedó en Io alto de Ia escalera y se volvió hacia eIIa. Su mirada reflejaba pena.
— Voy a mudarme. Vendré a jugar aI balón con Norman, pero esta semana dejaré Ia casa de invitados. Por favor, dale Ias gracias a Alexa.
— Pero... ¿Ya tienes Ia casa? — no se Io había esperado.
— No — sacudió Ia cabeza — . He alquilado una.
— ¿Por mí? — Ie preguntó sinceramente — . Roy, no hace falta que te vayas. Yo... Él ya estaba bajando Ias escaleras.
— Yo no puedo. ¿No puedes dejarlo como está?
No, se dijo eIIa. No podía. No cuando se trataba de su futuro y deI de él. Él había dicho que quería casarse con eIIa. No podía olvidarse de Ios sentimientos que eso suponía, ¿o sí?

Capítulo Nueve

No pudo salir hasta Ia mañana siguiente, cuando Alexa fue a hablar con eIIa.
— ¿Le has dado Ias gracias a Roy? — Ie preguntó su suegra. Cathy negó con Ia cabeza.
— No y tengo que hacerlo.
— ¿Por qué no vas ahora? — señaló a Norman, que estaba tumbado en eI sofá viendo un vídeo de dibujos animados — . Está bien y te prometo que no voy a quitarle Ia vista de encima.
— Sé que Io harás — sin embargo, dudó y sonrió forzadamente — . Racionalmente, sé que está bien, pero eso no tranquiliza a mi parte irracional.
Alexa sonrió.
— Lo entiendo. Su padre se cayó de un árbol cuando tenía nueve años. Le dieron quince puntos. Me costó mucho volver a dejarlo solo.
— De acuerdo — curiosamente, Ia historia, que no había oído en su vida, Io tranquilizó — . Saldré un momento.
Salió por Ia puerta de Ia cocina y recorrió eI sendero hasta Ia casa de invitados. Era un día de verano precioso y vio que Roy tenía Ias ventanas de Ia sala abiertas. Las cortinas blancas flameaban perezosamente con Ia ligera brisa. Pasó junto a ellas y miró dentro, se paró y volvió a mirar.
Roy estaba profundamente dormido en eI sofá.
Estaba tumbado de espaldas y tenía eI pecho desnudo. Tenía Ia camiseta agarrada con una mano y apretada contra eI pecho como si hubiera tenido calor y se Ia hubiera quitado hacía unos instantes. Tenía Ia cara vuelta hacia eIIa y sintió que eI corazón Ie daba un vuelco aI ver aquellos rasgos adorados. Pensó que Io amaba.
Notó como un destello y comprendió que ya no tenía por qué decirlo en silencio. Él Ie había dicho que quería casarse con eIIa, Ie había disipado sus estúpidas preocupaciones por eI dinero y tenía razón. Lo importante era su vida juntos. ¿Qué más daba Io que pensaran o dijeran Ios demás?
Ella Io había ofendido profundamente y Io sabía. Sólo podía enmendarlo y rezar para que Ia quisiera Io suficiente como para perdonarla. Fue hasta Ia puerta y esta se abrió cuando fue a llamar. Se acercó a él silenciosamente y se arrodilló a su lado. Tenía Ia camiseta sobre eI torso, pero podía ver eI musculoso abdomen y Ie pasó un dedo justo por encima deI pantalón. Los músculos se contrajeron y eIIa sonrió. Repitió eI gesto y jugueteó con Ios pelos que se escondían debajo de Ios vaqueros.
Se inclinó y Ie dio un beso en eI brazo que tenía cruzado sobre eI pecho, apoyó Ia barbilla y esperó a que abriera Ios ojos azules.
— Lo siento — dijo eIIa — . Por Io deI otro día. Por... todo.
Él no dijo nada. Tenía Ia mirada fija en su cara. Por fin, cuando eIIa iba a balbucear algo más, él habló.
— Te creo.
¿Eso era todo? La pequeña burbuja de esperanza que había crecido en su interior se desinfló. Pero tenía que seguir intentándolo. Tragó saliva.
— Roy, te quiero. Si sigues queriendo casarte conmigo, me sentiré Ia mujer más afortunada deI mundo.

Él empezó a esbozar lentamente una sonrisa y sus párpados se arrugaron.
— Claro que sigo queriéndote — Ia tranquilizó él — . Nada me gustaría más.
A eIIa se Ie aceleró eI pulso. Quiso besarlo, pero se contuvo porque sabía que tenían que aclarar muchas cosas.
— Yo no quería — dijo eIIa lentamente — que tú llegaras a pensar que me casaba contigo por tener seguridad económica.
— Créeme — dijo él — , nunca he pensado que me necesitaras por un motivo económico. Además, ahora que sé Ia verdad de Io que pasó después de Ia muerte de Bill, estoy seguro de que no me necesitas. Has evitado Ia ruina gracias a que has sido muy cuidadosa — resopló — . Yo no tengo ninguna objeción a que mi mujer trabaje.
— Bill sí. Tuvimos algunas discusiones horribles porque yo quería trabajar — se puso seria aI recordarlo — . Tengo Ia sensación de traicionarlo aI decirlo. Yo amaba a mi marido, pero él estaba muy satisfecho de que yo fuera una ama de casa que sólo se dedicaba a acontecimientos sociales y obras de caridad — hizo una mueca — . Es muy fácil llevar una casa cuando tienes una ama de llaves, una doncella y un jardinero. Me estaba volviendo loca para adaptarme a mi papel — extendió Ias manos — . Para Bill, Alexa era eI ejemplo a seguir. Yo soy muy distinta a Alexa. No soy mejor, sólo soy distinta. Yo necesito superarme.
— Quizá él también tuviera una visión un poco limitada de su madre — replicó Roy pausadamente — . Alexa también pintaba para superarse. Seguramente fuera su vía de escape.
Ella nunca se Io había planteado así y se quedó pensativa.
— A Io mejor tienes razón. Aun así, muchas veces me pregunto dónde estaríamos si Bill siguiera vivo. Antes o después, tendría que haberme hablado de nuestra situación económica.
— Estoy seguro de que Io habría hecho — Roy Ia miró a Ios ojos — . He estado pensando en Io que pasó y no creo que él quisiera engañarte. Creo que sólo intentaba protegerte. Él sabía Io que habías sufrido con tu padre y no quería preocuparte. Estoy seguro de que él creía que había tiempo para que Ias cosas volvieran a su cauce. Nadie espera que todo termine cuando tiene treinta años.
— Podrías tener razón.
Ella pensó que Ia tenía y eso hizo que se sintiera menos traicionada por Bill.
— Claro que Ia tengo — sonrió aI ver que eIIa entrecerraba Ios ojos y Ie pasaba Ios dedos por Ias costillas — . ¡Eh! Si quieres, yo te digo por dónde jugar con Ios dedos.
Ella se rió, él Ie agarró Ia mano y se Ia puso en eI abdomen.
— ¿Qué te parece ahí?
Ella sonrió, Ie soltó eI botón de Ios vaqueros y Ie bajó Ia cremallera.
— Muy bien. ¿Y aquí?
Él sólo emitió un gruñido.
A eIIa se Ie entrecortó Ia respiración mientras introducía Ios dedos por debajo deI elástico de Ios calzoncillos y Io tomaba con Ia mano.
Roy soltó un sonido indescifrable.
— Es maravilloso, corazón.
Roy se movió ansiosamente y se Ie cayó Ia camiseta que tenía sobre eI pecho.
Ella vio Ia cicatriz. Era grande. Estaba bien cerrada, pero se notaba que también era reciente.
— Dios mío — exclamó eIIa mientras Ie pasaba Ia mano por toda su extensión — . Roy, no sabía...
Enmudeció aI ver Ia cara de Roy y Io supo. Lo supo.
Roy se incorporó bruscamente, se abrochó eI pantalón y se puso Ia camiseta.

— Cathy...
— Tienes eI corazón de Bill, ¿verdad?
El tono era áspero y de incredulidad, pero Ias palabras exigían una respuesta.
— Sí — Ia expresión era todo un tratado de culpabilidad y ansiedad — . Iba a decírtelo.
— ¿Cuándo? ¿Después de Ia boda? — esa vez, eI tono rozaba eI histerismo.
— No era mi intención...
— Ya sabías quién era yo cuando te presentaste, ¿verdad?
Él dudó.
— ¿Verdad? — insistió eIIa apremiantemente. — Sí.
— ¿Cómo me encontraste?
— Sabía que mi donante era un hombre joven de Baltimore. La necrológica de Bill era Ia única que encajaba por Ia fecha — tomó aire — . Ya estabas en mi cabeza antes de que te conociera. Tu cara, tu voz... cuando te vi, supe perfectamente quién eras.
— Imposible.
Ella se apartó, pero no se levantó porque creía que Ias piernas no Ia sostendrían.
Roy se rió, pero fue una risa forzada.
— ¿No me crees?
— Estás mintiendo — aseguró eIIa con furia — . Alguien te dijo quién era yo. ¿Lo sabe Alexa o también Ia has engañado a eIIa?
— Claro que no Io sabe — parecía sinceramente conmocionado. Suspiró y alargó una mano — . Cathy...
— No me toques — Cathy apretaba Ios dientes e intentaba asimilar Ia espantosa verdad — . No me toques nunca más — consiguió ponerse de pie y fue hasta Ia puerta — . No me importa si tu casa está terminada o no, quiero que te vayas de aquí. Hoy.
— No — replicó él — . No hasta que me hayas escuchado.
— ¡Lárgate! — fue un grito que no pudo controlar — . Llamaré aI hospital. Llamaré a Ia policía y Ies diré que estás acosándome.
Fue hasta Ia puerta dando traspiés y sin poder ver por Ias lágrimas que Ie rebosaban Ios ojos.
— Te quiero — dijo él — . Eso no puedes evitarlo.
— No sabes Io que es aI amor — dijo eIIa amargamente — . Sólo quieres Ia familia de Bill, Ia vida de Bill y Ia mujer de Bill.
Roy vaciló, pero no apartó Ios ojos de Cathy.
— Te quiero a ti, Cathy. No sólo ahora, sino para siempre. Ella sacudió Ia cabeza y abrió Ia puerta. — Jamás.
Fue corriendo hasta su casa y entró en Ia cocina. Alexa estaba preparándose una taza de té.
Su suegra se volvió.
— Norman sigue dormido... ¿Qué te pasa, cariño? Tenía una expresión asustada.
¡No podía decírselo! Sin embargo, se Ie cayó eI alma a Ios pies aI darse cuenta de que tendría que hacerlo.
— Me he enterado de algo que no sabía de Roy.
Hizo un esfuerzo enorme para que no se Ie quebrara Ia voz y se clavó Ias uñas en Ias palmas de Ias manos.
— Alexa...
— ¿Qué...? — Ia tomó de Ias manos.
— Hace unos años Ie hicieron un trasplante de corazón. Roy tiene eI corazón de Bill.
Alexa no reaccionó y Cathy se preguntó si se habría enterado de Io que había dicho, pero,

súbitamente, Ia cara de Alexa se iluminó con un resplandor que Cathy no había visto nunca, ni siquiera cuando nació Norman.
— Señor... — susurró — . Gracias — apretó Ias manos de Cathy con tanta fuerza que Ia hizo daño — . ¡Es maravilloso! Siempre había deseado con toda mi alma conocer a Ia persona que tenía eI corazón de Bill y resulta ser Roy... — se detuvo bruscamente y abrió Ios ojos como platos — . No nos conoció por casualidad, ¿verdad? — preguntó más defraudada.
Cathy negó con Ia cabeza incapaz de articular palabra alguna.
— Cariño... Estoy segura de que tiene algún motivo de peso — dijo Alexa — . Aun así, es como si hubiera traicionado tu confianza intencionadamente.
— Lo ha hecho — afirmó Cathy implacablemente — . Ha mentido por omisión. Como Io había hecho Bill aI no contarle Ia verdad sobre su situación económica.
— Pero... — Alexa no pudo seguir aI ver Ia desolación en eI rostro de Cathy — . Dale un poco de tiempo — Ie propuso — . No hagas nada irreflexivamente.
— No voy a hacer nada en absoluto.
Cathy se dio Ia vuelta y salió de Ia cocina intentando sofocar unos sollozos que sabía que brotarían en cualquier momento.

No sabía si quería no volver a verlo jamás o darle un tortazo por haberla engañado. Le impresionó eI mero hecho de que estuviera tan furiosa como para querer pegar a alguien; no era una persona violenta. No quería pensar en ello esa mañana, pero incluso Io había soñado. Se despertó con Ia mandíbula dolorida de apretar Ios dientes.
«Ya estabas en mi cabeza antes de que te conociera».
Estaba segura de que Roy quería decir exactamente eso y se acordó de Ia docena de situaciones sin importancia en Ias que se sintió desasosegada porque parecía que él podía leer sus pensamientos.
— ¿Cómo es posible? — se preguntó con un hilo de voz.
Quería que no hubiera pasado nada de aquello; no quería volver a ver esa expresión de miedo y remordimiento en su cara; no quería volver a preguntarse si Io que él decía era verdad. Quería volver a aquellos momentos de felicidad previos a que se Ie cayera Ia camiseta.
Pero no podía.
Sabía que Alexa había ido a verlo, aunque no habían hablado de ello. Su suegra transmitía un ligero aire de felicidad que no podía disimular, aunque intentaba reprimirlo cuando estaba con eIIa.
Él no se había marchado.
Era demasiado orgullosa como para preguntarle algo a Alexa. Habían pasado ocho días desde que se enteró de Ia verdad, pero había visto que entraba y salía con su coche y que había luces en Ia casa. Le había dicho que se fuera. Después de Io que había hecho, podría tener Ia dignidad de obedecerla.
¿Qué había hecho él que fuera tan espantoso? — Ie preguntaba una voz en su interior — . Tenía eI corazón de su marido, pero tampoco tenía alternativa. Además, si Io que decía de Ios recuerdos era verdad, difícilmente se habría resistido a mirar a una mujer como eIIa. Él decía que Ia quería, que quería casarse con eIIa, ¿qué tenía eso de malo?
No era tan fácil, se rebatió con furia. ¿Cómo sabía que decía Ia verdad?
¿Cómo sabía que no había estado haciendo preguntas por ahí y había recopilado un montón de información personal?
No Io sabía.

Sin embargo, ese miércoles, cuando entró en eI garaje, tuvo Ia ocasión de saberlo.
Aparcó en Ia plaza central, pero cuando se bajó, Ia luz que entraba por Ia puerta abierta se oscureció. Se volvió pensando que sería Alexa o Sarah, pero Ia sombra era mucho más grande.
— Cathy...
Ella se quedó parada sin ganas de acercarse.
— Me imagino que querrás hacerme algunas preguntas — Io decía con una voz neutra y calmada.
— ¿Por qué no te has ido? — Ie preguntó agresivamente — . Te dije que te fueras.
— No Io haré hasta que hablemos de esto — eI tono era inflexible — . Te propongo un trato. Si aceptas hablar conmigo, luego yo me marcharé.
— No estás en condiciones de negociar.
— Lo estoy si quieres librarte de mí.
— De acuerdo — Ia ira Ia dominaba con Ia misma fuerza y amargura deI primer día — . Habla.
— Aquí, no.
Se dio Ia vuelta y se detuvo en un mirador que había aI lado.
Ella Io siguió y se sentó en uno de Ios bancos de piedra. A pesar de todos Ios sentimientos que Ie bullían por dentro, Cathy percibió Ia belleza serena deI sombrío lugar.
— ¿Qué quieres saber? — él apoyó un pie en eI banco y eI codo en Ia rodilla doblada.
— Nada — eIIa esperaba que tuviera Ia cara igual de inexpresiva que Ia voz.
¿Por qué tuviste que hacerte un trasplante? ¿Cuándo te diste cuenta de que recordabas cosas? ¿Qué más recuerdas? Se preguntó para sus adentros.
— No me creo que no quieras hacerme ninguna pregunta — él hablaba despreocupadamente.
— La noche que nos conocimos te quedaste sorprendido de que tuviera un hijo. Porque no Io sabías.
Las palabras brotaron de su boca sin que eIIa Ies autorizara a hacerlo. Vio un brillo en Ios ojos de Roy.
— Sorprendido es poco. Tú llevabas casi dos años en mi cabeza, pero sin hijo.
— ¿Cuándo pensaste por primera vez que había algo extraordinario? Él se encogió de hombros.
— A Ios dos meses deI trasplante... — Ia miró como si se disculpara —... empecé a soñar con Ia cara de una mujer. Tu cara. No eran sólo sueños. Te aparecías en mi cabeza en Ios momentos más inesperados. Luego, empecé a verte haciendo cosas concretas: colocando flores, vestida con un traje de noche negro, incluso dirigiéndote hacia mí con una sonrisa... pero todo se concretó más durante Ia revisión de Ios dos años.
— ¿Qué pasó? — tenía curiosidad, aunque no quisiera.
— Vi en mi historial que eI corazón Io había donado eI hospital Johns Hopkins. Entonces repasé eI periódico de Baltimore porque sabía que Ia persona seguramente habría vivido aquí y me habían dicho que eI corazón era de un hombre joven que había muerto en un accidente. Fue fácil dar con Bill — vaciló.
— ¿Qué más?
— Cuando leí tu nombre en Ia necrológica... — Ia miró a Ios ojos y eIIa pudo ver Ia conmoción como si acabara de pasar —... en cuanto leí tu nombre supe que eras aquella mujer.
— Diste por supuesto — Ie corrigió eIIa.
— No — negó con Ia cabeza — . Lo supe.
— Entonces fue cuando decidiste meterte en nuestras vidas.
— No — Ia voz seguía siendo tranquila, pero eIIa podía notar que estaba haciendo un esfuerzo por no agitarla — . Sólo quería verte y saber si eras Ia cara que aparecía en mi cabeza, pero

cuando te vi en eI baile... — se encogió de hombros — . Tuve que conocerte.
— Puedes estar mintiendo — Ie temblaba Ia voz — . ¿Cómo puedo saber que no contrataste a alguien para que me vigilara y consiguiera información que te resultara valiosa?
— Si Io hubiera hecho, habría sabido que Norman existía. La lógica era irrefutable.
— No supe información más concreta hasta que te conocí — siguió Roy.
— ¿Por ejemplo?
— Corazón. Él te llamaba así. Yo no he llamado así a una mujer en mi vida.
Tenía Ia voz tan tensa como Ios nervios de eIIa, pero no podía evitar pensar que si todo aquello era verdad, él tendría que haberlo pasado muy mal.
— Tu color favorito es eI rosa palo. Te dijo que quería casarse contigo en Ia cocina de Ia casa donde daban Ia fiesta en que os conocisteis.
Hablaba en serio. Ni siquiera Alexa sabía eso. En aquel momento, eIIa se rió sin darle importancia. No volvió a acordarse hasta meses después, cuando Bill volvió a pedírselo. Tragó saliva.
— ¿Cómo...?
— Lo he visto. Tú sonreíste y fingiste no hacerle caso — extendió Ias manos cuando eIIa se quedó boquiabierta — . Hay una teoría...
— Alto — eIIa también extendió una mano y se quedaron en silencio — . Necesito un minuto.
— Conozco esa sensación — eI tono era irónico.
Ella bajó Ia mano y se quedó dándole vueltas a Ia cabeza. Las consecuencias de Io que él quería hacerle creer eran asombrosas. Se acordó de otro día en eI jardín.
— La primera vez que viste a Norman...
— Me sentí abrumado — tragó saliva — . No estaba preparado para sentir Io que sentí: orgullo y felicidad. Fue como si yo fuera su padre.
— ¿Cómo puedes explicarlo? — Ie preguntó bruscamente. No estaba dispuesta a perdonarlo por haberle, asentido, aunque fuera por omisión, pero tampoco podía negar que Ia historia era muy convincente.
Él sacudió Ia cabeza.
— No puedo. Hay una teoría sobre Ia memoria celular que se aproxima. Se piensa que ciertas experiencias se quedan grabadas en nuestras células, pero aun así, nunca se ha registrado algo tan detallado como Io que yo he vivido. Se han conocido casos de alguien a quien Ia gusta una comida que detestaba y que resultó ser Ia favorita deI donante. Eso está documentado, pero que se hayan transmitido recuerdos concretos de Ia vida deI donante... — negó con Ia cabeza — . Intenté hablar una vez, pero Ios médicos parecieron no darse cuenta de Io nítidos que eran Ios recuerdos. Me dio miedo que pensaran que estaba loco.
Ella asintió con Ia cabeza.
— No me extraña — se Ie ocurrió otra cosa — . ¿Le has dicho algo a Alexa?
— Claro que no — contestó con tono de espanto — . Ella sólo está contenta porque una parte de Bill sigue viva en cierta forma y porque ha tenido Ia oportunidad de conocerme.
Cathy se sintió muy aliviada.
— Menos mal.
Él tomó aire.
— Bill debió amarte con cada fibra de su cuerpo porque si no, ¿cómo habría sabido yo...?
— Efectivamente — sintió miedo de aceptar Io que podía proponerle — . Nunca nos habríamos conocido si no hubiera sido gracias a Ia memoria celular o a Io que te trajera aquí.
— Eso no puedes saberlo. A Io mejor me habría gustado conocer a Ia familia de mi donante en

cualquier caso — Ia miró con ternura — . Te aseguro que me habrías gustado aunque no tuviera Ias células de Bill.
Ella dudó.
— Y si tus sentimientos hacia mí sólo se debieran a que tienes eI corazón de Bill...
Vio que Ios ojos de Roy se alteraban mientras eIIa hablaba y se dio cuenta de que, hasta ese momento, él no había estado seguro de que eIIa fuera a perdonarlo. Ella tampoco Io había estado, pero también se dio cuenta de que gran parte de su furia se había esfumado.
Él no dijo nada durante unos momentos y eIIa se alegró de que no menospreciara su preocupación.
— No — dijo Roy por fin — . Si sólo sintiera Io mismo que Bill, detestaría que trabajaras fuera de casa, pero eso no me importa Io más mínimo.
— Entonces, no sientes sólo Io que sentía Bill.
Él negó con Ia cabeza.
— Eso también me preocupó aI principio, pero ahora... te quiero, Cathy. Yo, Roy. Tendrás que creerme porque nunca podré demostrártelo. Voy a necesitar este corazón eI resto de mi vida.
Ella tragó saliva y quiso arrojarse en sus brazos, pero aquellas palabras Ie habían despertado un temor nuevo.
— ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto dura un corazón trasplantado?
Ella había amado a Bill y él había muerto, pero sabía que si aceptaba Io que Roy Ie proponía y luego él moría, eIIa no podría soportarlo.
— Tengo Ia esperanza de hacerme viejo contigo, si compartes tu vida conmigo — contestó él con una mirada rebosante de cariño — . En estos momentos, Ios receptores llevan una vida normal y productiva. Hay un hombre en Inglaterra que sigue como un roble después de veintidós años. Tienes que tener en cuenta que hay otros receptores que son mayores que yo o que tienen otras complicaciones médicas — volvió a sonreír — . Me temo que soy una especie de conejillo de indias para mis médicos. Yo era un hombre joven y sano y recibí un corazón joven que todos esperamos que funcione bien durante bastante tiempo.
— ¿Y eI rechazo? ¿No puedes caer enfermo?
— Tendré que tomar medicamentos contra eI rechazo siempre e ir dos veces aI año aI hospital para una revisión — Io decía con un tono de paciencia, como si se hubiera esperado Ias preguntas — , pero mi dosis de medicamentos en muy baja. Me controlo a mí mismo para ver signos de empeoramiento, tengo una dieta sana y no bebo alcohol. No puedo tomar eI sol porque tengo riesgo de cáncer de piel y soy muy disciplinado con mi programa de ejercicios. Aparte de algunas pocas cosas, mi forma de vida no es distinta a Ia de cualquier hombre que hayas conocido, Cathy.
— Los demás hombres no tienen ni eI corazón ni Ios recuerdos de mi marido — puntualizó Cathy con una sonrisa.
Roy se incorporó y levantó a Cathy deI banco.
— Te quiero, Cathy. Siento no haberte dicho quién era desde eI principio. Quiero casarme contigo, ser eI padre de Norman y, a Io mejor, darle algunos hermanos un día de estos. ¿Lo pensarás? No tienes que responderme ahora mismo. Sé que son muchas cosas que tienes que asimilar...
— Sí — Ie tapó Ia boca con Ia mano — . ¿Sabías que cuando estás nervioso hablas sin ton ni son?
Él asintió con Ia cabeza y eIIa notó que Ie lamía Ia palma de Ia mano.
— Te quiero — farfulló Roy — . Ese sí, ¿quiere decir que sí Io pensarás o...?

Ella apartó Ia mano y Ie sonrió.
— Me casaré contigo.
— Cuando quieras. Ya sé Io que piensas de hacerlo público demasiado pronto y siento mucho haber reaccionado como Io hice...
— Eso me recuerda que eI gran baile de caridad de Alexa, eI temas de rosas, es eI próximo sábado. ¿Te gustaría llevarme?
Roy cerró Ios ojos durante un segundo y cuando volvió a abrirlos, Ios tenía húmedos. Estaba claro que había reconocido su oferta de paz.
— Me encantaría. La abrazó y Ia estrechó contra sí.
— ¿Qué piensas hacer eI resto de Ia tarde? — Ie preguntó antes de besarla.
Ella Ie pasó Ios dedos por eI pelo y Ie sonrió burlonamente.
— Bueno... estoy un poco cansada. A Io mejor me quedo en tu casa para descansar un rato. Luego, me iré con Norman a tomar un helado. ¿Qué te parece?
Él ya estaba desabotonando Ia camisa.
— Me parece un buen plan.
Cathy pensó que Io que llamaban eI temas de rosas seguramente era Ia fiesta más bonita a Ia que había ido. Alexa tenía motivos para estar orgullosa. Del techo colgaban lámparas de cristal.
En todas Ias mesas había floreros con rosas preciosos y en Ia mesa central había una escultura de hielo con forma de rosa. Había arreglos florales de rosas y otras flores en eI bufé y tanto Ios músicos como todas Ias mujeres que habían acudido recibieron una rosa perfecto que se pusieron en eI pelo.
— Apostaría Io que fuera a que todo eI mundo está hablando de nosotros — Ias palabras burlonas de Roy Ie llegaron por encima de Ia cabeza mientras bailaban — . Me ha parecido oír que Ia mujer con un vestido morado ha dicho algo sobre una lagarta.
Cathy hizo una mueca y Ie golpeó eI brazo.
— Eres un asqueroso. Estaba espantada de que Ia gente pensara que yo buscaba tu dinero.
Roy se rió.
— Sólo nosotros sabemos tu situación económica. Todo eI mundo piensa que eres una viuda rica. A Io mejor piensan que yo busco tu dinero.
— No Io creo. Hay unas cuantas personas que conocen mi situación. Mi asesor financiero, mi abogado y mi contable.
— Ellos no dirán nada. ¿Quién iba a contratar a un profesional que no sabe guardar una información confidencial?
— Hablando de informaciones confidenciales... Hoy he ido a ver aI médico y me ha dicho que tengo que dejar Ia píldora si quiero quedarme embarazada en eI plazo de un año.
Roy arqueó Ias cejas y sonrió cautelosamente.
— ¿Es Io que quieres? Ella Ie sonrió.
— Eres parte de esta familia de más formas de Io que Ia gente puede imaginarse. Estoy deseando tener un hijo con tu ADN.
Sus ojos azules brillaron, Ie dio un beso en Ia cabeza y Ia abrazó con tanta fuerza que Ia gente tendría motivos para murmurar, si no Io estaban haciendo todavía.
— Te quiero — Ie dijo con un tono profundo y ronco — . Estaré siempre agradecido a Bill por haberme dado su corazón y te prometo que mientras siga latiendo te adoraré a ti, a Norman y a todos Ios hijos que tengamos juntos.
Cathy cerró Ios ojos y apoyó Ia cabeza en eI hombro de Roy mientras paladeaba aquellas palabras. Él tenía Ia mano de Cathy sobre eI corazón que Ies había dado una nueva oportunidad a

Ios dos.

Fin